

RELATOS ESCOGIDOS DE
Alejandro Zambra



Garabatos

PREMIO
IBEROAMERICANO
DE NARRATIVA
MANUEL ROJAS
2023



PREMIO
IBEROAMERICANO
DE NARRATIVA
MANUEL ROJAS
2023

Garabatos

RELATOS ESCOGIDOS DE
Alejandro Zambra

EDICIÓN AL CUIDADO DE ANDRÉS BRAITHWAITE

Alejandro Zambra

Premio Iberoamericano de
Narrativa Manuel Rojas 2023



ALEJANDRO ZAMBRA nació en Santiago en 1975, y vivió la mayor parte de su infancia y adolescencia en la comuna de Maipú.

Es autor de una granítica obra literaria, reconocida como una de las más originales y relevantes dentro del actual panorama de las letras hispanoamericanas, ya traducida a más de veinte idiomas. Ese singular universo está conformado por las novelas *Poeta chileno*, *Formas de volver a casa*, *La vida privada de los árboles* y *Bonsái*; el volumen *Literatura infantil* —una mezcla de diario de paternidad y falsa/auténtica ficción para adultos—; el inclasificable «libro de ejercicios» *Facsimil*; el conjunto de relatos *Mis documentos*; las colecciones de crónicas y ensayos *Tema libre* y *No leer*; el polisémico *Cuento de Navidad* («un relato con las vigas a la vista»); los libros de poemas *Mudanza* y *Bahía Inútil*, y el cuento para niños —con ilustraciones de Gabriela Lyon— *Mi opinión sobre las ardillas*.

Licenciado en Literatura Hispánica por la Universidad de Chile en 1998, Zambra también ha ejercido la crítica literaria en diversos medios; ha editado, entre otros libros, *Autorretrato de memoria* y *Gabinete de papel*, de Gonzalo Millán, y *Lear rey & mendigo*, de Nicanor Parra; ha sido profesor de Poesía Chilena, Creación Literaria y Literatura de Gatos; ha traducido del inglés al castellano —en colaboración con Jazmina Barrera— *La balada de Rocky Rontal*, de Daniel Alarcón, y *Pequeñas labores*, de Rivka Galchen; y durante un tiempo impreciso editó, junto al poeta Andrés Anwandter, la revista *Humo*.

Relatos suyos han sido publicados en revistas como *The New Yorker*, *Granta* y *The New York Times Magazine*, y en 2015-2016 fue becario de la Biblioteca Pública de Nueva York. Entre las numerosas distinciones que ha recibido, destacan el Premio Príncipe Claus y el Premio Iberoamericano de Narrativa Manuel Rojas, ambos por el conjunto de su obra.

Desde 2017 vive en Ciudad de México.

Los relatos incluidos en esta antología provienen de diversos libros de su autor: «Camilo», «Vida de familia», «Larga distancia» y «Gracias», de *Mis documentos* (2014, Anagrama); «Los gemelos Covarruvias», de *Facsimil* (2014, Hueders; 2021, Anagrama); y «Garabatos», «Introducción a la tristeza futbolística», «Jennifer Zambra» y «Cogoteros de ojos azules», de *Literatura infantil* (2023, Anagrama).

Garabatos

Relatos escogidos

Garabatos: próximo libro del autor

NICANOR PARRA, *Artefactos*

Garabatos

I

«Estimado hueón conchetumare reculiao», escribe Darío en su cuaderno, «hace días que no sé nada de ti, ahueonao de mierda, seguro que te tiraron una bolsa de caca y de vómito en la calle, y que no se te pasa el olor a bosta de caballo y a peos alemanes, y más encima te estái tirando flatos con olor a pico, perro sarnoso».

La carta es más larga, una hoja entera por lado y lado. Darío la lee en voz alta, satisfecho con el resultado: él no habla así, para nada, incluso en el colegio hay quienes comentan, con sorna, que habla *demasiado bien*, como acusándolo de algo, como si un niño de once años estuviera obligado a hablar a puros garabatos. Y sin embargo ha conseguido escribir una carta total y descaradamente indecente —es un triunfo absoluto.

Cierra el sobre con abundante saliva, corre ansiosamente a casa de Sebastián y lanza la carta a las baldosas de la entrada, emulando la técnica de los carteros. Regresa contento, aunque luego piensa que tal vez lloverá y que la carta, que tanto trabajo le ha costado, se desintegrará en el suelo. Pero no es probable que llueva, para nada, más bien está inquieto y hasta medio arrepentido —recién ahora, con la carta ya entregada, se le ocurre la aterradora posibilidad de que Sebastián no entienda el juego y la carta le parezca ofensiva o incomprensible.

Su amistad con Sebastián es un afortunado coletazo del miedo a los perros —a todos los perros, en general, pero en particular a Simaldone, un vociferante y minúsculo quiltro rubio, lanudo y anti-pático que estuvo cinco veces a punto de morderle los tobillos—. Era ilógico y humillante volver a casa por el camino largo, pero gracias

a ese rodeo Darío empezó a encontrarse con Sebastián, que cada tarde pasaba un par de horas en el pasto del antejardín, echado al sol con sus colosales anteojos oscuros, aunque todavía faltaba para el verano, y algunas tardes, de hecho, estaba nublado y hacía frío.

—¿Es verdad que no tienes papá?

Darío no es insensible ni imbécil, pero la primera vez que habló con Sebastián soltó esa pregunta brutal. Solía pasarle cuando ensayaba demasiado. Llevaba días queriendo hablarle y hasta había decidido que rompería el hielo, como los adultos, con alguna frase sobre el clima o sobre música o sobre fútbol, pero en el momento crucial se puso nervioso y lanzó esa pregunta desgraciada, que igual era honesta, porque en el barrio casi nadie sabía el nombre de Sebastián, todos lo llamaban *el niño sin papá*. Más que un apodo, por supuesto, era una condición enunciada en voz baja, en el tono en que se señala una enfermedad vergonzosa o mortal, acaso contagiosa: un estigma basado en la sola evidencia de que Sebastián y su madre eran los únicos habitantes de esa casa. Nadie en el barrio estaba al tanto de los pormenores de la historia.

—Es más o menos verdad, no conozco a mi padre —respondió Sebastián, en tono casual, justamente como si hablara sobre el clima o sobre música o sobre fútbol—. Por ahí debe andar, pero no lo conozco ni quiero conocerlo. Hay gente que es mejor no conocer nunca. Capaz que me llevara puras sorpresas desagradables.

Darío se quedó helado. Quería saberlo todo, siempre quería saberlo todo, pero solo se le ocurrían más preguntas estúpidas.

—¿Has visto fotos de tu papá? —le preguntó finalmente.

—Sí. Cinco o seis.

—¿Y te pareces a él?

—O sea, tiene mi misma nariz puntuda. Y creo que también los ojos verdes, pero no estoy seguro, porque son fotos en blanco y negro.

Sebastián se veía concentrado, pensativo.

—Te gusta mucho tomar el sol —observó Darío, unos segundos después, para cambiar de tema.

—No me gusta tomar el sol.

—Pero todas las tardes te echas en el pasto a tomar el sol.

—No es cierto. No estoy tomando el sol, estoy mirando el cielo. Las nubes, sobre todo. Y algunos pájaros.

«No estoy tomando el sol, estoy mirando el cielo», repitió mentalmente Darío. Pensó que recordaría esa frase.

—Pero casi no hay nubes.

—Igual me gustan las pocas que hay.

Era una tarde fría, de nubes en efecto escasas pero juguetonas, como dibujadas a la rápida, para salir del paso o para combatir el aburrimiento. Sebastián hablaba con el sonsonete de un adulto sabio, aunque de pronto lanzaba ráfagas de risas inseguras y coquetas.

—¿Y se ven oscuras las nubes?

—Sí. Me gustan más las nubes oscuras.

Sebastián se quitó los lentes de sol y se los pasó a Darío con supersticiosa cautela, como si maniobrara unos delicados prismáticos o una pesada bandeja repleta de cristalería. Darío miró el cielo y trató de ver lo que Sebastián veía. Y creyó conseguirlo. Fue la primera vez que intentó ver el mundo a través de los ojos de otra persona. De los ojos y de los anteojos. Se quedaron en un curioso silencio sincronizado, como si hicieran turnos de respiración. Sebastián aspiraba cuando Darío espiraba.

—¿Has andado en avión? —preguntó Sebastián.

—No.

—Es emocionante cruzar las nubes. Sientes que vas a chocar, pero no pasa nada. A veces el avión tiembla un poco, pero no pasa nada.

—¿Adónde fuiste?

—A ninguna parte, pero me contaron. Varias personas. Cada vez que conozco a alguien que ha viajado en avión, le pregunto si ha chocado con las nubes.

—Deben ser emocionantes. Las dos cosas.

—¿Cuáles dos cosas?

—Andar en avión y cruzar las nubes.

—Sí. Como cuando vas en auto y la neblina no te deja ver el camino.

—Entremos a tu casa —dijo Darío.

—¿Para qué?

—Quiero ir al baño.

—Mea en las ligustrinas.

—Quiero hacer caca.

—¡Anda a tu casa!

Darío insistió, dijo que no alcanzaba a llegar a su casa. No era cierto, ni siquiera tenía ganas de ir al baño, quería conocer la casa de Sebastián, le gustaba conocer las casas ajenas, aunque todas eran prácticamente iguales, quizás justo por eso le gustaba; cada detalle, cada ligera diferencia, le generaba una serie larga de conclusiones: presencia o ausencia de discos, de crucifijos, de pergaminos, de guitarras, de botellitas de adorno, de enciclopedias, de artesanías.

Encerrado con pestillo en el baño de Sebastián, lo primero que hizo fue inspeccionar el botiquín con la esperanza de encontrar medicamentos extraños de nombres graciosos, pero no había más que gomina, algodón y un enorme frasco de metapío. Luego se fijó en las orillas de la tina y lo que vio tampoco le pareció inusual ni relevante: el mismo champú y el mismo bálsamo que usaban todos en el barrio. Cuando salió del baño, sin embargo, descubrió algo inaudito: Sebastián ocupaba la pieza grande y su madre la pieza chica. Que un niño durmiera en la mejor pieza de la casa y su madre se conformara con la peor habitación desafiaba casi todo lo que Darío sabía o creía saber sobre el mundo.

—Yo no lo encuentro tan raro —dijo Sebastián cuando Darío se lo hizo notar—. Yo tengo muchas cosas y mi mamá no tiene nada.

Tal vez era cierto, porque la pieza de Sebastián estaba repleta de adornos y juguetes, incluidos cinco prominentes transformers, entre ellos el mismísimo Optimus Prime (también Darío tenía un transformer, por desgracia un personaje muy secundario, que salía apenas en un capítulo de toda la serie). Darío pensó que la madre de Sebastián lo consentía, lo que en cierto modo probaba que el infortunio de no tener papá también resultaba ventajoso. Luego, mientras compartían un yogur en la cocina, Darío pensó que no tener papá era incluso irrelevante comparado con la indiscutible tragedia de no tener mamá.

—¿A qué hora llega tu mamá? —preguntó, a propósito.

—Siempre llega tarde —dijo Sebastián—. Tiene harta pega, es secretaria.

Casi enseguida, como si quisiera desmentirlo, apareció Lali. Darío la había visto muchas veces en la parroquia, sentada junto a Sebastián en las últimas filas, y últimamente solía topársela también en la calle, vestida con ese mismo uniforme, de vuelta del trabajo, menudita y medio encorvada; caminaba rápido, concentrada en el camino, tal vez porque no quería saludar a nadie, o porque sabía que nadie iba a saludarla a ella, pensaba Darío. Esta vez Lali saludó a Darío con familiaridad, como si estuviera acostumbrada a encontrarlo ahí o a encontrar a su hijo acompañado. Antes de encerrarse en la pieza chica, su pieza, Lali les sirvió unas porciones generosas, exageradas, de cassata brick, los tres sabores para Darío y solamente dos para Sebastián.

—Es que estoy en contra del helado de chocolate —explicó Sebastián.

—¿No te gusta el chocolate?

—Sí me gusta, a quién no le gusta el chocolate. Pero no me gusta en el helado. El chocolate es cálido, es absurdo convertirlo en helado. Es como una contradicción.

Los niños discutieron apasionadamente acerca del helado de chocolate y también hablaron sobre el helado de vainilla y el de frutilla una cantidad de tiempo inverosímil, como si fueran dirigentes sociales decidiendo el futuro del país, aunque de pronto también parecían unos locutores obligados a rellenar la programación. Cuando Darío se iba vio a Lali, ahora en camisa de dormir, con los audífonos de un inmenso personal estéreo en los oídos. Darío asociaba los personal estéreo a la gente joven, nunca había visto a una persona adulta, mucho menos a una madre, con audífonos.

II

Darío y Sebastián se volvieron de inmediato inseparables. Se juntaban a diario, de lunes a domingo, y no necesitaban ponerse de acuerdo: Darío aparecía a las cinco, a veces más temprano, y casi siempre se echaban a mirar las nubes siguiendo un complicado sistema de clasificación que había inventado Sebastián. Pero también hablaban de cualquier cosa o jugaban a los penales o a manguerearse. Ocasionalmente, hacia el final de la tarde, Darío volvía a juntarse con sus otros amigos, que ahora lo trataban con recelo. Una niña indiscreta le contó que a sus espaldas lo llamaban *el amigo del niño sin papá*. No le importó, o le importó poco.

Un día Darío y Sebastián se encontraron por casualidad en el paradero, ambos volvían de sus respectivos colegios. Celebraron la coincidencia, que era normal, esperable, pero que ellos entendieron como un guiño favorable del destino.

—¿Vamos a tu casa? No la conozco —dijo Sebastián.

Al turista consumado de hogares ajenos no le gustaba mostrar su propia casa, pero se alegró con la idea repentina y romántica de que su amistad con Sebastián alcanzaría, de esta manera, una especie de plenitud.

—Pero pasemos por tu casa primero —dijo Darío.

—¿Para qué?

No supo qué responder. Lo que Darío quería era evitar el camino corto, que era la ruta natural desde el paradero hasta su casa. La angustia que le provocaba volver a enfrentar a Simaldone era inmensa, las piernas le flaqueaban un poco más a cada paso y hasta sintió que

iba a caerse, a desmayarse, así que decidió caminar más rápido para terminar de una vez con esa escena tortuosa. Sebastián también aceleró el paso, creyendo que era un juego. Contra todo pronóstico, el pependenciero quiltro los recibió con serenidad, como si los esperara, o más precisamente como si esperara a Sebastián, porque ni siquiera pareció reparar en la presencia de Darío. Sebastián se detuvo a acariciar al perro, que agradeció los mimos con unos lengüetazos. Darío no podía creerlo.

—¿Tuviste alguna vez un perro?

—No, pero me gustan los perros.

Darío estuvo a punto de revelarle a su amigo que les tenía miedo. Prefirió callar, claro.

Esa tarde almorzaron charquicán, jugaron Atari y tocaron la guitarra (Sebastián no sabía, pero consiguió un *la* bastante bien ejecutado para un principiante).

—Lo pasé mortal —dijo el invitado al marcharse—. Me gustó tu casa, aunque prefiero la mía.

Era una suerte de chiste, que Darío no entendió, y que luego recordó obsesivamente, porque justo al día siguiente Sebastián, sin mediar ningún aviso o advertencia, desapareció. Los primeros días Darío tocaba el timbre a cada rato y de pronto estuvo seguro de que tanto Sebastián como su madre estaban en casa pero no querían abrirle. No había motivos para creer eso, pero Darío se aferró a esa idea molesta. Fue entonces cuando, medio aburrido pero también medio angustiado, escribió esa carta repleta de garabatos.

III

La carta, ya medio amarillenta, lleva dos semanas en el antejardín. La hipótesis principal de Darío es que Sebastián conoció a su padre y que se han ido con su madre a vivir los tres juntos a otro lugar, tal vez incluso a otro país, pero también tiene otras teorías menos precisas y más inquietantes, algunas incluso sobrenaturales. Por fin una mañana encuentra, entreverada en las buganvilias de su jardín, la gloriosa carta de respuesta de Sebastián, que es tanto o más divertida y grosera que la carta original. Lo emociona comprobar que su querido amigo entendió a la perfección el juego. Y le gusta su letra, le parece original, es una mezcla extraña de mayúsculas, minúsculas, cursivas e imprentas.

—¿Por qué desapareciste tantos días? —le pregunta Darío esa misma tarde, muy en serio, aunque trata de sonar despreocupado.

—Me estaba escondiendo de un conchadesumadre recontra cu-liao hijo de perra con cara de pichulón con moco y hediondo a raja peluda —responde Sebastián.

La risotada es interminable, como un temblor con numerosas réplicas, pero de a poco surge el silencio y Darío insiste, quiere saber la verdad. Sebastián le explica que tuvieron que irse a Quillota a cuidar a su abuela enferma.

—¿Y ya está mejor?

—Se murió.

Sebastián no parece triste y quizás por eso Darío piensa que es mentira, que es una broma, de hecho está a punto de reírse. Pero luego, unos segundos más tarde, es capaz de encontrar o de enfocar la tristeza en la cara de su amigo. En la familia de Darío no ha muerto nadie, su rudimentaria idea de la muerte se reduce a la desaparición de su gato Veloz, hace ya demasiados años, ni siquiera lo recuerda bien.

—Creo que faltan Vitacura y Recoleta y unas tarjetas de destino —dice Sebastián, en el living de su casa, mientras montan el tablero de *La gran capital*.

—No tengo ganas de jugar —dice Darío—. Háblame de tu abuela.

—No quiero —responde Sebastián—. Por eso quiero jugar esto, para no pensar en ella. Ella odiaba este juego.

—¿Por qué?

—Porque es un juego de mierda, para empresarios chupasangre.

—No juguemos.

—Juguemos, para hacer algo. Me voy a poner a llorar si hablo de ella.

Al final no juegan, se echan en la cama y miran unos capítulos de *Mi bella genio* y *La hechizada* mientras Darío piensa en la tristeza de Sebastián y trata de imaginarse la vida sin su abuela, es decir, sin su abuela materna, además de sin papá, y por lo tanto sin abuela paterna. Le pide a Sebastián un cuaderno y empieza a escribir una nueva carta de garabatos y Sebastián escribe otra, y cuando terminan las leen en voz alta y se cagan de la risa. Se vuelve una costumbre, dos o tres veces por semana escriben juntos las cartas, codo a codo, en la mesa del comedor; es una especie de taller literario permanente.

En la vida real su relación es armónica e idílica, mientras que de esas cartas emana un mundo paralelo en que los niños son un par de garabateros compulsivos que nunca se ven y que se reprochan toda clase de asuntos.

—Salgamos a caminar sin rumbo fijo —propone a veces Darío, que adora esa frase medio exagerada, la usa todo el tiempo.

Se siente seguro caminando con Sebastián, que no solo suscita el respeto unánime de los perros; lo que Sebastián inspira en los perros, piensa Darío, es verdadera devoción, si hasta los más ladrones lo miran embobados. A lo largo de esas caminatas, sin embargo, a Sebastián suele entrarle la culpa, pues su madre le prohíbe ir más allá de las seis o siete cuadras del barrio. Tampoco es que Darío lo tenga permitido; esa es más bien una de las tantas zonas grises del contrato de la infancia.

—No me gusta mentirle a mi mamá —confiesa Sebastián hacia el final de una tarde ya casi de verano.

De pronto realmente están medio perdidos en un paisaje extraño de industrias y vulcanizaciones. El conductor de un triciclo les dice cómo volver a su barrio.

—Tu mamá nunca se va a enterar. ¿Y por qué te cuida tanto?

—Porque soy lo único que tiene.

—Claro.

Se quedan en silencio durante una luz roja que se les hace especialmente larga. Llevan ya mucho rato caminando y no están seguros de avanzar en la dirección correcta. Se alegran cuando reconocen una larga hilera de ciruelos y luego los locales comerciales donde a veces juegan tacatata. Están apurados, pero igual juegan un partido rápido.

—Por eso hay gente que tiene dos hijos, o muchos hijos —dice Sebastián—. Si se te muere uno, te queda otro, y así. No te puedes matar, por más triste que estés.

—¿Y qué pasa si yo me muero? —pregunta Darío justo cuando mete un gol de remolino.

—Es que ustedes igual son tres. Si tú te mueres, tus papás no se van a matar, van a estar toda la vida medio tristes, pensando en su hijo muerto, mirando fotos, pero no se van a matar. Pero si yo me muriera, mi mamá se quedaría sola. Yo creo que no aguantaría, se pegaría un balazo.

Vuelven a casa unos minutos antes que Lali. Ella les prepara leche con esencia de vainilla y enseguida enciende su personal estéreo. Con los ecos de la conversación con Sebastián aún hormigueando en su cabeza, Darío piensa que Lali sigue triste por la muerte de su madre, aunque en realidad lo que piensa es que Lali siempre ha estado triste, que es una persona triste. Y que la música que escucha, por lo tanto, debe ser triste. Le pregunta a Sebastián qué tipo de música escucha su mamá. Él dice que no sabe bien. Darío intenta acercarse a

Lali lo suficiente como para descifrar el enigma, pero al parecer ella escucha música a un volumen moderado, y como tampoco marca el ritmo con la cabeza o con ninguna otra parte del cuerpo, Darío llega a pensar que en realidad tiene el personal estéreo apagado y usa los audífonos para crear una barrera a su alrededor.

—¿Qué tipo de música escucha? —le pregunta directamente, envalentonado.

—¿Dónde está el Seba?

—En el baño —responde Darío.

Lali se sienta en el sofá, como si necesitara un tiempo para responder la pregunta.

—¿Quieres saber qué estoy escuchando o qué música me gusta, así, en general?

—Las dos cosas.

—Unos tangos. Pero no me gustan tanto. Los escucho porque le gustaban a mi mamá. Este casete se lo regalé yo para un cumpleaños. Cuando era joven me gustaban los Bee Gees. Bueno, todavía soy joven. Y todavía me gustan los Bee Gees. De los más nuevos me gustan REO Speedwagon y Debbie Gibson.

«Todavía soy joven». Darío se queda pensando en la posible juventud de Lali. Ningún padre ni ninguna madre podrían parecerle jóvenes.

IV

Los amigos se pierden un poco de vista por la Navidad y el Año Nuevo, y en enero Darío se va de vacaciones a Loncura y Sebastián se queda solo, probablemente resignado a mirar el cielo bajo el sol agresivo del verano santiaguino desatado. A Darío le gusta la playa, a quién no, pero le desagrada tener a sus padres encima todo el día, desesperados por divertirse. Extraña a Sebastián, muchísimo. Como suele suceder en la costa, son días abochornados, casi fríos, de nubes copiosas y lentas que apenas dejan pasar el sol. Da un poco de risa o de pena ver a los veraneantes obstinados clavando sus inútiles quitasoles en la arena.

Hay un teléfono amarillo cerca de la pequeña cabaña de madera que arrendaron. Darío se pierde en el pensamiento inútil de llamar a Sebastián, que no tiene teléfono, tampoco Darío; viven en un mundo sin teléfonos. Por las tardes se acerca a la cabina y permanece a una cierta distancia escuchando las conversaciones ajenas. La comunicación es casi siempre mala y la gente grita frases muy privadas, a veces absurdas, que Darío intenta recordar para anotarlas luego en

su cuaderno: *Me puse la mitad pero no es para eso, Claro que sé que es familia, Que se vuelva caminando como siempre.*

Una noche se desvela, en pleno trance epistolar. Logra escribir una carta brillante, groserísima, está casi seguro de que es la mejor de toda su abundante producción, y aunque su plan es dársela a su amigo cuando vuelva a casa, aprovecha un paseo a Quintero para ir al correo y mandársela certificada. Por suerte recuerda el número escrito en el frontis de la casa de Sebastián. Esa misma tarde por fin consigue que le compren unos lentes de sol bastante parecidos a los de su amigo. Las últimas semanas en la playa Darío pasa horas echado en la arena con sus flamantes anteojos. Y hasta se le ocurren nuevas maneras de clasificar las nubes mientras piensa intensamente en la escena genial del cartero entregándole la carta a Sebastián.

Lo primero que hace al volver a Santiago es buscar a su amigo. Es temprano, calcula que Sebastián debe estar en casa, viendo tele. Pero no hay nadie o al menos nadie le abre la puerta, y Darío piensa que su amigo ha vuelto a desaparecer. Se queda de punto fijo, como un guardia de seguridad, esperando; ahí lo encuentra Lali, de vuelta del trabajo, que reacciona incómoda. La sospecha o el presentimiento de Darío esta vez es certero: Lali le dice que Sebastián está ocupado, que ha estado ocupado todo el día y que ella misma le ordenó no abrir la puerta, porque ya no pueden ser amigos. La mujer no quiere dar explicaciones. Darío insiste, ella lo deja hablando solo.

Vuelve a casa desolado, pateando una misma piedra. A la mañana siguiente encuentra una breve carta de Sebastián, sin garabatos: es un mensaje de ruptura, una renuncia a la amistad. Sebastián no lo explica bien, pero Darío entiende que Lali leyó las cartas y lo malentendió todo.

Darío pasa horas especulando, no sabe si Lali las leyó todas o solamente una, lo que por supuesto da lo mismo. Darío es insistente por naturaleza, pero Sebastián sigue sin abrir la puerta. Darío vuelve a interceptar a Lali, que vuelve a prohibirle que se aparezca de nuevo. Como último recurso, le escribe una carta a la madre de su amigo. Es la carta más florida y elocuente y con mejor caligrafía que ha escrito en su vida; la única que ha nacido del deseo imperioso de conseguir algo concreto; la única dedicada íntegramente a pedir disculpas. Tiene esperanzas, confía en que todo se solucionará, pero pasan las semanas y no hay respuesta. «Era un juego, Lali, era un juego, un simple juego». Muchas noches se desvela susurrando esa frase con rabia.

Las pocas veces que se encuentran en la calle, Sebastián baja la vista y apura el paso. Quizás también ha sufrido o está sufriendo, pero Darío piensa que no se le nota y trata de que le caiga mal. Piensa en esa conversación sobre la muerte, pero no quiere ser compasivo, quiere despreciarlo. Decide que Lali es una vieja mojigata y la obediencia de Sebastián se le hace incomprensible, ella nunca se enteraría si siguieran siendo amigos. Pero Sebastián le obedece, le teme. Darío siente que es posible que llegue a odiar a Sebastián, pero lo extraña. Y extraña también a Lali.

Darío se empeña en salir lo menos posible. Por lo pronto está atrapado, no parece haber solución: cuando toma el camino largo lo angustia pasar por la casa de su examigo, y cuando escoge el camino corto los resultados son desastrosos, porque el odio de Simaldone se ha multiplicado por mil. «Los perros huelen el miedo», se dice a sí mismo, a veces en voz alta; ha escuchado esa frase toda la vida. La repite como un mantra, para envalentonarse, pero no sirve de nada.

Consigue faltar al colegio una semana entera inventando sucesivas enfermedades. Cuando finalmente lo llevan al consultorio, resulta que sí está enfermo. Le diagnostican una enfermedad nueva, acaban de descubrirla, dice el doctor: colon irritable. Pero debe volver al colegio. Y Darío se niega. Hasta sus padres, más bien dados a ignorar los problemas, se dan cuenta de que algo más le pasa. Lo interrogan majaderamente hasta que no tiene más remedio que confesar su temor a Simaldone. Su madre le dice que se vaya por el camino largo, pero su padre, después de cagarse de la risa, sentencia que eso sería una estupidez, una mariconada: los hombres de verdad enfrentan sus miedos. Darío insiste en que solo le teme a ese perro, aunque en algún momento se ve obligado a admitir que les teme a todos los perros del mundo.

Una noche el padre de Darío decide hablar con los dueños de Simaldone. Es una situación rara. Los padres de Darío no suelen hablar con los vecinos; los adultos, en general, no hablan entre sí; son los niños quienes pasan todo el día en la calle, son como los emisarios de unas islas, los comerciantes de un archipiélago. El padre de Darío les dice a los dueños de Simaldone que no pueden tener al perro suelto todo el tiempo. Los dueños de Simaldone argumentan que el perro es un poco cascarrabias pero que cuida la casa y por extensión el barrio entero, es un perro valeroso. Por lo demás, solamente les ladra a las ruedas de los autos y a la gente desconocida o

sospechosa. Tal vez Darío, insinúan ellos, es para el perro, por algún motivo, una persona permanentemente desconocida y sospechosa. En realidad Simaldone le ladra a casi todo el mundo, pero el argumento funciona y queda instalado casi como una verdad. Hacia el final de la improvisada reunión, el mismísimo Simaldone se acerca jadeando amistosamente al padre de Darío, que le acaricia el pelaje y le agarra la patita derecha como sellando un negocio.

«Tienes que enfrentar tus miedos», le dice el hombre luego a su hijo. Es una frase que pronunciada cuidadosamente hasta podría resultar tierna, protectora, pero la dice con dureza, como si fuera un decreto, como si prohibiera el miedo para siempre. Darío no quiere que su padre lo defienda de nada, no quiere que su padre vaya a hablar nunca más con ningún vecino, así que intenta, cada día, acostumbrarse a ese perro cínico y bravucón: se tortura a sí mismo caminando incluso más lento, como si quisiera, como si anhelara que el quiltro lo agrediera. Cada tanto se detiene y mira al perro a los ojos, que le ladra aun más fuerte, acaso medio desconcertado pero de todos modos intimidante. Y tal vez Darío desea exactamente eso: que Simaldone le clave los colmillos y todos entiendan que tenía razón, aunque luego deba andar con muletas la vida entera.

V

Pasan dos años repletos de minuciosos acontecimientos, la sensación de cambio es arrebatadora, mareadora: Darío acaba de cumplir trece años, es oficialmente alto y delgado, y unas constelaciones de odiosas espinillas señalan caricaturescamente su condición de adolescente. Ahora estudia lejos del barrio, en la jornada de la tarde, lo que en un principio no le gustaba, era como el mundo al revés, pero le ha pillado la gracia a levantarse pasadas las nueve y a desayunar tranquilo encerrado en su pieza, con la música a todo volumen.

Acaba de salir rumbo al colegio, camina rápido, a tranco firme, pues lo que parece imposible se ha vuelto realidad: Simaldone ya no le ladra, se limita a gruñirle ocasionalmente cuando lo ve pasar. Pese a las canas alrededor del hocico, sigue siendo un perro joven dedicado a ladrar apasionadamente a las ruedas de los autos y también a algunas personas, sobre todo a los niños, pero por fin ha dejado en paz a Darío, quizás para siempre.

Darío llega al paradero y comprueba, contrariado, que no hay nadie más esperando la micro. Cuando los choferes ven a un pingüino

solitario plantado en el paradero, suelen pasar decidida, pomposamente de largo, por eso Darío se siente ridículo ahí, en actitud mendicante; tuerce los músculos de la cara y aguanta la respiración, confiando en crear una especie de sensación adulta. Es una estrategia absurda que esta tarde, sin embargo, parece dar resultado —se ve que la micro disminuye la velocidad y Darío se prepara para una entrada triunfal y hasta alcanza a preparar una amplia sonrisa para el chofer, pero justo entonces siente un piedrazo en la espalda. Al darse vuelta ve a un niño de unos siete años que lo mira desafiante, con los mocos colgando.

—Qué te pasa, pendejo —le dice con un desprecio que igual suena compasivo.

—Qué te pasa a ti, conchetumare —responde el niño; su voz es muy aguda, incluso para un niño tan chico—. Súbete a la micro nomás, cobarde culiao.

—Cómo te atreves a sacarme la madre, pedazo de carne cruda. —Darío se resigna a perder la micro y tal vez por esa vacilación le sale ese insulto raro, en realidad cómico: su abuela le dice así a veces, *pedazo de carne cruda*, de cariño.

—¿Qué te pasa con mi hermano, pailón culiao? ¿Querís que te hagamos parir, pan de pascua? —tercia el hermano del agresor, que había estado observando la escena escondido detrás de un árbol. Tiene quizás quince años, en cualquier caso se ve mayor que Darío, es unos centímetros más bajo pero mucho más fornido, un matón hecho y derecho.

—Tu hermano me tiró una piedra. —La frase suena inocente, Darío aún no entiende la emboscada.

Entonces sucede algo en cierto modo hermoso. El matón saca un pañuelo para sonarle los mocos a su hermano chico. Por unos cuantos segundos, mientras contempla esta escena fraternal, Darío baraja la esperanza de que todo quede ahí, en una bravata. Nunca ha peleado con nadie y nunca nadie le ha pegado a él, descontando las esporádicas cachetadas de su madre.

—Tírate al suelo, maricón del hoyo —le ordena el matón—. Ya, Pato, sácale la chucha, pero tú solo, como te enseñé; si trata de defenderse, te juro que lo hago pebre.

Darío obedece, el niño se ve más entusiasmado que rabioso, se nota que ese era el plan. Le pega a Darío unas patadas en las piernas, muerto de la risa; el agredido se cubre los testículos para al menos amortiguar los golpes. El hermano de Pato celebra cada patada como si presenciara un espectáculo de fuegos artificiales, más

precisamente como si él mismo hubiera organizado el espectáculo y contemplara, orgulloso, su obra maestra.

La paliza es larga y enrevesada y hasta en cierto sentido tediosa. En algún momento, como si estuvieran en la playa y jugaran en la arena, Pato le lanza a Darío un puñado de tierra a los ojos que forma lodo con sus lágrimas todavía escasas. Mantiene los ojos cerrados varios minutos mientras Pato sigue pegándole patadas en las piernas y en el culo. Pasan algunas personas que esquivan sin más la pelea como se evita supersticiosamente pasar debajo de una escalera. Darío siente los pasos, las voces, la humillación. Pato y su hermano lo obligan a ponerse de pie y a caminar hacia una pequeña plaza o hacia algo que en el futuro debería convertirse en una plaza pero que por ahora es solo un cuadrado de pasto incipiente.

—Échate al suelo de nuevo, mermelada de huevas. Sigue pegándole, Pato, lo está haciendo súper bien, campeón.

Pato le pega tres patadas en la cara, Darío siente la sangre que emana de su pómulo izquierdo y se adhiere al barro de lágrimas. Consigue agarrar los tobillos del niño, que cae al suelo pero de inmediato el matón lo socorre y castiga a Darío con una tremenda patada en las costillas y después de inmovilizarlo hace algo inesperado: le quita los zapatos a Darío y empieza a pegarle con ellos en la cabeza como matando mosquitos. Luego Pato y el matón revisan la mochila de Darío y encuentran el sándwich de queso de la colación, y se lo comen de buena gana. Darío se consuela con el pensamiento de que los agresores son pobres y tienen hambre, pero no está seguro. Antes de marcharse, los hermanos le quitan también la chaqueta.

Darío no pierde el conocimiento, pero le cuesta moverse. Vuelve a sentir voces y pasos, el ruido de los autos, de las micros. Es absurdo que nadie se acerque a ayudarlo. Cree sentir algo así como el brote de unos moretones en todo su cuerpo. Son moretones futuros, por supuesto, pero cree sentirlos ya inscritos, inevitables, en su cuerpo. Se quita la camisa para cortar el flujo de sangre en la cara.

VI

—¿Puedes caminar? —le dice alguien: Sebastián.

Sebastián ha cambiado la voz, pero Darío la reconoce de inmediato. Al juntar esas palabras con el rostro de su examigo, siente una mezcla de gratitud y pánico. Mientras le explica confusamente que debe ir al colegio, pero que en ese estado es imposible, se fija en el

borrador del bigote en la cara de Sebastián, aún no endurecido por la primera afeitada.

Darío tiene la esperanza de encontrar su mochila, pero los matones se lo llevaron todo. Se quita los calcetines y camina apoyándose en Sebastián. Es una pareja rara: Sebastián vuelve del colegio de curas donde sigue estudiando, con la corbata apenas ligeramente desanudada y el uniforme impecable, incluso los zapatos parecen recién lustrados, mientras que Darío camina con la camisa ensangrentada en la mano y descalzo y herido.

—No puedo ir a mi casa.

—¿Por qué?

—No quiero que mi mamá me vea así.

—Entonces vamos a la mía —dice Sebastián.

Es una tarde de nubes rápidas, hay dos o tres lanzadas en una especie de carrera cuyo propósito acaso sea sumarse a una nube más grande. Pero ninguno de los dos mira el cielo, como antes, más bien se concentran en el suelo para avanzar con cuidado. Se cruzan con vecinos que los miran de reojo, solamente una mujer insiste en ayudarlos pero Sebastián contesta por los dos, con una sonrisa, que no se preocupe, que está todo bajo control. Darío hace un esfuerzo enorme por caminar un poco más rápido. Le duele todo el cuerpo pero no piensa en el dolor ni en lo que acaba de sucederle, sino en Sebastián, en la circunstancia extraña de caminar del brazo de su examigo o amigo tal vez recuperado.

Ya en casa, el propio Sebastián le desinfecta las heridas con metapío («debe ser el mismo frasco de antes», conjetura Darío) y enciende la ducha. Mientras el agua tibia cae sobre su cuerpo, Darío piensa que su anfitrión sabe qué hacer, es como si se dedicara a eso. Luego piensa que Sebastián simplemente está más acostumbrado a estar solo en casa y quizás más preparado, por lo mismo, para la vida.

Su pantalón está sucio, pero no roto. La camisa, en cambio, además de manchada está rajada, hay que tirarla a la basura. Sebastián le pasa una polera de color damasco y unas zapatillas viejas. La polera le queda bien, ahora es más alto que Sebastián, pero siguen siendo de la misma talla. Sebastián le da una dipirona y luego lo lleva a su pieza, que ya no es la pieza grande, sino la pequeña.

—Las cambiamos —le explica Sebastián, antes de que Darío se lo pregunte.

—Ya no tienes tantas cosas —dice Darío, por decir algo—. O tu mamá tiene más.

Sebastián se encoge de hombros y va a la cocina, Darío se queda solo en esa pieza que le parece una imitación de la pieza anterior aunque tal vez una imitación más razonable o más genuina. Quiere ponerse su mugriento pantalón pero le duele todo el cuerpo. Se tiende en la cama en calzoncillos. Duerme diez minutos. Cuando despierta cree que han pasado horas. No hace frío, pero Sebastián le ha echado encima una frazada. En el velador hay un vaso de leche fría, se lo toma casi al seco, en dos sorbos largos.

—¿Quieres ver una película?

—¿Cuál?

—Tengo varias —dice Sebastián.

—Pero ya las viste.

—Pero a lo mejor tú no. Y yo puedo verlas de nuevo.

—No sé. ¿Cómo has estado?

La pregunta de Darío es natural, pero suena forzada o triste. Tal vez por eso Sebastián se limita a sonreír. Sobreviene un silencio largo, que a Darío le provoca pesar. No es un silencio tenso, en cualquier caso. Es distinto al silencio que reina en su casa o al silencio de la misa o al silencio durante las pruebas, en el colegio. Tampoco es como el silencio de antes, cuando miraban las nubes o escribían sus cartas de garabatos, pero quizás sí, quizás se parece en algo al silencio de entonces.

Sebastián sale de la pieza y vuelve con un minicomponente y pone muy bajito *The Head on the Door*, el casete de The Cure; Darío conoce solo la primera canción, la tararea mentalmente. La música lo arrulla: despierta cuando el lado A acaba de terminar. Sebastián está en una silla, mirándolo. Darío piensa o quizás más bien sabe que su inesperado anfitrión lleva un rato ahí. Sebastián se levanta para dar vuelta el casete.

Darío se siente mejor, aún aletargado pero mejor. Se acurruca en la cama, como quien decide dormir diez minutos más, aunque no quiere dormir, en realidad. Imagina a su padre enojado, diciéndole que debe aprender a defenderse. Y él cree saber defenderse; cree que siempre, de alguna manera, ha sabido defenderse. Después recuerda al matón sonándole los mocos a su hermano pequeño, repasa la escena una y otra vez. Se imagina sonándole los mocos a un inexistente hermano menor o que él es el hermano menor y un enorme hermano mayor le suena los mocos. Piensa que tal vez era una lección, nada más: que tal vez a Pato le pegan en la escuela y su hermano mayor decidió enseñarle a defenderse de esa manera absurda

y sanguinaria, equivocada. Se hunde en esa cama ajena, siente que la frazada le raspa las piernas; de pronto todo el dolor a lo largo del cuerpo le parece producto de esa frazada rasposa.

En eso llega Lali. Le da miedo enfrentarla, volver a verla. Escucha que ella y Sebastián hablan, no alcanza a entender la conversación, pero no gritan, no discuten, no hay un desacuerdo.

—¿Te sientes bien para levantarte? —le pregunta Lali en un tono casual, despreocupado, unos minutos después.

Darío asiente y ella misma lo ayuda a incorporarse.

—No te preocupes —dice Lali—, te aseguro que no es la primera vez que veo a un niño en calzoncillos.

Se sientan los dos a la mesa.

—¿Y Sebastián? —pregunta Darío.

—Lo mandé a comprar —dice Lali—. ¿Cómo estás?

—Bien —dice Darío, descolocado y nervioso.

—Medio machucado, eso sí —dice Lali.

—¿Usted dónde trabaja ahora? —Darío ha notado que Lali lleva un uniforme distinto y aprovecha el detalle para cambiar de tema.

—Qué te importa, cabro chico metiche.

Lali le habla con una agresividad fingida, con dulzura, más bien.

—Perdone —dice Darío.

—Trabajo donde mismo.

—O sea que cambiaron de uniforme.

—Sí —responde Lali—. ¿Y tú sigues hablando a puros garabatos?

—No —dice Darío—. Digo muy pocos. Solo cuando estoy muy enojado. Y a veces me enojo y no digo garabatos. Pero no me enojo casi nunca. Tengo buen carácter.

Darío habla en el tono clásico de quien alega inocencia. Lali lo mira con ternura.

—A mí me enseñaron que los niños no deben decir garabatos —dice Lali—. Pero a veces pienso que me enseñaron todo mal. O yo lo aprendí todo mal.

Aunque es una disculpa, suena como un pensamiento en voz alta. Darío siente alivio y entusiasmo.

—Es que era un juego —dice con un hilo de voz.

Se arrepiente de soltar esa frase innecesaria. Ella se muerde una uña, dos uñas.

—Yo también me como las uñas —dice Darío.

—Hace mal —dice Lali—. Hace pésimo.

Sebastián regresa con una pequeña torta de mil hojas. Se ve agitado, como si hubiera ido corriendo a la pastelería. Entre los tres

ponen la mesa y parten la torta. De pronto son como una familia, piensa Darío. O él se siente como un primo lejano que llegó de improviso y sin explicaciones a tomar once. No los conozco, nunca los conocí de verdad, piensa enseguida. Pero ahora voy a conocerlos, quizás.

—En esta casa somos medio pobres, pero comemos tortas de mil hojas todos los días —dice Lali.

Luego le pide a Darío que le cuente la historia.

Darío trata de contarle todo, cuida los detalles, aunque por momentos tiene la sensación de estar inventándolos, y se enreda un poco; últimamente siempre tiene esa sensación de inventarlo todo o casi todo. Pero ahora le ha pasado algo, algo de verdad, algo serio, algo que contar.

—Te asaltaron, te cogotearon, mijito, a todos nos ha pasado —dice Lali.

—No me cogotearon.

—Te robaron la mochila, la chaqueta, los zapatos —dice Sebastián, que había estado silencioso—, eso se llama cogotear. ¡Te cogotearon!

—Aprovecharon de llevarse todo. Pero no eran cogoteros. Querían pegarme, nada más.

—Querían robarte, por eso te pegaron —dice Sebastián.

—¿Y eran patos malos? —pregunta Lali.

—No —responde Darío—. Eran niños normales, como nosotros.

—Pero ustedes no harían algo así —dice Lali.

—No —dice Darío.

—No —dice Sebastián.

—O sea que ustedes son los buenos.

—Sí —dice Darío, dubitativo.

Puede que Sebastián y su madre tengan razón y simplemente esos niños hayan querido cogotearlo. Darío piensa que en adelante va a contar esa historia como un asalto, porque un asalto es más lógico, menos humillante. Van en el segundo pedazo de torta. Sebastián se levanta y regresa con el minicomponente y vuelve a poner el casete de The Cure. Lali tararea la primera canción, Darío piensa que tal vez el casete es de ella, que a ella le gusta The Cure. O a los dos, a ella y a Sebastián. Le gusta imaginar algo así: madre e hijo escuchando y disfrutando la misma música. También piensa que Sebastián habla poco y ya no dice las cosas geniales que decía antes. Ha cambiado. Pero quizás no ha cambiado. Aún no puedo saberlo, falta tiempo,

piensa Darío. Quizás más rato, o mañana, o cualquier día del futuro, volverá a parecerse a quien era hace dos años.

—Poto —dice de repente Lali, con el entusiasmo de quien por fin consigue solucionar un enigma muy complejo.

—¿Qué? —pregunta Darío, sorprendido.

—Si el hermano chico se llama Pato, a lo mejor el hermano grande se llama Poto. ¿Y tenía olor a poto? ¿Cara de poto?

Viene una carcajada creciente, liberadora, muy larga, contagiosa.

—Yo creo que se llama Cara de Tula —dice Sebastián.

—O Tajo del Pico —dice Lali.

Darío sonríe con una alegría plena y nueva, mientras Sebastián y su madre siguen un rato largo inventándole nombres al hermano de Pato: Mermelada de Peos, Cara de Carie, Mojón de Choclo, Juanito Conchetupico, Rocky Pichula.

Camilo

¡Soy el Camilo!, me gritó desde la reja, abriendo los brazos, como si nos conociéramos de toda la vida: el ahijado de tu papi. Me pareció de lo más sospechoso, como una caricatura del peligro, yo ya estaba grande para caer en esa clase de trampas. Y esos lentes oscuros, como de ciego, en un día nublado. Y esa chaqueta de mezclilla, con parches negros de bandas de rock. Mi papá no está, le respondí. Cerré la puerta sin despedirme y no pasé el recado, se me olvidó.

Pero era verdad, mi papá había sido muy amigo del papá de Camilo, Camilo grande: jugaban fútbol juntos en la selección de Renca. Hay fotos del bautizo, con el niño llorando y los amigos mirando solemnemente a la cámara. Durante algunos años todo estuvo bien, mi padre era un padrino presente, se preocupaba del niño, pero hubo una pelea, y más tarde, unos meses después del Golpe, Camilo grande cayó preso y luego partió al exilio —el plan era que la tía July y Camilito se reunieran con él en París, pero ella no quiso y el matrimonio, de hecho, terminó. Así que Camilito creció extrañando a su padre, esperándolo, juntando dinero para ir a verlo. Y un día, cuando acababa de cumplir dieciocho, decidió que si no podía ver a su padre al menos debía encontrar a su padrino.

Todo eso lo supe la primera vez que Camilo tomó once con nosotros, o quizás lo fui sabiendo de a poco. Quiero decir aquí algunas palabras con claridad y me confundo. Pero recuerdo que esa tarde mi padre se emocionó al comprobar que el ahijado se parecía mucho a su antiguo amigo —eres igualito, le dijo, lo que no era necesariamente un halago, porque el rostro de Camilo era anodino, difícil de recordar. Y aunque usaba varios productos para peinarse a la moda, su pelo tieso solía jugarle malas pasadas.

A pesar de mi desconfianza inicial, de inmediato comprendí que Camilo era una de las personas más divertidas imaginables. Rápidamente se convirtió en una presencia benéfica y protectora, un tipo luminoso, un verdadero hermano mayor. Cuando partió a Francia, cumpliendo el sueño de su vida, yo pensé eso, que se me iba un hermano. Fue en enero de 1991, eso puedo decirlo con certeza.

Esa fascinación por Camilo la compartíamos todos. Mi hermana mayor estaba totalmente enamorada de él, y mi hermana menor, que era incapaz de mantener la atención más de dos segundos en nada, cuando él venía se quedaba mirándolo fijo y celebraba cada una de sus salidas. Y qué decir de mi mamá, con quien Camilo hablaba en broma pero también en serio, porque en ese tiempo él estaba —en sus propias palabras— repleto de tensiones religiosas, y aunque mi mamá no era ninguna beata, le causaba tanto asombro que alguien no creyera en Dios que terminaba escuchándolo embobada.

En cuanto a mi papá, yo pienso que Camilo se volvió para él un compañero, un amigo, si incluso dejaba que lo tuteara. Se quedaban en el living hasta tarde conversando sobre cualquier cosa, excepto sobre la existencia de Dios, porque mi papá no admitía que eso se cuestionara, y tampoco sobre fútbol, porque Camilo fue el primer hombre que conocí al que no le gustaba el fútbol. A mí, que adoraba el fútbol, eso me parecía tan divertido, tan exótico: Camilo ni siquiera entendía las reglas del juego. Era célebre el relato del único partido que había jugado en su vida, a los cinco años, en un gimnasio de San Miguel: como todo lo que entonces sabía de fútbol venía de los resúmenes de goles en la tele, esa tarde se dedicó a correr en cualquier dirección celebrando goles inexistentes y saludando al público con alegría, enteramente desentendido de la pelota.

Mi relación con mi padre, en cambio, estaba estrechamente relacionada con el fútbol. Veíamos o escuchábamos los partidos, a veces íbamos al estadio, y todos los domingos, al mediodía, lo acompañaba a unas canchas en La Farfana —jugaba al arco y era realmente bueno, lo recuerdo suspendido en el aire, agarrando la pelota con las dos manos y atenazándola contra el pecho. Nunca dejé de pensar, sin embargo, que sus compañeros lo odiaban, porque era la clase de

arquero que se pasa dando instrucciones todo el partido, ordenando a la defensa a grito pelado. *Baja, huevón, baja, tócala, pásamela, suéltala, baja, huevón, baja*: cuántas veces escuché esas órdenes en boca de mi padre, pronunciadas en tono de suprema alarma. Si alguna vez me gritó, no fue tan fuerte como esos alaridos que sus compañeros recibían con fastidio, o al menos eso creía yo, pues no podía ser agradable jugar con esa permanente alharaca de fondo. Pero era respetado, mi papá. Y era muy bueno, insisto. Yo me ponía detrás del arco, con una Bilz o un Chocolito, a veces él me miraba rápidamente, para comprobar que seguía ahí, y otras veces me preguntaba, sin darse vuelta, qué había pasado en el arco de enfrente, porque ese era el gran problema de mi papá como arquero, por eso no había podido dedicarse al fútbol profesionalmente: su miopía era tan grande que solo alcanzaba a ver hasta la mitad de la cancha. Sus reflejos eran, en cambio, extraordinarios, lo mismo su valentía, que pagó con dos fracturas en la mano derecha y una en la izquierda.

En el entretiempo me gustaba pararme en el lugar del arquero e invariablemente pensaba en lo inmenso que era el arco, una y otra vez me preguntaba cómo era posible que alguien, por ejemplo, detuviera un penal. Y mi papá atajaba penales, claro que sí. Uno de tres, uno de cuatro: nunca se lanzaba antes, siempre esperaba, y si la ejecución era algo menos que perfecta, atajaba.

—

Recuerdo un viaje al campo, cuando Camilo descubrió que yo pestañeaba entre los postes de luz. Todavía lo hago, incluso cuando manejo, no puedo evitarlo: apenas empieza la carretera pestañeo con cuidado intentando acertar el punto medio entre dos postes. Aquella vez, apelotonados con mis hermanas en el asiento trasero del Chevette, Camilo se dio cuenta de que yo estaba tenso, concentrado, y luego empezó a pestañear al mismo tiempo que yo, sonriéndome. Me puse nervioso, porque no quería cometer errores, pensaba fervientemente que solo si pestañeaba entre los postes estaríamos a salvo.

Ahora mis rarezas no tienen importancia, pero cuando niño me angustiaban hasta hacerme insoportables las actividades más simples. Supongo que era medio o completamente toc. Como tantos niños, evitaba escrupulosamente las rayas entre los pastelones, y si llegaba a pisar una por error entraba en un estado de desesperación incommunicable: me encerraba en mí mismo, me invadía un

sentimiento de fatalidad y a la vez pensaba que era algo demasiado ridículo como para contárselo a alguien. Tenía también la manía de equilibrar las partes del cuerpo —si me dolía una pierna me pegaba en la otra para igualarlas, o movía el hombro derecho al ritmo de los latidos de mi corazón, como si quisiera tener dos corazones—, y hasta algunos rituales aun más caprichosos, como subir y bajar nueve veces la empinada escalera que iba de la piscina a la plaza, lo que no era tan raro, podía parecer un juego, pero yo procuraba que no lo pareciera, disimulaba escrupulosamente: me detenía después del último peldaño, movía la cabeza como descubriendo que había olvidado algo, y solo entonces volvía sobre mis pasos.

Si menciono todo esto es porque Camilo siempre se mostró dispuesto a ayudarme. Esa mañana, en el Chevette, cuando entendió que yo estaba nervioso, me hizo un cariño en el pelo y me dijo algo que no recuerdo, pero estoy seguro de que fue una frase tremendamente cálida, solidaria y sutil. Tiempo después, cuando comencé a relatarle mis excentricidades, él me decía que todos éramos distintos, que esas cosas raras que yo hacía quizás eran normales. O que no lo eran, pero daba lo mismo, porque la gente normal era apestosa.

Podría llenar varias páginas demostrando la importancia de Camilo en mi vida. Por lo pronto recuerdo que fue él quien, después de una conversación eterna con mi padre, me consiguió permiso para ir por primera vez a un concierto (fuimos juntos a ver a Aparato Raro, en el colegio Don Orione, en Cerrillos), y también fue él la primera persona que leyó mis poemas.

Yo escribía poemas desde chico, lo que por supuesto era un secreto inconfesable. No eran buenos, pero yo pensaba que sí, y cuando Camilo los leyó me trató con respeto, pero enseguida me aclaró que ya no era necesario que los poemas tuvieran rima. Me sorprendió eso, pues yo creía que un poema era una cosa siempre igual, algo antiguo, inmutable. Pero era una gran noticia, porque a veces me costaba un mundo rimar, y era más o menos consciente de que no podía usar siempre las combinaciones fáciles. Y sin embargo desconfié de lo que Camilo me decía, porque hasta ahí nunca había leído un poema sin rima. Le pregunté que cuál era entonces la diferencia entre un poema y un cuento. Estábamos en la Piscina Municipal de Maipú, echados al sol, en plena fotosíntesis, como él decía. Me miró con ademanes pedagógicos y me dijo que un poema era todo

lo contrario de un cuento —los cuentos son fomes, la poesía es locura, la poesía es salvaje, la poesía es un torrente de sentimientos extremos, me dijo, o algo así. Es difícil, en este punto, no ponerse a inventar, no dejarse llevar por el aroma del recuerdo. Dijo estas palabras: *locura, salvaje, sentimientos. Torrente* no. Creo que *extremos* sí.

De vuelta en casa tomó mi cuaderno y empezó a escribir poemas. Tardó como media hora en escribir diez o doce textos largos y después me los leyó. Yo no entendí nada, le pregunté si otras personas los entendían. Él dijo que quizás no los entendían, pero que eso no era lo importante. Le pregunté si quería publicar un libro. Me dijo que sí, que seguro lo haría, pero que eso no era lo importante. Le pregunté qué era lo importante. Me dijo esto o esto fue lo que entendía: lo importante es expresar los sentimientos y mostrarse como un hombre apasionado, interesante, quizás un poco frágil, alguien sin miedo a nada, alguien que acepta su lado femenino. Definitivamente esa fue la primera vez que escuché la expresión *lado femenino*.

Después, no sé cuánto tiempo después, me preguntó si me gustaban los hombres o las mujeres. Yo me alarmé, porque había hombres que me gustaban, como el propio Camilo sin ir más lejos, aunque tenía claro que me gustaban más las mujeres, mucho más. Me gustan las minas, le dije, las encuentro terriblemente ricas. Ok, me dijo muy serio pero quizás no muy convencido, y luego agregó que si me gustaban los hombres no era problema, que eso también podía pasar.

Me acuerdo de Camilo una tarde, en el puente Condell, fumando. Yo entendía que eso no era un cigarro normal, pero tampoco sabía exactamente lo que era. Es demasiado fuerte para un niño, me dijo disculpándose cuando le pedí una piteada, porque entonces yo ya fumaba de vez en cuando. Debe haber sido en 1986 o a comienzos de 1987, yo tenía diez u once años. Lo sé porque en ese tiempo aún no conocía bien el centro ni Providencia, y porque después fuimos a comprar *True Stories*, de los Talking Heads, que entonces era todavía un disco nuevo.

Tenemos que resolver tu problema, me había dicho esa mañana, mientras caminábamos al paradero. Le pregunté cuál, porque yo pensaba que tenía muchos problemas, no solamente uno. Tu timidez, me respondió, a las mujeres no les gustan los tímidos. Y claro que yo era tímido entonces. Estoy hablando de una timidez genuina, verdadera, no como ahora, que todo el mundo es tímido,

llega a dar risa. Si alguien no saluda se dice que es por timidez, y si mató a la esposa fue porque era tímido, si estafó a un pueblo entero, si se presentó a diputado, si se comió el último poco de Nutella que quedaba en el pote sin preguntarle a nadie: tímido. Yo hablo de otra cosa: tartamudeos, inseguridad, introspección.

Voy a ayudarte, me dijo Camilo, voy a darte una lección, pero no te preocupes, no tienes que hacer nada, simplemente acompáñame y no te muevas de mi lado, haga lo que haga. Yo asentí con algo de vértigo. En la hora que duró el trayecto estuvo contándome chistes, casi todos repetidos, pero ahora los decía en voz muy alta, al borde del grito. Entendí que la lección consistía en que yo me riera igual de fuerte, lo que me costaba muchísimo, pero lo intenté. Pero después, cuando bajamos de la micro, me dijo que esa no era la lección.

Subimos al puente, nos quedamos en la mitad. Camilo fumaba en silencio, yo miraba el agua turbia y rápida de un caudal menos escaso que de costumbre. Me concentré en la corriente, y no sé cómo sucedió: miraba tan fijamente, estaba tan absorto en la imagen, que tuve la sensación de que el agua estaba quieta y que íbamos en un barco, aunque yo nunca había estado en un barco. Me quedé así un rato largo, quizás quince minutos, veinte, no lo sé. Vamos en un barco, le dije a Camilo, y le conté lo que había descubierto. Me costó explicarle, no me entendía, pero de pronto también lo vio, y lanzó una exclamación de asombro profundo y creciente, muy de volado. Seguimos mirando la corriente mientras él decía mil veces *increíble, increíble, increíble*.

Después, cuando caminábamos hacia Providencia, me tomó del hombro y me dijo, ceremonioso: me caías muy bien, me caes muy bien, pero a partir de hoy además te respeto. Cuando llegamos a una esquina, quizás la de Carlos Antúnez, me hizo un gesto sutil y cortante con la cabeza que quería decir *ahora*, se echó al suelo agarrándose la guata, y empezó a reír destemplada, escandalosamente. De inmediato se hizo un círculo en torno de nosotros, yo no quería estar ahí pero entendía que esa era la lección. Cuando terminó de reír había cinco carabineros pidiéndole explicaciones. Camilo se dio tiempo para hacerme un gesto aprobatorio, porque yo había permanecido junto a él y también me había reído un poco, como si fuera el amigo tímido del reidor, pero no lo suficientemente tímido como para avergonzarse. Yo miraba las caras de los pacos, imperturbables y severos, mientras Camilo hilvanaba, en absoluto desorden, una explicación en que hablaba de mí, de mi timidez, y de por qué era necesario darme esa lección, para que yo pudiera, les dijo,

crecer. Había alterado el orden público, estábamos en dictadura, pero Camilo consiguió convencer a los policías, y nos marchamos con la extraña promesa de no reír nunca más en la vía pública.

Estoy voladísimo, me dijo después, o quizás lo dijo para sí mismo, un poco preocupado. Fuimos a unas galerías a comprar el disco. La disquería era totalmente distinta a las que yo conocía, todo me resultaba lujoso o exclusivo. Cuando el vendedor nos pasó *True Stories*, Camilo tradujo para mí el comienzo de la canción «Love for Sale», aunque quizás se carrileaba un poco, porque no sabía inglés. Tomé el vinilo, miré la espléndida carátula blanca y roja, y le devolví el mismo gesto leve: *ahora*. Él alcanzó a mirarme como con pánico, pero yo sin más salí corriendo con el disco en las manos, y seguimos corriendo y esquivando a la gente mucho rato, riendo como locos, a toda velocidad.

Esa noche había un partido, no recuerdo cuál, pero era de la Selección. Y Camilo se quedó a verlo con nosotros. Mi papá se extrañó, le preguntó por qué. No tengo papá, tú eres mi padrino, tenís que enseñarme algo de fútbol, le dijo. Y si no, le advirtió, guiñándome un ojo, me hago maricueca. Se volvió una costumbre que Camilo viera los partidos con nosotros, pero no sé si mi papá lo disfrutaba, porque las preguntas que hacía el Camilo eran tan básicas y despistadas que rápidamente nos ganaba el tedio.

—

El 4 de diciembre de 1987 cometí un pecado mortal. Los Prisioneros acababan de lanzar *La cultura de la basura*, su tercer disco, y me moría de ganas de comprarlo, pero no tenía un peso. Pensé en robar de nuevo, pero no me consideraba capaz, lo de los Talking Heads había sido apenas un momento de inspiración. Se me ocurrió una idea mejor: como la salida del disco coincidía con la Teletón, pedí dinero para ayudar a los niños lisiados, partí a la plaza y compré el disco.

Lo pasé pésimo. Me encerraba a escuchar el disco en la pieza, y al principio cada canción me sonaba ligada, de un modo u otro, a mi fechoría. Decidí confesarme, pero me daba miedo la reacción del cura. Confiésate conmigo, me dijo Camilo, qué vas a andar contándole tus cosas a un cura. Además, te digo al tiro: masturbarse no es pecado, yo creo que hasta Jesús se corría unas pajitas pensando en la María Magdalena. Me llegó a dar vértigo de la risa. En la vida había escuchado una herejía semejante. En el living, sobre la mesa del comedor, había una imagen de Jesús, y en adelante ya no pude mirarlo sin pensar que esa era su cara después de eyacular.

Cuando le confesé a Camilo mi pecado, me dijo que no me preocupara, que la Teletón cumplía su meta con los puros auspiciadores, y que quizás yo necesitaba ese disco. Tal vez lo que hiciste fue un acto de justicia, me dijo. No entiendo, le respondí. Bueno, sentenció: si sigues con culpa, rézate esa oración donde se pegan puñetazos en el pecho.

¿Y tu madrina? ¿Has visto a tu madrina?, le pregunté una mañana —en ese tiempo solía quedarse a dormir en el living, se levantaba temprano y volvía del mercado con una sandía, porque era verano. Respondió que sí, que seguía siendo la mejor amiga de su madre.

¿Y tú? ¿Tenís padrinos?

Sí, pero son mis tíos, los hermanos de mi mamá.

Eso no sirve, dijo. La idea es que no sean familiares. Los tíos igual te van a dar regalos. Pienso que mi papá puede ser tu padrino, me dijo muy serio. Cuando viaje a verlo le voy a pedir que sea tu padrino. Te lo prometo.

Insistía en que le enseñáramos fútbol y a veces jugábamos a los penales en el pasaje. Pero mi papá se cansaba, decía que Camilo no se concentraba, que su interés no era real. Igual fuimos los tres al Estadio Santa Laura a un programa doble, de preliminar jugaban la U con Concepción. Camilo, para irritación de mi papá y mía, había decidido que era de la U, que era el equipo de su padre, aunque por supuesto ni siquiera sabía cómo se llamaban los jugadores. Le gustó que en el estadio todo el mundo gritara y reclamara, pero le sorprendió que se ensañaran con el árbitro, así que decidió defenderlo, y aunque al principio la gente se lo tomó a mal, también les daba risa escuchar a Camilo, que cada vez que el árbitro cobraba una falta o mostraba una tarjeta se ponía de pie y decía a viva voz: ¡muy bien hecho, señor, excelente decisión!

Camilo siguió alentando al árbitro durante el partido de fondo, que era de Colo-Colo con Naval (creo), y yo me sumé a sus gritos a pesar de que ver jugar a Colo-Colo era para mí un asunto de la mayor importancia. Había crecido admirando al Chino Hisis, al Pillo Vera, a Carlitos Caszely, a Horacio Simaldone, y también odiaba a algunos como a Cristián Saavedra (no sé por qué) y Mario Osbén,

sobre todo cuando el entrenador lo hacía alternar en la titularidad con mi ídolo Roberto Rojas. Eso me enfurecía. Uno de los grandes placeres de mi infancia era bajar hasta la reja para tapar a garabatos a ese entrenador. En casa tenía prohibido decir garabatos, pero en el estadio había manga ancha.

Ninguno de esos jugadores seguía en el equipo cuando fuimos al estadio con Camilo, y el que yo más extrañaba era obviamente Roberto Rojas. Admirar al Cóndor Rojas era inevitable, todos los chilenos lo admirábamos. Y era también un modo apenas solapado de admirar a mi padre. Por lo demás, yo conocía a la perfección el puesto, sabía de memoria los movimientos, y consideraba que la labor del arquero era sin duda la más difícil. A veces también jugaba al arco, intentando parecerme al Cóndor Rojas o a mi padre (en todo salvo en la gritadera). Y sin embargo el tiempo que entrené en las inferiores de Cobresal, en la misma cancha donde un quinceañero Iván Zamorano empezaba a convertirse en un crack, me probé como mediocampista y no como arquero. Me daba miedo, quizás, no estar a la altura.

—

¿Por qué Camilo pasaba tanto tiempo con nosotros? Porque lo queríamos, seguro. Y porque en su propia casa no se sentía bien. Quizás contaba eso, entre dientes. Peleaba con su madre, por la crisis religiosa y por la situación política. Antes del plebiscito Camilo fue a todas las concentraciones a favor del No y eso provocó peleas muy fuertes. Él quería que ganara el No porque odiaba a Pinochet pero también porque pensaba que de ese modo su padre volvería a Chile. Su padre no quería volver, o eso le decía la tía July a Camilo todo el tiempo —tu papá tiene otra familia, tiene otro país, ni siquiera se acuerda de ti. Pero su padre le escribía siempre, le enviaba dinero, y lo llamaba de vez en cuando.

La tía July era dura. Y sin embargo nos trató muy bien la única vez que fuimos a su casa. Nos dio pastel de pan y leche con plátano mientras jugábamos Montezuma's Revenge con los medio hermanos de Camilo. Era raro ver al Camilo como fuera de sitio. Recuerdo que entré a su habitación y parecía que no vivía ahí. A mis hermanas y a mí nos regalaba pósters y pergaminos, pero en su pieza no había nada de eso: me impresionó ver esas paredes blancas, vacías, ni siquiera un clavo para colgar una foto.

Ah, ¿qué estudiaba Camilo? Ingeniería en Ejecución en algo, en la UTEM, que entonces se llamaba IPS. Quedó en esa carrera la tercera

vez que dio la prueba, recuerdo que fue a hablar con mi papá, a pedirle consejos. Pero no le gustaba estudiar. Una vez intentó hacerme clases de matemáticas, pero no resultó. Tampoco sé si le gustaba leer. Creo que sí. Creo que esa vez, cuando me habló de poesía, mencionó a Rimbaud y a Baudelaire, los poetas malditos, no sé si a ellos, pero mencionó a algunos autores. Muchas veces, pienso ahora, desde este lugar tan sospechosamente estable que es el presente, Camilo parecía inmaduro. Pero no. No lo era. O tenía también ese otro lado intuitivo, generoso, perspicaz.

Él estaba con nosotros, frente a la tele, cuando el Cóndor Rojas se autoinfligió la herida en el Maracanã. No podíamos creer lo que veíamos, Camilo también estaba consternado. ¡Brasileños culiaos!, dije yo muy fuerte, para ver si me retaban, pero nadie me retó. Mi papá se sumió en un silencio absoluto, estaba triste, furioso. Camilo se fue al tiro al centro, y fue parte del gentío que protestó frente a la embajada de Brasil. Yo quise acompañarlo, pero no me dejaron, tuve que comerme la rabia. Meses después, cuando Roberto Rojas seguía asegurando su inocencia, Camilo dijo que ya no le creía. Ya entonces cundía el rumor de que era culpable, pero tanto yo como mi papá lo considerábamos una infamia, una estupidez. Mi papá miró a Camilo con desprecio, casi con rencor: no tienes derecho a opinar, porque no sabes nada de fútbol, le dijo. ¿De verdad crees que el Cóndor iba a ser tan estúpido como para hacer algo así? Pero al final, cuando Roberto Rojas lo confesó todo en una entrevista, tuvimos que aceptarlo. Le pedimos disculpas a Camilo, pero él dijo que no nos preocupáramos, que no tenía importancia.

Con el tiempo dejamos de admirar al Cóndor Rojas y yo también dejé de acompañar a mi papá a sus partidos. Y poco después mi papá sufrió su última fractura en la mano derecha. Y el médico le pidió que nunca más jugara fútbol.

—

A mediados de 1990 sucedió un hecho luminoso: tras una década solicitando una línea telefónica, nos la concedieron. Nos dieron el número 5573317. La mañana en que la fueron a instalar yo estaba solo con mi mamá. Lo primero que ella hizo fue llamar a una amiga, y después me dijo que llamara yo a algún amigo, así que llamé a Camilo. Era uno de esos periodos en que inexplicablemente dejaba de visitarnos. Sonaba contento, le pedí que viniera a vernos. Apareció a los pocos días.

Esa vez quiso enseñarme a interactuar con las mujeres. Yo tenía ya catorce años, había dado algunos besos, pero básicamente mi relación con las niñas seguía siendo difícil. Camilo me contó que acababa de conocer a Lorena, que habían salido, que se habían acostado. Me explicó cómo había que tratar a las mujeres en la cama (hay que desnudarlas lentamente, controlando la ansiedad, creo que me dijo). Y ahora que teníamos teléfono, me propuso: yo llamo a la Lorena y tú escuchas por el teléfono de la pieza de tu mamá, así te vas a dar cuenta de cómo seducir a las mujeres. Camilo no se estaba pavoneando, no. Realmente quería enseñarme.

Hola, Lorena, habla Camilo, le dijo con voz profunda.

Ah, ¿cómo estás? —era dulce la voz de Lorena, dulce y un poquito ronca.

Bien, pero necesito verte.

Ella se quedó callada cinco segundos antes de soltar esta frase que nunca olvidaré: bueno, si ya es una necesidad, lo dejamos hasta aquí —y colgó.

Fui a la cocina, puse la tetera y le preparé un té a Camilo. Creo que fue la primera vez que le preparé un té a alguien. Le puse mucha azúcar, como entendía que se hacía cuando alguien estaba triste.

Gracias, me dijo Camilo con un gesto resignado. Pero no importa. Estoy contento. El próximo verano va a pasar algo importante. ¿Qué?

Que no va a ser verano para mí. Va a ser invierno.

El diálogo era perfecto, pero no lo entendí, aunque me dio pistas. Qué tonto.

Que me voy a Francia, a ver a mi padre, dijo, con la ilusión nítidamente dibujada en la cara.

—

Me salto muchos años. Puedo ser más exacto: veintidós. Es octubre de 2012. Estoy en Ámsterdam, en un encuentro con chilenos, converso con algunos, la mayoría exiliados, algunos hijos de exiliados, otros estudiantes. Y ahí está Camilo grande, Camilo padre. Alguien nos presenta y al escuchar mi apellido noto el interés en sus ojos. Te parece a tu padre, me dice. Y usted a Camilo, respondo. Me pregunta cosas, vaguedades. Hablamos sobre las marchas, sobre la vergonzosa

negativa oficial a que los chilenos en el extranjero puedan votar en las elecciones. Hablamos sobre Piñera y de pronto somos dos compatriotas deletreando la incompetencia de nuestro presidente. Y después: ¿cómo está el Hernán?, me pregunta. Le digo que está bien. Descubro que me siento un poco agredido, no entiendo por qué. Estoy helado. Me doy cuenta: pienso en lo mucho que sufrió Camilo por su padre. Siento que, de un modo absurdo y oscuro, al hablar con Camilo padre estoy traicionando a mi amigo, a mi hermano mayor. Pero quiero hablar con ese hombre, saber quién es. Le digo que nos juntemos al día siguiente.

Quedamos de vernos en un restorán mexicano en Keizersgracht. Es una breve caminata desde el hotel. Llego casi dos horas antes, para ver el partido del Barcelona. Alexis Sánchez está en la banca. Hace décadas el fútbol se transformó para nosotros en un deporte individual. Por culpa del Cóndor Rojas no solo quedamos fuera del Mundial de Italia 90, también del de Estados Unidos 94. No tuvimos más remedio que concentrarnos durante años en los triunfos y en los fracasos individuales de los pocos compatriotas que jugaban fuera. Fuimos del Madrid cuando estaba Zamorano, y ahora somos del Barça, con Alexis, mientras dure (si es que dura). Y hemos sido y seremos de los equipos donde jueguen Mati Fernández y Arturo Vidal y Claudio Bravo y Gary Medel y los demás. Estamos acostumbrados a ese contrasentido: qué me importan los goles de Villa y de Messi. Mi único interés es que pongan a Alexis, y si no brilla que al menos no haga alguna chambonada.

Camilo padre también llega antes. Voy a ver un partido con el papá de Camilo, pienso.

Lo que yo sabía sobre Camilo padre, sobre su exilio, era lo poco que me había contado su hijo: que había caído preso en 1974, que luego había tenido suerte, por así decirlo, para salir de Chile, el año 75; que había llegado a París, que a poco andar había conocido a una argentina, con la que tenía dos hijos. Me entero de que lleva quince años en Holanda, primero instalado en Utrecht, luego en Rotterdam y ahora en un pueblo cerca de Ámsterdam.

De pronto, como si fuera un policía que no quiere perder el tiempo, acelero el relato, le pregunto qué pasó: por qué cuando Camilo volvió a Chile estaba tan cambiado. Yo no sé por qué, me dice. El Camilo fue a París a buscarme. Quería que volviéramos juntos a

Chile. No le interesaba venirse él, se lo ofrecí. Me decía que era chileno, que quizás le gustaría viajar, pero que era chileno. Le propuse que estudiara acá, le hablé del plan de radicarnos en Holanda. Él me dijo que no le gustaba estudiar, ni en Santiago ni en Europa. Y todo fue subiendo de tono. Me dijo cosas horribles. Le dije cosas horribles. Y empezó una competencia, la competencia de quién decía las cosas más horribles. Y yo quedé con la sensación de que él había ganado. Y él quedó con la sensación de que yo había ganado. Todos esos años habíamos estado en contacto, yo me preocupaba, le mandaba plata, no tanta, pero le mandaba. Después, la primera vez que volví a Chile, estuvimos juntos, almorzamos varias veces, pero siempre peleábamos.

Eso fue el año 92, le digo.

Sí, me dice.

A los quince minutos del segundo tiempo entra Alexis, que se ve medio lento y queda fuera de juego un par de veces, pero tiene una pequeña participación en el 3 a 0 de Xavi. Después marcan Fábregas y de nuevo Messi. Alexis falla un gol cantado en los minutos finales.

¿Qué piensas de Alexis?, me pregunta Camilo padre —que no es mejor que Messi, le digo, y él sonrío. Agrego que nunca fue un goleador, que en Chile fallaba goles a cada rato, pero que era excepcional, era el mejor por las puntas. De pronto lo pienso de nuevo: estoy hablando de fútbol con el padre de Camilo, y siento una especie de estremecimiento. Una sensación muy rara. Aunque sé que Camilo padre es de la U, le hablo del Colo-Colo 2006. De Claudio Borghi, de Mati Fernández, de Chupete Suazo, de Kalule, de Arturo Sanhueza. Hablo de esa final terrible contra el Pachuca en el Estadio Nacional. Me siento torpe hablando así. Ingenuo.

Camilo quería que usted fuera mi padrino, le digo después. Sonrío como sin entender. Y no lo explico. Insiste en que lo tutee. Le digo que no. Me pregunta si mi padre y Camilo se tuteaban. Le respondo que sí. Tutéame entonces. Prefiero que no —intento que mi respuesta suene cortés, pero lo único que me sale es una frase atenuada, murmurada.

Le pregunto por qué mi padre y él se enojaron. Mi padre nunca quiso contarme, ni a Camilo: siempre cambiaba el tema. Y nadie más sabía. Suponíamos que era algo muy grave.

Fue en las últimas fechas del campeonato, me cuenta Camilo padre, un partido que íbamos ganando 2 a 0: yo jugaba de back centro, quedaban pocos minutos y tu papá gritaba como loco —le digo que lo

sé, que lo vi jugar, que siempre me impresionaban esos gritos. *¡Tócala, pásamela, suéltala, Camilo, huevón!* Llevábamos varios partidos peleando por eso. No me dejaba decidir. *¡Pásamela, suéltala!* En ese tiempo el arquero sí podía tomar la pelota con la mano cuando se la devolvían.

Me acuerdo, le digo, no soy tan joven.

Eres muy joven, me dice.

Pedimos más cervezas. Continúa:

¡Pásamela, Camilo, huevón!, repetía el Hernán una y otra vez. Yo estaba hartado, de puro choro le pegué al ángulo y metí el autogol —*ahí tenís la pelota, conchetumare*, le dije. Algunos se rieron, otros me retaron, tu papá me miró con odio. Y después nos empataron. Si hubiéramos ganado, si yo no hubiera marcado ese autogol, podríamos haber seguido peleando el campeonato.

En eso llega mi amigo Luc, tiene que pasarme unos libros. Le presento a Camilo. Luc se sienta con nosotros unos minutos y, en su extravagante español, le pregunta a Camilo si es exiliado. Ya no, responde Camilo. O sí. Ya no lo sé. Luc me dice que nos vayamos, pero siento que debo quedarme. Le digo que nos juntemos más tarde.

A mí no me hicieron nada, me dice Camilo, cuando quedamos solos de nuevo. Le había dicho a su hijo que nunca lo torturaron, a pesar de que estuvo preso varios meses. Sí me torturaron, me dice. Pero no quiero hablar de eso. Me hicieron mierda, pero estoy vivo. Pude salir, empezar de nuevo. Ambos guardamos un silencio trajinado. Ambos pensamos en Camilo. Yo recuerdo la disquería, la canción de los Talking Heads, quizás la tarareo mentalmente. «I was born in a house with the television always on / Guess I grew up too fast / And I forgot my name».

Ahora caminamos por Prinsengracht, hace frío. Sin quererlo empiezo a contar las bicicletas que pasan raudas por la calle. Cincuenta, sesenta, cien. El silencio parece definitivo. Siento que vamos a despedirnos en cualquier momento. Me voy a ir yendo, dice él, justamente. Dile a Hernán que me perdone, me dice. Le aseguro que ya lo perdonó, hace muchos años, que no tiene importancia. Le pedimos a un niño que nos tome una foto con mi teléfono. Mientras posamos pienso que voy a llamar a mi padre mañana, que hablaremos largo sobre Camilo padre, y también recordaremos, como hacemos a veces, la noche horrenda, a comienzos del año 94, en que la tía July

nos llamó para decirnos que habían atropellado a Camilo, y la desgraciada semana en que estuvo a punto de salvarse pero no se salvó.

No sé por qué le pregunto al final cómo se enteró de la muerte de Camilo. Lo supe ocho días después, me dice. La July sabía cómo ubicarme, pero no lo hizo, no quiso. Estamos de pie, mirando el suelo, en una esquina donde hay una tienda de lámparas. He visto eso varias veces estos días en Ámsterdam: vitrinas llenas de lámparas prendidas en la noche. Estoy a punto de decírselo, para cambiar de tema. Entonces él repite: por favor dile a Hernán que me perdone por el autogol. Se lo voy a decir, respondo. Cuando nos despedimos me abraza y se pone a llorar con amargura. Pienso que la historia no puede terminar así, con Camilo padre llorando por su hijo muerto, su hijo casi desconocido. Pero así termina.

Larga distancia

Trabajaba por las noches como telefonista, uno de los mejores empleos que he tenido. El sueldo no era bueno pero tampoco miserable, y aunque el lugar parecía inhóspito —una oficina pequeña en la calle Guardia Vieja, cuya única ventana daba a un enorme muro gris—, la verdad es que no pasaba frío en invierno ni calor en verano. Quizás pasaba frío en verano y calor en invierno, pero eso era porque nunca aprendí a manejar el aparato de aire acondicionado.

Hablo de 1998, recién había terminado el Mundial de Francia, y al poco tiempo, cuando llevaba un par de meses en ese trabajo, tomaron preso a Pinochet —el jefe, que era español, acomodó una foto del juez Garzón en un rincón del escritorio y nosotros le poníamos flores en agradecimiento. Portillo era un buen jefe, un tipo generoso, lo veía poco, a veces solo los 29, cuando yo esperaba, con unas ojeras maravillosas, que dieran las nueve para ir a cobrar el cheque. Lo que mejor recuerdo de él es su voz tan aguda, como de adolescente, un tono común entre los hombres chilenos, pero para mí desconcertante en un español. Me llamaba temprano, a las seis o las siete de la mañana, para que le hiciera un reporte de lo que había pasado durante la noche, lo que era más bien inútil, porque no pasaba nada, o casi nada: una que otra llamada desde Roma o París, casos sencillos de gente que no estaba realmente enferma pero quería aprovechar el seguro médico que había contratado en Santiago. Mi trabajo era atenderlos, tomarles los datos, corroborar la vigencia de la póliza y ponerlos en contacto con mis pares europeos.

Portillo me permitía leer o escribir e incluso dormir a condición de que atendiera el teléfono a tiempo. Por eso la llamada de las seis o las siete, pero, cuando andaba de fiesta también telefoneaba antes, un poco borracho. El timbre no debe sonar más de tres veces,

me decía, si tardaba en responder. Pero no solía regañarme, al contrario, era amable. A veces me preguntaba qué estaba leyendo. Yo le respondía que Paul Celan, que Emily Dickinson, que Emmanuel Bove, que Humberto Díaz-Casanueva, y él siempre estallaba en una carcajada, como si acabara de escuchar un chiste muy bueno e inesperado.

Una noche, como a las cuatro de la mañana, la voz en el teléfono me pareció falsamente grave, fingida, y pensé que mi jefe intentaba hacerse pasar por alguien. Estoy llamando desde París, decía la voz directamente, lo que aumentó mi sensación de que era una pitanza de Portillo, pues los clientes solían llamar por cobro revertido. Como teníamos confianza, le dije que no jodiera, que estaba muy ocupado leyendo —no entiendo, estoy llamando desde París, ¿es este el número de asistencia en viaje?

Me disculpé y le pedí el número para llamarlo de vuelta. Cuando volvimos a hablar yo me había convertido en el telefonista más amable del planeta, lo que en todo caso no era necesario, porque nunca he sido descortés, y porque el hombre de la voz inverosímil era también inverosímilmente amable, lo que no era habitual en ese trabajo: la mayoría de los clientes exhibía sin pudor su mala educación, su prepotencia, su costumbre de tratar mal a los telefonistas, y de seguro también a los obreros, a los cocineros, a los vendedores y a todo el grupo numeroso de personas supuestamente inferiores.

La voz de Juan Emilio, en cambio, anunciaba una conversación razonable, aunque no sé si *razonable* es la palabra, porque mientras tomaba sus datos (cincuenta y cinco años, domicilio en Lo Curro, sin enfermedades preexistentes) y corroboraba la póliza (su seguro era el de mayor cobertura disponible en el mercado), algo en esa voz me hacía presentir que ese hombre, más que un médico, necesitaba alguien con quien hablar, alguien que lo escuchara.

Me dijo que llevaba cinco meses en Europa, la mayoría del tiempo en París, donde su hija —a quien llamaba la Moño— estudiaba un doctorado y vivía con su marido —el Mati— y los niños. Nada de eso respondía a mis preguntas, pero él hablaba con tantas ganas que me era imposible interrumpirlo. Me contó con entusiasmo sobre esos niños que pronunciaban el francés con un acento enternecedoramente correcto y lanzó también varios lugares comunes sobre París. Cuando empezaba a hablarme sobre los inconvenientes que había tenido la Moño para cumplir con sus obligaciones académicas, sobre la complejidad de los programas de doctorado, y sobre el

sentido de la paternidad en un mundo como este (un mundo que a veces me parece tan raro, tan distinto, me dijo), me di cuenta de que llevábamos casi cuarenta minutos hablando. Tuve que interrumpirlo y pedirle respetuosamente que me contara el motivo de su llamada. Me dijo que estaba un poco resfriado y que había tenido fiebre. Redacté el fax y lo envié a la oficina de París para que coordinaran el caso e inicié el largo proceso de despedirme de Juan Emilio, que se deshacía en disculpas y gentilezas antes de aceptar que la conversación había terminado.

Por entonces yo había conseguido unas pocas horas vespertinas en un instituto de formación técnica. El horario calzaba perfectamente, el curso era de ocho a nueve veinte, dos veces por semana, de manera que seguía con el ritmo nocturno, levantándome a mediodía, leyendo mucho, todo bien.

Mi primera clase fue en marzo del año 2000, pocos días después de que Pinochet regresara, como Pedro por su casa, a Chile (lamento estos puntos de referencia, pero son los que me vienen primero a la memoria). Mis alumnos eran todos mayores que yo: tenían al menos treinta años y hasta cincuenta, trabajaban todo el día y pagaban con muchísimo esfuerzo sus carreras de Administración de Empresas, Contabilidad, Secretariado o Turismo. Yo debía enseñarles Técnicas de la Expresión Escrita según un programa muy rígido y anticuado que repasaba temas de redacción, de ortografía y hasta de pronunciación.

Intenté en las primeras clases cumplir lo que se me pedía, pero mis alumnos llegaban muy cansados de sus trabajos y creo que todos en la sala nos aburríamos. Recuerdo la desolación al final de esas primeras jornadas. Recuerdo que, después de la tercera o cuarta clase, caminando por Avenida España, me detuve en un puesto de completos y mientras comía un italiano pensé que debía enfrentar esa sensación de tiempo perdido. A fin de cuentas hablaba sobre el lenguaje, y si algo había sido constante en mi vida era el amor a algunas historias, a algunas frases, a unas cuantas palabras. Pero hasta ahora era evidente que no podía comunicar nada —interesante su clase, profe, me dijo sin embargo una alumna en la entrada del metro, como si el destino quisiera desmentir mis pensamientos. No la había reconocido. Para combatir la timidez yo prefería disertar sin anteojos, por lo que no distinguía los rostros de mis alumnos, y si había que hacer alguna pregunta simplemente miraba hacia un lugar

indefinido y decía «qué piensas tú, Daniela». Era un método infalible, porque en el curso había cinco Danielas.

La mujer que me habló en el metro no se llamaba así pero rimaba: Pamela. Me contó que aún vivía con sus papás, que no trabajaba. Le pregunté por qué entonces estudiaba en horario vespertino. Porque en el día hace calor, me respondió, coqueta y desdeñosa. Le pregunté si en invierno estudiaba a mediodía y se rió. Después quise saber si de verdad creía que había sido una buena clase. Ella bajó la vista, como si le hubiera preguntado algo muy íntimo. Sí, me dijo después, casi una estación después: interesante. Nos bajamos juntos, en Baquedano, y la acompañé mientras esperaba la micro a Quilicura.

En la facultad no era raro, había ejemplos por montones, de todo tipo: profesor con alumna (o alumno), profesora con alumno (o alumna), e incluso unos pocos casos sabrosos, aunque quizás exagerados, de profesor con dos alumnas y de una profesora con tres alumnos y una bibliotecaria (y en la biblioteca, encima del mesón de devoluciones). Así que pensé que no era grave intentar algo con Pamela. No era ni baja ni alta, ni gorda ni flaca: perfecta, pensé —es que nunca he sabido responder esa clase de preguntas: si te gustan las morenas o las rubias, etcétera. Sabía con certeza que había algo en su voz, en su actitud, en sus ojos que me gustaba.

Llegué a la oficina sumido en esas especulaciones. Me preparé un café y fumé un cigarro tras otro (Portillo, que no fumaba, nos lo permitía) pensando en el amor y también, no sé por qué, en la muerte, y luego en el futuro, que no era mi tema predilecto. Pensé que estábamos en el año 2000, y evoqué las conversaciones que teníamos de niños, de adolescentes, sobre esa fecha tan lejana: imaginábamos una vida de autos voladores y alegres teletransportaciones, o quizás algo menos espectacular pero radicalmente distinto al mundo desangelado y represivo en que vivíamos. Debo haberme quedado dormido pensando en eso, pero el teléfono me despertó pronto, a la una de la mañana. Era mi jefe recordándome que a las tres iban a cortar el agua. Mientras llenaba el termo y el lavamanos pensé en mí, creo que por primera vez, como alguien solitario.

La norma establecía que catorce días después de sucedido el caso debíamos contactar al cliente (el *pax*, le decíamos) y preguntarle cómo había evolucionado su dolencia y cuál era su opinión sobre el

servicio que había recibido. Esta parte del proceso se llamaba *social call* y era el paso previo para cerrar un expediente (ah, qué placer extraño sentíamos cuando por fin cerrábamos un expediente), así que tomé el teléfono y llamé a París: Juan Emilio seguía en casa de su hija, de hecho me contestó ella, la Moño, que no me pareció tan amable como su papá. Llámelo más tarde, me dijo, con sequedad. Eso hice. Juan Emilio pareció conmovido con mi llamada, lo que en todo caso solía pasar, pues algunos clientes pensaban que la llamada obedecía a una inquietud personal, como si a los tristes telefonistas nocturnos pudiera o debiera importarnos la salud de un compatriota que va por el mundo resfriándose levemente.

Hacia el final de la conversación Juan Emilio me preguntó si me gustaba ese trabajo. Le respondí que había otros mejores, pero que este era bueno. Pero qué estudiaste, insistió. Literatura, le respondí, y él lanzó una risita. Yo odiaba que me hicieran esa pregunta, pero esta vez no me importó. Con el tiempo aprendí a valorar, a aceptar esa risa creciente, al comienzo ínfima y luego franca y contagiosa, de Juan Emilio.

A los cuatro o cinco días, ya de vuelta en Chile, volvió a llamar. Yo estaba medio dormido, eran las siete de la mañana. Quiero saber si estás bien, me dijo, y nos enfrascamos en una conversación que habría sido normal si hubiéramos sido dos adolescentes haciéndose amigos, o dos ancianos intentando combatir la inercia del día lunes en el asilo. Pensé que Juan Emilio estaba medio loco y quizás me sentí orgulloso de participar en su locura. Tuve que reabrir el expediente para añadir: «Pax muy amable, llama sin motivo y agradece de nuevo el servicio». Pero al final había un motivo, aunque ahora pienso que se le ocurrió mientras hablábamos: quería que fuera su profesor, su guía de lectura, necesito mejorar mi nivel cultural, dijo. Parecía sencillo: yo debía recomendarle libros e iríamos comentándolos. Acepté, por supuesto. Le propuse una suma mensual y él insistió en duplicarla. Le ofrecí ir a su casa o a su oficina, aunque no me veía tomando el metro y un colectivo para cruzar la ciudad entera cada semana. Por suerte él prefirió que las clases se realizaran en mi departamento, todos los lunes a las siete de la tarde.

Juan Emilio era chico, pelirrojo, extravagante: vestía con una elegancia torpe, como si la ropa siempre fuera nueva, como si la ropa quisiera decir, en voz alta y enérgica, *yo no tengo nada que ver con este cuerpo, nunca voy a acostumbrarme a este cuerpo*. Hicimos una lista de lecturas que yo pensé que podían interesarle. Él estaba entusiasmado. Me caía bien Juan Emilio, pero era un sentimiento ambiguo y

medio culposo. ¿Qué tipo de gente podía permitirse, en plena edad laboral, un viaje tan largo por Europa? ¿Qué había hecho en todo ese tiempo, aparte de llevar a sus nietos a todas las heladerías de París? Intentaba imaginarlo como uno más de esos chilenos millonarios que viajaron a Londres para apoyar a Pinochet. Intentaba verlo como lo que se supone que era: un cuico a más no poder, conservador, pinochetista o ex pinochetista, aunque no hablaba como cuico y sus opiniones no eran tan conservadoras (al menos se podía hablar con él, claro que sí). También era prudente, miraba el pequeño departamento de Plaza Italia donde yo vivía sin evidenciar que le parecía un sitio pobre y descuidado. Después pensaba, para tranquilizarme, en plan maniqueo, que un empresario chileno no tendría a su hija estudiando en Francia, que Francia era el peor lugar del mundo para la hija de un pinochetista.

Las clases en el instituto, en tanto, mejoraban. Empecé a usar mis anteojos, para fijarme más en Pamela —en sus mejillas se insinuaban unos hoyuelos y su forma de maquillarse era curiosa: se delineaba los ojos con trazo demasiado grueso, como cercándolos, como si quisiera impedir que saltaran, que se arrancaran. Esa noche teníamos que hablar sobre los distintos tipos de cartas y estuve discurseando sin elocuencia hasta que se me ocurrió improvisar un ejercicio y resultó muy bien. Les pedí que escribieran una carta que les gustaría haber recibido, una carta que les hubiera cambiado la vida, y casi todos hicieron cosas previsibles, pero hubo cuatro que llevaron el ejercicio al extremo y escribieron textos salvajes, desoladores, hermosos. Uno de ellos terminó llorando y maldiciendo a su padre, o a su tío, o a un padre que en realidad era su tío, creo que todos quedamos con la duda, no nos atrevimos a preguntarle.

Pensé que esa era mi oportunidad para enmendar el rumbo. Dediqué las siguientes clases a enseñarles a escribir cartas, intentando, siempre, que descubrieran el poderío del lenguaje, la capacidad de las palabras para verdaderamente influir en la realidad. Algunos todavía estaban desconcertados pero empezamos a pasarlo bien. Escribían a sus padres, a amigos de la infancia, a sus primeros novios. Recuerdo que una alumna le escribió a Juan Pablo II para explicarle por qué ya no creía en Dios, y se generó una pelea horrible y enredadísima que estuvo a punto de llegar a los golpes pero que al fin y al cabo fue muy beneficiosa para todos. Ahora les gustaba la clase, lo único que querían era escribir cartas, expresar sentimientos,

explorar lo que les pasaba. Salvo Pamela, que me evitaba y prefería no participar en clases. Y aunque yo me esmeraba, no habíamos vuelto a coincidir en el metro.

Una noche, al comienzo de la clase, un alumno levantó la mano y me dijo que quería escribir una carta de renuncia, porque pensaba dejar su trabajo. Comenzó a hablar, enseguida, de los problemas que tenía con su jefe, y yo intenté aconsejarlo, aunque era quizás el menos autorizado para dar consejos de los que estábamos ahí. Alguien le dijo que era un irresponsable, que antes de renunciar debía pensar de qué iba a vivir y cómo iba a pagar la carrera. Se hizo un silencio pesado y grave, que no supe llenar. Yo quiero escribir la carta, dijo él, entonces: no voy a renunciar, no podría, tengo hijos, tengo problemas, pero igual quiero escribir esa carta. Quiero imaginarme cómo sería renunciar. Quiero decirle a mi jefe todo lo que pienso sobre él. Quiero decirle que es un concha de su madre, pero sin usar esa palabra. No es una palabra, son varias palabras, dijo una alumna que se sentaba en la primera fila. ¿Qué? Que son cuatro palabras, profe: *concha, de, su y madre*.

Empezamos la carta, escribimos los primeros párrafos en la pizarra. Y como el tiempo se acabó, quedamos de retomar el ejercicio a la clase siguiente. Pero no hubo una clase siguiente. Llegué el lunes con el tiempo justo para tomar la carpeta e ir a la sala, pero el edificio estaba cerrado e incluso acababan de pintar la fachada. El instituto no existía más. Me lo explicaron los alumnos, desolados. Habían pagado sus mensualidades e incluso varios de ellos el año completo, por adelantado, para aprovechar un descuento. Esa noche acompañé a mis alumnos a un bar de Avenida España. No solían salir juntos, no eran amigos, no habían alcanzado a conocerse, de manera que algunos contaban sus vidas y otros se dedicaban a sus cervezas y a sus churrascos. Pamela estaba en el extremo opuesto de la mesa, conversando con otro grupo, y no se me acercó pero logré que coincidiéramos rumbo al metro. La acompañé a la micro, de nuevo, en Plaza Italia, y al despedirse me dijo que se sentía demasiado observada, pero que si no la miraba tanto tal vez yo empezaría a gustarle. Pero no vamos a vernos nunca más, le dije. Quién sabe, respondió.

Las sesiones con Juan Emilio eran menos fáciles de lo que yo pensaba. No cuestionaba los libros que yo elegía, pero buscaba, en la lectura —como casi todo el mundo, por lo demás—, mensajes, explicaciones

definitivas, moralejas. Le daba cada semana algún ejercicio, y él llegaba siempre con una botella de vino a manera de disculpa: no alcancé a terminar la tarea, me decía, con un gesto como de travesura, y luego se largaba a hablar sobre la cepa o la viña del vino que me traía de regalo, con mareadora erudición, con ese lenguaje que me parecía tan cómico como debía parecerle a él la terminología literaria. Juan Emilio era gerente de algo, pero yo prefería no indagar demasiado en su trabajo, básicamente por lo mismo que prefería no preguntarle qué pensaba sobre la vuelta de Pinochet: no quería enterarme de que era un empresario chupasangre, no quería tener motivos para despreciarlo.

Llegué, en cambio, a saber mucho sobre su familia: llegué a interesarme realmente por las vidas para nada interesantes de sus hijos. En cuanto a su matrimonio, a partir de nuestras conversaciones deduje que era una relación compleja pero estable; seguro que había habido algunas infidelidades, pero ya eran viejos para separarse, quizás pertenecían a ese mundo en que la gente no se separa aunque se odie. Pero él no odiaba a su mujer (de nombre atroz pero para mí literario: Eduviges) ni ella a él; se toleraban, y acaso de vez en cuando ella lo esperaba con un pisco sour y se echaban en el sillón a hablar sobre lo mal que estaban otras parejas y lo bien que estaban ellos, juntos y felices después de todo.

Me costaba interrumpir su incesante parloteo, de hecho un par de veces se hizo demasiado tarde y tuvo que irse cuando ni siquiera habíamos empezado la clase.

Quise ayudar a mis ex alumnos en su reclamo ante el Ministerio de Educación, que les ofrecía poco o nada. Escribimos, entre todos, la gran carta, el mensaje crucial que debía demostrar la eficacia de la comunicación escrita, el poder de las palabras, pero no surtió ningún efecto. Habíamos recopilado testimonios, opiniones de políticos y expertos en educación, pero no pasó nada. La situación era escandalosa y durante un tiempo la noticia salía en los diarios, pero súbitamente sobrevino ese silencio tan chileno y sospechoso que entonces lo cubría todo. Algunos consiguieron incorporarse a otros institutos, en condiciones que nunca eran ventajosas, y los que habían pagado todo el año siguieron sin una verdadera solución. Yo tampoco, a todo esto: me debían un mes de sueldo, pero cuando intenté aliarme con los demás profesores no tuve ninguna suerte. Contacté a dos,

de hecho, que preferían no reclamar, porque también trabajaban en otros institutos y no querían tomar fama de conflictivos.

Me propuse, de todas formas, terminar el curso en ese mismo bar de Avenida España, todas las semanas. De los treinta y cinco alumnos originales, diez siguieron juntándose conmigo todos los miércoles, y aunque un par de veces la cosa se desbandó, en la mayoría de las sesiones trabajamos y debatimos. Una de esas noches, cuando yo había perdido toda esperanza, apareció Pamela y se sumó al grupo como si nada, sin hacer comentarios. Nos fuimos juntos, en el metro, y me dio un billete de cinco mil pesos. Yo le dije que las clases eran gratis, que a lo sumo aceptaba que los alumnos me invitaran los schops o el chacarero. Ella dijo que de todos modos quería pagarme y no aceptó la plata de vuelta. Vamos a su casa, profesor, me dijo enseguida (casi no tengo que explicar lo absurdo que era que me tratara de usted, si era diez años mayor que yo). Era más tarde de lo acostumbrado, habitualmente iba un rato a la casa y me comía una lata de atún antes de partir al trabajo, pero ahora tenía poco margen. Decidí arriesgarme y la llevé a la oficina. Me lo chupó en la alfombra y después tiramos sobre el escritorio de Portillo, por suerte no sonó el teléfono. A las tres de la mañana llegó un taxi que cargué a la empresa. Antes de partir me dijo, con exquisita seriedad: págume, profe, son cinco mil pesos. Se hizo, entonces, una costumbre: ella iba a las clases y me pagaba, pero luego, en la oficina o en mi casa, le pagaba yo a ella. Y siempre, incluso en medio del sexo, me trataba de usted. Al menos tutéame en la cama, le dije una noche. Prefiero tratarlo de usted, profe, me dijo, arreglándose el pelo: es que me encanta cómo hablan las colombianas.

Una tarde en que llovía torrencialmente, Juan Emilio llegó atrasado y acompañado por un hombre que me saludó con la cara llena de felicidad y de inmediato comenzó a apilar una serie de cajas junto a mi escritorio. Me costó entender la situación, que Juan Emilio solo explicaba con una extraña mueca condescendiente. Espero que no te molesten estos regalitos, dijo al fin.

Mi reacción fue airada pero tardía. Seguramente él nunca había conocido a alguien tan pobre como yo, de hecho bajar a la altura de Plaza Italia debía ser, para Juan Emilio, una suerte de aventura transgresora. Pero yo no era pobre ni mucho menos. Vivía con poco, pero en ningún caso era pobre. Le dije que no podía aceptar esa ayuda,

que cómo se le ocurría, pero mientras yo argumentaba Juan Emilio iba abriendo las cajas y llenaba la despensa o el rincón de esa cocina minúscula que hacía las veces de despensa. Eran verdaderamente muchas cajas, en las que había, entre otras delicias, jugos de soya, diversos sabores de Twinings, sofisticadas tablas de queso, carpaccios de pulpo y de salmón, unas latas de caviar, varios packs de cervezas importadas y veinticuatro botellas de vino. Había también una caja inmensa con productos para el aseo, lo que en cierto modo me ofendió, pues evidentemente él juzgaba que eran necesarios. Agradecí sus buenas intenciones y volví a decirle que no podía aceptar su generosidad. A mí no me cuesta nada, me respondió, lo que era indudablemente cierto, y después de negarme, pero ya sin convicción, otras dos veces, acepté su regalo.

Enseguida hubo un intento mío de empezar la clase, no tan enfático, la verdad. Discutimos vagamente unos cuentos de Onetti mientras picábamos unos quesos y aceitunas, además de unos deliciosos dulces árabes. Aunque lo intenté, no pude disimular que tenía hambre.

Cuando Juan Emilio se iba quise adelantarle lo que haríamos el lunes siguiente, pero me detuvo. Se repasó el pelo y prendió un cigarro con una rapidez en él inusitada, antes de decirme: he descubierto que no me gusta tanto la literatura. Me gusta hablar contigo, venir aquí, ver cómo vives. Pero nada de lo que he leído me ha gustado de verdad.

Esas últimas frases las pronunció con un énfasis desagradable, seguro que era el mismo tono que usaba para despedir a sus empleados. Algo así como «creo que vamos a tener que buscar a otra persona». Recién entonces entendí que la mercadería era una especie de indemnización. Sin decir mucho más se levantó y me miró fijamente a los ojos antes de despedirse para siempre con un inesperado y larguísimo beso en la boca.

Me quedé bloqueado. Me molestaba no haber entendido la trama, me sentía tonto. No me desagradó el beso, no me dio asco, pero por las dudas me tomé un trago largo de un syrah que no tengo idea si tenía tanta expresión frutal o una acidez muy notable, pero que en ese momento me pareció oportuno.

A la noche siguiente, en el trabajo, como se rumoreaba que volverían a cortar el suministro de agua, decidí llenar el lavamanos, pero olvidé cerrar la llave. Y me quedé dormido, como nunca, en el

suelo. Desperté con el agua en el cuerpo, a las siete de la mañana, la alfombra estaba casi enteramente anegada. Mi jefe desató su bien entrenado sarcasmo retándome, pero en el fondo le daba tanta risa mi torpeza que decidió no despedirme. Entendí, sin embargo, que ese era el fin.

Más de una vez había pensado en quedarme para siempre en esa oficina vigilando el teléfono. No me costaba imaginarme a los cuarenta años o a los cincuenta pasando la noche con los pies sobre ese mismo escritorio, leyendo una y otra vez los mismos libros. Hasta entonces había preferido no pensar en nada confuso, en nada demasiado elaborado. No solía imaginar seriamente el futuro, quizás porque confiaba en eso que llaman la buena estrella. Cuando decidí estudiar literatura, por ejemplo, lo único que sabía era que me gustaba leer y nadie me movió de ahí. En qué trabajar, qué tipo de vida quería: no sé si llegaba a pensar en esas cosas, hubiera sido pura angustia. Y sin embargo supongo que, como se dice, quería salir adelante, quería surgir. La inundación era una señal: debía prosperar en lo que había estudiado, o más bien, para ser preciso, en algo al menos ligeramente conectado con lo que había estudiado. Renuncié sin más. En la cena de despedida Portillo me regaló un libro de Arturo Pérez-Reverte, que era su autor favorito.

Cuando les conté a mis alumnos que estaba sin trabajo, me ofrecieron ayuda, aunque no tenían ni dinero ni contactos ni nada. Les dije que no era necesario, que tenía tiempo para buscar trabajo, que había conseguido ahorrar algo de plata. Me miraron muy serios, pero cuando les relaté el accidente en la oficina se cagaron de la risa y estuvieron de acuerdo en que debía renunciar. Sobre todo Pamela.

Nos fuimos a mi departamento, por fin podríamos dormir juntos. Empezaba octubre, la noche era amable, sugerente, tentadora. Tomamos un vino increíble, y después de tirar vimos un programa de concursos (ella acertaba todas las respuestas) y una película. Despertamos tarde, pero no había prisa. Me quedé como una hora acariciando sus piernas generosas y mirando sus pies, que eran perfectos pero parecían un poco marchitos por el esmalte turquesa, ya medio descascarado, con que se había pintado las uñas. Por entonces habíamos decidido subir la tarifa: ella me cobraba diez mil y yo le cobraba diez mil.

No tienes trabajo, pero tu casa está llena de comida, me dijo ri-sueña mientras proyectábamos el almuerzo. Era realmente mucha

comida, pensé, y empecé a llenar una bolsa con quesos, embutidos, yogures y vinos. Se la di. Yo era joven y muchísimo más huevón que ahora, no hace falta aclararlo. Ella escuchó atónita las frases tontas que debo haberle dicho. Recién entonces me di cuenta de que había cometido un error fatal. Pamela me miró con rabia, sin decir palabra, descolocada, decepcionada. Se tocó un pecho, quién sabe por qué, como si le doliera.

Después tomó la bolsa y la vació furiosa sobre mis pies. Iba a marcharse sin hablar, había abierto la puerta, pero se detuvo, y antes de irse me dijo, con la voz deshecha, que ella no era ni sería nunca una puta. Y que yo no era ni sería nunca un verdadero profesor.

Vida de familia

para Paula Canal

No hace frío ni calor, un sol tímido y nítido vence a las nubes, y el cielo se ve, por momentos, verdaderamente limpio, como el celeste de un dibujo. Martín va en el último asiento de la micro, con los audífonos puestos, moviendo la cabeza como hacen los jóvenes, pero ya no es joven, para nada: tiene cuarenta años, el pelo más bien largo, un poco rizado y negro, la cara blanquísima —hay tiempo para seguir describiéndolo: ahora baja de la micro con una mochila y un maletín, y camina algunas cuadras buscando una dirección.

El trabajo consiste en cuidar al gato, pasar la aspiradora de vez en cuando y regar por las mañanas unas plantas de interior que parecen condenadas a secarse. Voy a salir poco, casi nada, piensa, con un dejo de alegría: a comprar comida para el gato, a comprar comida para mí. También hay un Fiat plateado que debe conducir cada tanto («para que respire», le dijeron). Por lo pronto comparte con la familia, son las siete de la tarde, partirán muy temprano, a las cinco y media a. m. Acá va la familia, en orden alfabético:

- Bruno —barba escasa, trigueño, alto, fumador de tabaco negro, profesor de literatura.
- Consuelo —pareja de Bruno, no es su esposa, porque nunca se casaron, pero se comportan como un matrimonio, a veces se comportan peor que un matrimonio.
- Sofía, la niña.

Acaba de pasar, la niña, corriendo hacia la escalera, detrás del gato. No saluda a Martín, no lo mira, es que ahora los niños no saludan, y quizás no está mal, porque los adultos saludan demasiado. Bruno le

explica a Martín algunos detalles del trabajo a la par que discute con Consuelo sobre la forma de organizar una maleta. Después ella se acerca a Martín y con una amabilidad que a él le resulta perturbadora, porque no está acostumbrado a la amabilidad, le muestra la cama del gato, la bandeja con arena y un pedazo de género prensado para que estire las garras, aunque ni la cama ni el baño ni el juego sirven de mucho, porque el gato duerme donde se le da la gana, hace sus cosas en el antejardín y araña todos los sillones. Consuelo le muestra también cómo funciona la pequeña puerta, el mecanismo permite que el gato salga pero no entre, o entre pero no pueda salir, o entre y salga a su antojo —siempre la dejamos abierta, dice Consuelo, para que sea libre, es como cuando los papás nos dieron las llaves de la casa.

A Martín la existencia de esa puerta le suena fabulosa, solo ha visto algo así en las películas y en *Tom y Jerry*. Está a punto de preguntar cómo la consiguieron, pero piensa que tal vez Santiago está lleno de puertas para mascotas y él no lo ha notado.

Perdona, ¿qué dijiste de nuestros padres?, le pregunta a destiempo. ¿Cómo?

Dijiste algo de sobre «nuestros padres», o «los papás».

Ah, que esta puerta es como cuando los papás nos dieron las llaves de la casa.

La risa dura dos segundos. Martín sale a fumar y ve un espacio vacío en el antejardín, dos metros y medio de pasto desgredado donde debería haber algunas plantas y algún arbusto pero no hay nada. Arroja las cenizas con disimulo sobre el pasto, apaga la colilla y pierde un minuto entero pensando dónde tirarla: al final la deja bajo una mata amarillenta. Mira la casa desde el umbral, piensa que no es grande, es abordable, pero le parece llena de matices. Observa tentativamente las estanterías, el piano eléctrico y un gran reloj de arena sobre la mesita inglesa. Recuerda que cuando niño le gustaban los relojes de arena, y lo da vuelta —dura doce minutos, dice la niña, que enseguida, desde el peldaño más alto, mientras intenta retener al gato, le pregunta si él es Martín —sí. Y si quiere jugar ajedrez —bueno.

El gato se libera de la niña. Es de un gris disparejo, el pelaje corto y tupido, el cuerpo delgado y los colmillos algo salidos. La niña sube y baja la escalera varias veces. Y el gato, Misisipi, parece dócil. Se acerca a Martín, que piensa en hacerle cariño, pero duda, no conoce bien a los gatos, nunca ha convivido con uno.

Sofía vuelve, está ya con pijama, camina dificultosamente con unas pantuflas chilotas. Consuelo le pide que no moleste, que se vaya a

su pieza, pero la niña trae una caja pesada o una caja que para ella es pesada, y arma sobre la mesa del living el tablero de ajedrez. Tiene siete años, acaba de aprender a mover las piezas y también los modales o la impostura del juego: se ve linda con el ceño fruncido y la cara redonda entre las manos. La niña y Martín juegan, pero a los cinco minutos es evidente que se aburren, él más que ella. Entonces le propone a Sofi que jueguen a dejarse perder, y al principio no entiende pero después estalla en unas risas dulces y burlonas —gana el que pierde, el objetivo es entregarse primero, desproteger a Don Quijote y a Dulcinea, porque es un ajedrez cervantino, con molinos de viento en lugar de torres, y esforzados sanchopanzas en la línea de vanguardia.

Qué cosa más estúpida, piensa Martín, un ajedrez literario.

Las piezas del tablero lucen desdoradas, vulgares, y aunque él no es de impresiones rápidas la casa entera ahora le provoca una inquietud o una molestia, pero no es algo evidente: seguro que el lugar de cada objeto responde a alguna rebuscada teoría sobre el diseño de interiores, pero aun así persiste un desajuste, una secreta anomalía. Es como si las cosas no quisieran estar donde están, piensa Martín, que de todas formas agradece la posibilidad de pasar una temporada en esa casa luminosa, tan distinta a las pequeñas piezas en penumbras donde suele vivir.

Consuelo se lleva a la niña y le canta para hacerla dormir. Aunque escucha desde lejos, Martín siente que no debería escuchar, que es un intruso. Bruno le ofrece unos raviolos que comen en silencio, con una voracidad pretendidamente masculina, algo así como *aprovecha que no están las mujeres, no usemos servilletas*. Después del café, Bruno sirve un par de vodkas con hielo, pero Martín prefiere seguir bajando el vino.

¿Cómo se llama la ciudad donde van a vivir?, pregunta Martín, por decir algo.

Saint-Étienne.

¿Donde jugó la Selección?

¿Qué selección?

La de fútbol, en Francia 98.

No sé. Es una ciudad industrial, un poco arruinada. Voy a dar clases sobre Latinoamérica.

¿Y dónde queda?

¿Saint-Étienne o Latinoamérica?

La broma es tan fácil, tan rutinaria, pero funciona. Casi sin proponérselo estiran la sobremesa, como descubriendo alguna postergada afinidad. Arriba la niña duerme y se escucha también lo que podría ser la respiración de Consuelo o un tenue ronquido. Martín descubre que ha estado pensando en ella todo el tiempo que lleva en esa casa, desde que la vio en el umbral. Vas a estar cuatro meses aquí, le dice Bruno, aprovecha este tiempo para tirarte a alguna vecina —me gustaría mucho más tirarme a tu mujer, piensa Martín, y lo piensa con tanta fuerza que hasta teme haberlo dicho en voz alta—. Pásalo bien, primo, sigue Bruno, cariñoso, ligeramente borracho, pero no son primos, sus padres lo eran —el de Martín acaba de morir y fue entonces, en el velorio, cuando volvieron a verse—. Tratarse ahora como si fueran familia tiene sentido, es el único modo de instaurar una súbita confianza. La idea era arrendar la casa, pero sin que los nuevos habitantes la cambiaran demasiado. No fue posible. Después de múltiples gestiones, algunas ya desesperadas, Martín fue la persona más confiable que Bruno pudo conseguir para cuidar la casa. Se han visto poco a lo largo de la vida, y quizás fueron casi amigos en uno de esos periodos, cuando eran todavía niños de la misma edad obligados a jugar juntos algún domingo.

Bruno le explica de nuevo lo que ya hablaron por teléfono. Le pasa las llaves, las prueban en las cerraduras, le explica las mañas de las puertas. Y vuelve a enumerar las ventajas de estar ahí, aunque ahora no menciona a ninguna vecina. Luego le pregunta si le gusta leer.

Un poco, dice Martín, pero no es verdad. Ahora es demasiado sincero: no, no me gusta leer. Lo peor que me podría pasar sería leer un libro, dice. Perdona, dice, mirando las estanterías repletas, es como si hubiera ido a la iglesia a decir que no creo en Dios. Además que hay muchas cosas peores. Incluso peores que las que ya me han pasado, dice, con una sonrisa atenuante.

No te preocupes, responde Bruno, como aprobando el comentario: mucha gente piensa eso pero no lo dice. Después elige algunas novelas y las pone en la mesita inglesa, junto al reloj de arena. Igual, si te dan ganas de leer, aquí hay algunas cosas que podrían interesarte.

¿Y por qué podrían interesarme? ¿Son libros para gente que no lee?

Más o menos, ja (dice eso, *ja*, pero sin la inflexión de una risa). Algunos son clásicos, otros más contemporáneos, pero todos son entretenidos (cuando dice esta palabra no hace el menor esfuerzo por evitar el tono pedante, casi como haciendo las comillas). Martín le da las gracias y las buenas noches.

No mira los libros, ni siquiera sus títulos. Piensa: libros para gente que no lee. Piensa: libros para gente que acaba de perder a su padre y que ya había perdido a su madre, gente sola en el mundo. Libros para gente que ha fracasado en la universidad, en el trabajo, en el amor (eso piensa: en el amor). Libros para gente que ha fracasado tanto como para que a los cuarenta años cuidar la casa de otro a cambio de nada o de casi nada sea una buena perspectiva. Algunos cuentan ovejas, otros enumeran sus desgracias. Pero no duerme, sumido en la autocompasión, que a pesar de todo no es un traje que le siente cómodo.

Justo cuando el sueño sobreviene suenan los relojes, son las cinco de la mañana. Martín se incorpora para ayudar a la familia con las maletas. Sofi baja amurrada, pero de inmediato saca, quién sabe de dónde, una energía desbordante. Misisipi no está, la niña quiere despedirse, llora dos minutos pero después se detiene, como si simplemente hubiera olvidado que estaba llorando. Cuando llega el taxi ella insiste en terminarse su cereal, pero deja el pote casi intacto.

Mata a todos los ladrones, le pide a Martín antes de subir al auto.

¿Y qué hago con los fantasmas?

Martín está bromeando, dice Consuelo, de inmediato, lanzando una mirada nerviosa: en la casa no hay fantasmas, la compramos por eso, porque nos aseguraron que no había fantasmas. Y en Francia, en la casa donde vamos a vivir, tampoco.

Apenas se van, Martín se echa en la cama grande, que está tibia todavía. Busca en las sábanas el perfume o el olor de Consuelo y se duerme boca abajo, aspirando la almohada como si descubriera una droga exclusiva y peligrosa. Empiezan los ruidos de la calle, el ajetreo de la gente que va al trabajo, los furgones escolares, los motores espoleados por conductores ansiosos de evitar los tacos. Sueña que está en la sala de espera de una clínica y que un desconocido le pregunta si ya dieron los resultados. Martín espera algo o espera a alguien, pero en el sueño no lo recuerda con precisión y no se atreve, tampoco, a decirlo, pero sabe que lo que espera no son los resultados de un examen. Intenta recordarlo, y piensa que es un sueño y trata de despertar, pero al despertar todavía está en el sueño y el desconocido sigue esperando una respuesta. Entonces verdaderamente despierta y siente el alivio inmenso de no tener que responder esa pregunta, de no tener que responder ninguna pregunta. El gato bosteza a los pies de la cama.

Acomoda su maletín en la pieza principal, pero queda poco espacio en los roperos. Hay varias bolsas y cajas de plástico llenas de ropa, celosamente embaladas, pero también algunas prendas sueltas. Encuentra una vieja polera de los Pixies, con la portada del disco *Surfer Rosa*. «You'll think I'm dead, but I sail away», piensa —claro, esa es de otro disco, se equivoca—. Intenta imaginarse a Consuelo con esa polera y no lo consigue, pero es talla M, debe ser de ella, no de Bruno. De todos modos se la pone, se ve gracioso, le queda muy justa. Vestido así nomás, con la polera y un pantalón de buzo, parte al supermercado más cercano, donde compra café, cerveza, tallarines y ketchup, además de unas latas de jurel para Misisipi, pues tiene un plan demagógico, piensa que el gato va a entenderlo así: se fueron, me dejaron con un desconocido, pero estoy comiendo bacán. Vuelve casi arrastrando las bolsas, son muchas cuabras, piensa que debió ir en auto, pero le da pánico manejar. Ya en casa, mientras acomoda las compras en la cocina, mira los cereales con leche que dejó la niña y termina el pote pensando en que podría contar con los dedos de la mano las veces que ha comido cereal.

Después inspecciona el segundo piso, donde está el estudio de Bruno, una pieza grande, perfectamente iluminada por una clara-boya, con los libros en estricto orden alfabético, los innumerables útiles de escritorio, y los diplomas de la licenciatura, el magíster y el doctorado colgados en una misma línea, como dibujando un alegre horizonte. Enseguida observa la pieza de la niña, llena de dibujos, adornos y, en la cama, unos peluches con sus nombres escritos en sendas escarapelas —se llevó unos cuantos, la obligaron a guardar otros en el ropero y en un baúl, pero igual dejó cinco sobre su cama e insistió en escribir las escarapelas para que Martín pudiera identificarlos (le llama la atención un oso café, con vestuario deportivo, que se llama Perro). Luego encuentra, en el baño de arriba, entre una pila de revistas, un folleto con partituras para principiantes. Baja y se sienta frente al piano eléctrico, que no funciona; intenta repararlo, pero nada. Igual lee la partitura y pulsa las teclas, se divierte pensando que es un pianista muy pobre, un pianista que no tiene dinero para pagar la cuenta de la luz y que debe ensayar así, cada día, a tientas.

Las primeras dos semanas transcurren sin mayores novedades. Vive de acuerdo a lo esperado: al comienzo los días parecen eternos, pero los va poblando de ciertas rutinas —se levanta a las nueve, llena el recipiente de Misisipi, y después de desayunar (sigue comiendo

cereales, ahora le encantan los Quadritos de avena) va al garaje, enciende el motor y juega un poco con el acelerador, como un piloto esperando la señal de arranque; mueve el auto tímidamente y después se atreve a dar una vuelta cada vez menos corta; al regresar sintoniza el noticiero, abre el ventanal del living, da vuelta el reloj de arena, y mientras los granos, los segundos, caen fina y decididamente, fuma el primer cigarro del día.

Luego ve televisión unas horas y el efecto es narcótico. Llega a encariñarse con la retórica de los programas matinales, consigue una cierta erudición al respecto, los compara, los considera seriamente, y lo mismo le pasa con los programas de farándula, que le cuestan un poco, porque no conoce a los personajes, nunca le ha puesto atención a ese mundo, pero de a poco va identificándolos. Almuerza sus fideos con ketchup en la cama, siempre mirando la tele.

El resto del día es incierto, pero suele perderse en caminatas, tiene por regla no repetir los cafés donde se detiene ni los almacenes donde compra cigarros, para no construir ninguna familiaridad: tiene la idea vaga de que va a extrañar esa vida, que no es la vida soñada, pero está bien; un periodo beneficioso, reparador, que podría y quizás debería prolongarse, pero termina de repente, la tarde en que descubre que el gato ha desaparecido. Hace al menos dos días que no lo ve y el plato con comida está intacto. Pregunta a los vecinos: nadie sabe nada.

Pasa unas horas desesperado, pasmado, sin saber qué hacer. Al final decide confeccionar un cartel. Busca sin método, atropelladamente, en el computador, alguna foto de Misisipi, pero no hay nada, pues antes de partir Bruno limpió el disco duro de archivos personales. Revisa ansiosamente toda la casa y hasta llega a sentir el placer del desorden, del caos que va sembrando. Registra baúles, bolsas y cajas sin cuidado, saca libros al azar, decenas de libros, y recorre las hojas frenéticamente, o los sacude con algo de furia. Encuentra una pequeña maleta roja escondida en el armario del estudio. En lugar de dinero o joyas hay un centenar de fotografías familiares, algunas enmarcadas y otras sueltas, con fechas en el reverso y hasta con breves mensajes amorosos. Le gusta una foto en especial, una muy grande en que Consuelo posa ruborizada, con la boca abierta. Desenmarca un diploma de Sofi —un curso de natación— para poner la foto de Consuelo y la cuelga en la pared principal del living. Piensa que podría pasar horas acariciando ese pelo liso, negro y brillante. Como no encuentra ninguna foto de Misisipi, busca en internet imágenes

de gatos grises y elige una cualquiera. Redacta un mensaje escueto, imprime unas cuarenta copias y las pega en los postes y en los árboles por toda la avenida.

Al regresar, la casa es un desastre. El segundo piso, en especial. Le molesta ser el autor de ese desorden. Mira los cajones entreabiertos, la ropa tirada en la cama, los numerosos muñecos, dibujos y pulseras sembrados en el piso, las solitarias piezas de lego perdidas en los rincones. Piensa que ha profanado ese espacio. Se siente como un ladrón o como un policía, e incluso recuerda esa palabra horrible, excesiva: allanamiento. Empieza, con desgano, a ordenar la habitación, pero de pronto se detiene, enciende un cigarro y hasta hace algunas argollas, como en la adolescencia, mientras piensa que la niña acaba de jugar ahí con sus amigas. Piensa que él es el padre que abre la puerta y le exige a la niña, indignado, que ordene la pieza y que ella asiente pero sigue jugando. Piensa que va al living y una mujer muy bella, una mujer que es Consuelo o que se parece a Consuelo, le pasa una taza de café, alza las cejas y sonríe mostrando los dientes. Entonces se prepara él mismo ese café que bebe a sorbos rápidos mientras piensa en una vida con mujer, con niños, con un trabajo estable. Martín siente una intensa puntada en el pecho. Y emerge y triunfa una palabra a esta altura inevitable: melancolía.

Se conforma o se distrae recordando que él también, hace mucho, fue padre de una niña de esa misma edad, siete años. Él tenía diecinueve y aún vivía en Recoleta, en casa de su madre, que todavía no estaba enferma. Una tarde cualquiera bajó a la cocina y escuchó que la Elba se quejaba porque nunca podía ir a las reuniones de la niña. Él se ofreció, porque quería a la Elba y a la Cami, y también por su sentido de la aventura, que en ese tiempo era muy grande. Tenía entonces el pelo largo, se veía muy niño, de ninguna manera parecía un padre, pero entró al colegio y se sentó al final de la sala junto a un tipo casi igual de joven aunque, como se dice, un poquito más hombre, más vivo.

El hombre tiene en el brazo derecho un tatuaje café, apenas más oscuro que su piel, que dice JESÚS. Cómo te llamas, le pregunta Martín. Él responde indicando el tatuaje. Es simpático Jesús. Te ves muy joven, le dice a Martín, tú también, fui papá muy cabro. En eso la profesora cierra la puerta y empieza a hablar —llegan algunos padres atrasados, la puerta se tranca una vez, dos veces, nadie dice nada, hasta que una mujer rubia y gorda en la tercera fila se levanta, interrumpe a la profesora, y con un envidiable vozarrón pregunta

que cómo es posible, que qué sucedería si hubiera un terremoto o un incendio, qué pasaría con los niños.

La profesora guarda el silencio de quien sabe que debe pensar bien lo que va a decir. Es exactamente el minuto en que debe culpar a sus patrones, al sistema, a la municipalización de la educación pública, a Pinochet, a la inoperancia de la Concertación, al capitalismo, en fin, de hecho no es culpa de la profesora, que también ha pedido que arreglen la puerta, pero no piensa rápido, no es valiente: se acumulan las voces, las deja crecer, todos reclaman, todos gritan, y para peor justo alguien más llega atrasado y de nuevo se tranca la puerta. Jesús también grita y hasta Martín está a punto de gritar, pero la profesora pide respeto, que la dejen hablar: perdonen, este es un colegio pobre, no tenemos recursos, entiendo que se enojen pero piensen que si hay un incendio o un terremoto yo también me quedaría atrapada con los niños aquí. El efecto de esa frase dura dos o tres segundos, hasta que Martín se levanta, la apunta con el dedo y le dice, con pleno sentido del dramatismo: ¡pero usted no es mi hija! Todos lo apoyan, furiosos, y él se siente tan bien. Estuviste mortal, lo felicita después, camino a la micro, Jesús. Al despedirse Martín le pregunta si cree en Jesús. Y él responde con una sonrisa: creo en Jesús.

Usted no es mi hija, murmura Martín, ahora, como un mantra. Por la noche le escribe a Bruno diciéndole: todo en orden.

Una tarde, al volver del supermercado, descubre que han pegado unos carteles encima de los suyos. Recorre entera la avenida y comprueba que justo en los lugares donde instaló sus carteles ahora se anuncia la desaparición de una mezcla de siberiano y policial que responde al nombre de Pancho. Se ofrece una recompensa de veinte mil pesos. Martín anota el número y el nombre de Paz, la dueña de Pancho.

Hay una botella de Jack Daniel's en la cocina. Martín solamente bebe vino y cerveza, no está acostumbrado a los destilados, pero en un impulso se sirve un vaso y con cada trago descubre que el Jack Daniel's le gusta, que le fascina. De manera que está bastante borracho cuando decide llamar a Paz. Pusiste tu perro sobre mi gato, es lo primero que le dice, con torpeza y con vehemencia.

Son las diez y media de la noche. Paz parece sorprendida, pero dice que comprende la situación. Él se arrepiente de su tono acalorado y el diálogo termina con desangeladas disculpas mutuas. Antes

de colgar, Martín alcanza a oír en el fondo una voz, un reclamo. Es la voz de un niño.

A la mañana siguiente Martín ve por la ventana que una mujer joven viene en bicicleta y se entrega a la larga tarea de cambiar los carteles de lugar. Sale a la calle y la mira desde una cierta distancia —no es bella, piensa, decidiéndolo: solamente es joven, debe tener veinte años, Martín podría ser su padre (aunque esto no lo piensa)—. Paz desprende sus carteles y vuelve a acomodarlos arriba o abajo. Disimula con dobleces las puntas ajadas y arregla, de paso, los afiches de Martín. Actúa con destreza profesional y él llega a pensar que se dedica a eso: del mismo modo que hay gente que trabaja paseando perros, Martín piensa que ella integra una patrulla de buscadores de animales perdidos. No es el caso.

Se presenta y se disculpa de nuevo por haberla llamado tan tarde. La acompaña el resto del camino. Al comienzo ella se muestra reticente, pero el diálogo tiende a cobrar forma. Conversan sobre Misisipi y sobre Pancho y también sobre las mascotas en general, sobre la responsabilidad de tener mascotas y hasta sobre la palabra *mascota*, que a ella no le gusta porque la encuentra despectiva. Martín fuma varios cigarros mientras hablan pero no quiere tirar las colillas. Las acumula en la mano como si fueran valiosas. Ahí hay un basurero, le dice Paz de pronto, y la frase coincide con la esquina donde deben separarse.

Esa noche la llama, le dice que ha recorrido decenas de cuadras buscando a Misisipi y que ha aprovechado para buscar a Pancho también. Suena a mentira, pero es verdad. Ella agradece el gesto, pero no deja que el diálogo fluya. Martín empieza a llamarla a diario y las conversaciones siguen siendo breves, como si bastara con esas pocas frases para construir cierta presencia.

Una semana después ve a un perro parecido a Pancho cerca de la casa. Intenta acercarse, pero el perro se asusta. Llama a Paz. Le cuesta hablar, lo que tiene que decir de nuevo suena a mentira, a una excusa para verla. Pero Paz acepta. Se juntan y patrullan un rato por calles interiores, hasta que llega la hora en que ella debe ir a buscar a su hijo al jardín infantil. Martín insiste en acompañarla. No puedo creer que tengas un hijo, le dice. A veces yo tampoco puedo creerlo, responde Paz.

Otro pololo más, es lo primero que el chico dice al ver a Martín. Arrastra expresivamente su pequeña mochila sin mirarlo de frente, pero Paz le cuenta que Martín cree haber visto a Pancho y el niño se

ilusiona e insiste en que sigan buscándolo. Recorren muchas cuerdas, dan la impresión de una familia perfecta. Se despiden al llegar a casa de Paz. Ambos saben que volverán a verse y quizás el niño también lo sabe.

Ha pasado más de un mes desde la desaparición de Misisipi y Martín ya no espera encontrarlo. Incluso redacta un mail confuso y lleno de disculpas para Bruno, pero no se atreve a enviarlo. El gato regresa, sin embargo, una madrugada, apenas capaz de empujar la puerta, lleno de heridas y con una enorme pelota de pus en el lomo. El veterinario es pesimista, pero lo opera de urgencia y le receta unos antibióticos que Martín debe administrarle a diario. Tiene que alimentarlo con papilla para niños y limpiarle las heridas cada ocho horas. El pobre gato está tan mal que ni siquiera le quedan fuerzas para maullar o moverse.

Se concentra en la salud de Misisipi. Ahora lo quiere, lo cuida de verdad. Se olvida de llamar a Paz durante unos días. Es ella quien lo llama una mañana. Se alegra con la buena noticia. Media hora después están sentados alrededor del gato, acariciándolo, compadeciéndolo.

Me dijiste que vivías solo, pero esta parece la casa de una familia, lanza ella de pronto, mirando la foto de Consuelo. Martín se pone nervioso y demora la respuesta. Al final le dice cabizbajo, murmurando, como si le resultara doloroso recordarlo: nos separamos hace algunos meses, tal vez hace un año, mi mujer y la niña se fueron a un departamento, y yo me quedé aquí con el gato.

Tu mujer es hermosa, dice Paz, mirando la foto en la pared. Pero ya no es mi mujer, responde Martín. Pero es hermosa, insiste Paz. Y nunca me habías contado que tenías una hija.

Acabamos de conocernos, todavía no podemos decir palabras como *nunca* o como *siempre*, dice Martín. Y no me gusta hablar de eso, agrega. Me entristece. No supero, todavía, la separación. Lo peor es que Consuelo no me deja ver a la niña, quiere más plata, dice. Ella lo mira con ansiedad, con la boca entreabierta. Él debería sentir la adrenalina que alienta a los mentirosos, pero se distrae mirando esos dientes pequeños y un poco separados, la nariz medio aguileña, esas piernas flacas pero bien formadas, que le parecen perfectas. Fuiste padre muy joven, le dice Paz. No tanto, responde. O sí, era muy cabro, dice Martín, ya completamente enfrascado en la mentira.

Yo fui madre a los dieciséis y estuve a punto de abortar, dice Paz, tal vez para empatar las confidencias. ¿Por qué no lo hiciste?,

le pregunta Martín. Es una pregunta tonta y ofensiva, pero ella no se inmuta. Porque en Chile el aborto es ilegal, dice muy seria, pero luego ríe y le brillan los ojos. Ese año, aclara enseguida, mis dos mejores amigas quedaron embarazadas: iba a abortar en el mismo lugar que ellas, pero a última hora me arrepentí y decidí tenerlo. Tiran en el sillón, al principio parece un buen polvo, pero él eyacula pronto, se disculpa. No te preocupes, responde ella, estás sobre el promedio de los chicos de mi edad. Martín piensa en esa palabra, *chicos*, que él nunca usaría y que en ella suena tan adecuada, tan natural. Después mira el cuerpo desnudo. Casi no tiene pecas en la cara ni en los brazos pero abundan en el resto de su cuerpo, su espalda luce como salpicada de tinta rojiza. Le gusta eso.

Empiezan a verse a diario, siguen buscando a Pancho. La posibilidad de encontrarlo es ya remota, pero Paz no pierde la esperanza. Después van a la casa y curan juntos a Misisipi. La herida evoluciona lenta pero favorablemente y en la zona del lomo que el doctor le rapó ya se nota un pelaje más fino y menos oscuro. También el romance avanza y a un ritmo acelerado. A ratos él prefiere que sea así, lo necesita. Y a la vez la quiere que todo termine: verse obligado a decir la verdad, que todo se vaya a la mierda. Un día Paz se da cuenta de que Martín ha quitado la foto de Consuelo. Le pide que vuelva a ponerla. Él le pregunta por qué. No quiero que nos confundamos, dice ella. Él no entiende bien, pero vuelve a poner la foto. Si te molesta que tiremos en la cama donde dormías y tirabas con tu mujer, le dice Paz, yo lo entendería. Él niega enérgicamente con la cabeza y le dice que de un tiempo a esta parte —esa expresión usa, *de un tiempo a esta parte*— ya no se acuerda de su mujer. De verdad, perdona que insista, dice ella: si te incomoda que tiremos aquí tienes que decírmelo. Si ya casi no tirábamos, responde Martín, y se quedan en silencio hasta que ella le pregunta si con su mujer alguna vez tiraron sobre la mesa del living. Él responde, en mitad de una sonrisa caliente, que no. El juego sigue, vertiginoso y divertido. Ella le pregunta si alguna vez su mujer le untó la verga con leche condensada antes de chupársela, o si acaso, por casualidad, a su mujer le gustaba que le metieran tres dedos en el culo, o si en alguna ocasión le pidió que terminara en su cara, en sus pechos, en su culo, en su pelo.

Una de esas mañanas Paz llega con un rosal y una buganvilia, él consigue una pala y juntos arman un mínimo jardín en el espacio vacío de la entrada. Él cava con torpeza, Paz le quita la pala y en cosa de

minutos el trabajo está hecho. Perdona, le dice Martín, se supone que es el hombre el que hace la parte dura. No te preocupes, responde ella, y agrega, risueña: yo nací en democracia. Después, a pito de nada, quizás como una forma de anticipar la confesión, Martín se lanza en un monólogo sobre el pasado en que entremezcla pinceladas de verdad con algunas mentiras obligatorias, buscando un modo de ser honesto o menos deshonesto. Habla sobre el dolor, sobre la dificultad de construir vínculos duraderos, simples, con las personas. Soy un drogadicto de la soledad, dice, como frase para el bronce. Ella lo escucha con atención, compasiva, y mueve la cabeza afirmativamente varias veces, pero después de una pausa en que se arregla el pelo, se acomoda en el sillón y se quita las zapatillas, le dice de nuevo, con picardía: yo nací en democracia. Y en el almuerzo, al ver que él corta los pedazos de pollo con tenedor y cuchillo, ella le dice que prefiere comer con la mano porque nació en democracia. La frase sirve para todo, en especial en la cama: cuando él quiere metérselo sin condón, cuando le pide que no grite tanto o que tenga cuidado al pasear desnuda por el living, y cuando ella se mueve tan salvaje y ávidamente encima que Martín no logra disimular que le duele el pene, todas esas veces ella responde que nació en democracia, o simplemente dice, alzando los hombros, ¡democracia!

El tiempo corre con alegre indolencia. Hay horas, hay acaso días enteros en que Martín consigue olvidarse de quién es realmente. Olvida que finge, que miente, que es culpable. En dos ocasiones, sin embargo, está a punto de soltar la verdad. Pero la verdad es larga. Necesitaría muchas frases para decir la verdad. Y quedan solo dos semanas. ¡No! Una semana.

Ahora conduce nervioso: es viernes, mañana debe ir a un matrimonio, como pareja de Paz, y ella le pidió que fueran en el auto, de manera que tiene solo un día para ensayar, debe parecer un conductor avezado, o al menos manejar con propiedad. Al principio todo va bien. Se le detiene el motor en una luz roja, como suele pasarle, pero tiene una reserva de valentía, y por momentos logra cierta fluidez, sin un plan fijo. Luego se entusiasma y decide ir al centro comercial y comprar los dos platos y las tres copas que ha roto, pero no consigue cambiar de fila en el momento correcto, ni salir un poco más allá, y se queda pegado en la pista diez minutos, hasta que las salidas se acaban: va hacia el sur, por la carretera, y no le queda más remedio que intentar un peligroso viraje en U.

Se queda en el bandejón central, decide tranquilizarse, apaga la radio, espera sin prisa su turno, pero cuando llega se le detiene de nuevo el auto, y está a punto de quedar a merced de un camión, que de hecho lo esquiva y lo tapa a bocinazos. Hace contacto pero no se atreve a lanzarse. Pone marcha atrás y sigue hacia el sur, cada tanto piensa en intentar de nuevo el viraje o salir de la carretera, pero está helado, muerto de miedo, solo puede seguir esa línea recta largos minutos. Llega al peaje, frena en seco, la recaudadora le sonríe, pero él es incapaz de devolver la sonrisa. Solo puede seguir, como un autómatas lento, los kilómetros que faltan para llegar a Rancagua.

Nunca he estado en Rancagua, piensa; se baja avergonzado del auto, mira a la gente, intenta adivinar la hora por el movimiento en la Plaza de Armas: las doce, no, las once. Es temprano, pero tiene hambre. Se compra una empanada. Se queda una hora entera ahí, estacionado, fumando, pensando en Paz. Le molestan esos nombres tan cargados, tan plenos, tan directamente simbólicos: Paz, Consuelo. Piensa que si alguna vez llega a tener un hijo va a inventar un nombre que no signifique nada. Después da veinticuatro vueltas a la plaza —pero él no las cuenta—, unas adolescentes cimarreras lo miran raro. Se estaciona de nuevo, el teléfono suena, le dice a Paz que está en el supermercado. Ella quiere verlo. Él responde que no puede, porque tiene que recoger a la niña en el colegio. ¿Por fin podrás verla?, pregunta ella, ilusionada. Sí. Es una tregua, dice. Me encantaría conocerla, dice Paz. Todavía no, responde Martín. Más adelante.

Recién a las cuatro de la tarde emprende el regreso. El viaje es plácido esta vez, o menos tenso. Acabo de aprender realmente a manejar, piensa esa noche antes de dormir, ligeramente orgulloso. Y sin embargo el sábado, camino al matrimonio, detiene el auto, dice que siente un escozor en los ojos —no está seguro de que esa sea la palabra correcta, pero la usa—. Paz toma el volante, no tiene documentos pero no importa. La mira manejar, concentrada en el camino, con el cinturón de seguridad entre los pechos: por primera vez anticipa el dolor de la futura pérdida. Bebe tanto, tantísimo. Y sin embargo todo sale bien. Cae bien, baila bien, hace buenas bromas. Las amigas de Paz la felicitan. Ella se quita los zapatos rojos, baila a pie pelado, y él piensa que es absurdo haber dudado, al principio, de esa belleza: es hermosa, es libre, divertida, maravillosa. Siente el deseo de decirle ahí mismo, en plena pista de baile, que está todo perdido, que es irreversible. Que la familia llega el miércoles. Vuelve a la mesa, la mira bailar con sus amigas, con el novio, con el padre

del novio. Martín pide un whisky más, lo bebe de un sorbo, le gusta esa herida rasposa en la garganta. Mira la silla donde están los zapatos y la cartera de Paz: piensa en quedarse con esos zapatos rojos, como la caricatura del fetichista.

El día siguiente es de resaca. Despierta a las once y media, suena una música extraña, una especie de new age que Paz tararea mientras cocina. Se levantó temprano, fue a comprar una reineta y un montón de vegetales que ahora revuelve en el wok, añadiendo de a poco la salsa de soya. Después de almuerzo, echados en la cama, desnudos, Martín cuenta las pecas en la espalda, en el culo, en las piernas de Paz: doscientas veintitrés. Es el momento de confesarlo todo, e incluso piensa que ella entendería: se enojaría, se burlaría, dejaría de verlo por semanas, por meses, se sentiría confundida y todo eso, pero lo perdonaría. Empieza a hablar, tímidamente, buscando el tono, pero ella lo interrumpe y parte a buscar al niño, que está con los padres de Paz.

Vuelven a las cinco. Hasta aquí el niño había sido reticente con Martín, pero justo ahora se suelta y confía. Por primera vez juegan —primero intentan animar a Misisipi, todavía convaleciente, pero se rinden pronto—. Después el niño pone los tomates junto a las naranjas, le dice a Martín que quiere jugo de naranjas, él busca y saca los tomates, y cuando va a partir el primero el niño dice ¡nooooooooo! Repiten la rutina doce, quince veces. Hay una variación: antes de partir el tomate, Martín se da cuenta y dice, furioso, que el almacenero le vendió tomates en vez de naranjas, y finge que va a reclamar para que el niño diga, embriagado de felicidad, ¡nooooooooo!

Ahora juegan con el control remoto. El niño pulsa un botón y Martín se cae, se muerde una mano, lanza un grito o se queda sin voz. Y si realmente me quedara sin voz, piensa, cuando el niño se duerme en el regazo de su madre.

Que me bajen el volumen, piensa Martín.

Que me adelanten, que me retrocedan.

Que graben encima de mí.

Que me borren.

Ahora Paz, el niño y Misisipi duermen y Martín lleva horas encerrado en el estudio, haciendo quizás qué, tal vez llorando.

Lo primero que ven, al bajar del taxi, les agrada. Consuelo mira la buganvilia y el rosál, y quiere saludar de inmediato a Martín para

agradecerle ese gesto. Enseguida se sorprenden con la foto de Consuelo en la pared principal, y en medio del desconcierto ella incluso piensa, por una milésima de segundo, que la foto siempre estuvo allí, pero no, claro que no. Recorren la casa alarmados y la confusión crece en la medida en que revisan las habitaciones: es evidente que Martín trajinó los cajones y los armarios y a cada minuto descubren nuevas manchas en las cortinas y restos de ceniza en las alfombras. El gato está en la pieza de la niña, durmiendo encima de unos peluches. Repasan sus heridas, que aún no cicatrizan por completo, y agradecen, dentro de todo, que esté bien. Encuentran, en la cocina, unas jeringas sucias junto a los remedios y las recetas.

Martín no está y tampoco contesta el celular. No hay una nota que explique mínimamente la situación. No comprenden lo que ha pasado. Es difícil entenderlo. Al principio piensan que Martín les robó y Bruno revisa alarmado la biblioteca pero no se notan mayores pérdidas. Se siente tonto por haber confiado en Martín. Hablaron tantas veces por mail, pero no sospechó nada. Estas cosas pasan, dice Consuelo, por su parte, pero lo dice sin convicción, automáticamente. Cada tanto Bruno insiste en llamar a Martín, y le deja mensajes en el buzón de voz, mensajes a veces amistosos y otras veces violentos.

Pocos días después tocan el timbre, muy temprano. Consuelo sale a abrir. Qué desea, le pregunta a una mujer joven, que se queda helada, reconociéndola. Qué desea, repite Consuelo. Ella tarda en responder. Mira a Consuelo de nuevo, intensamente, y con un ademán de desprecio o de suprema tristeza responde: nada. Quién era, pregunta Bruno, desde la pieza. Consuelo cierra la puerta y duda un segundo antes de responder: nadie.

Los gemelos Covarrubias

Con tantas guías y pruebas parciales, globales y de coeficiente dos, era imposible que no aprendiéramos algo, pero casi todo lo olvidábamos rápido y me temo que para siempre. Lo que aprendimos a la perfección, sin embargo, lo que nunca olvidaríamos, fue a copiar en las pruebas. No sería difícil improvisar un elogio del torpedo, con su letra ínfima pero legible, que reproducía toda la materia en un minúsculo boleto de micro. Pero de poco servía esa obra admirable si no contábamos con la destreza y la audacia necesarias en los momentos claves: con el talento para captar el instante en que el profesor bajaba la guardia y comenzaban los diez, los veinte segundos de oro.

Justamente en ese colegio, en teoría el más exigente de Chile, copiar resultaba más bien fácil, pues muchas de las pruebas eran con alternativas. Faltaban años para que rindiéramos la Prueba de Aptitud Académica, pero la mayoría de los profesores querían familiarizarnos desde ya con los ejercicios de selección múltiple, y aunque diseñaban dos y hasta cuatro formas distintas, siempre encontrábamos el modo de traspasar la información. No había que escribir, no había que opinar, no había que desarrollar nada, ninguna idea propia: solo teníamos que jugar el juego y adivinar la trampa. Claro que estudiábamos, a veces mucho, pero nunca lo suficiente. Supongo que la idea era bajarnos la moral. Incluso si nos consagrábamos por entero al estudio, sabíamos que igual habría dos o tres preguntas imposibles, pero no nos quejábamos, entendíamos el mensaje: copiar era parte del asunto.

Creo que gracias a la copia salimos un poco del individualismo y empezamos a convertirnos en una comunidad. Es triste decirlo de esta manera, pero copiar nos volvió solidarios. De vez en cuando

nos invadía la culpa, la sensación de fraude, sobre todo de cara al futuro, pero prevalecían la indolencia y la frescura.

La clase de Religión estaba de más, porque la nota no entraba en el promedio general, pero el trámite para eximirse era tedioso y largo, y las clases de Segovia eran muy divertidas. El profe monologaba sin pausas sobre cualquier cosa menos sobre religión, de hecho su tema favorito era el sexo, en especial las profesoras que se tiraría. El momento más gracioso sucedía al final, cuando Segovia hacía una ronda de confesiones rápidas: cada uno debía decir un pecado, y después de escuchar los cuarenta y cinco —que iban desde *me quedé con el vuelto y quiero agarrarle las pechugas a la vecina* hasta *me corrí la paja en el recreo*, todo un clásico— el profe nos decía que ninguno de nuestros pecados era imperdonable.

Me parece que fue Cordero el que en una clase confesó que había copiado en Matemáticas, y como Segovia no se inmutó todos fuimos aportando variaciones de lo mismo: copié en la prueba de Castellano, en el examen de Ciencias Naturales, en el test de Cooper (carcajadas), etcétera. Segovia intentó contener la risa antes de decir que nos perdonaba, pero que no nos pillaran, porque eso sí que sería grave. De repente, sin embargo, se puso serio: si son así de tramposos a los doce años, nos dijo, a los cuarenta van a ser peores que los gemelos Covarrubias. Le preguntamos quiénes eran los gemelos Covarrubias y parecía que iba a contarnos, pero se arrepintió. Insistimos, pero no quiso decirnos. Luego indagamos con otros profesores y hasta con el orientador, pero nadie quería contarnos la historia. Los motivos eran difusos: que era un secreto, un tema delicado. Olvidamos pronto el asunto, en todo caso.

Cinco años más tarde, en 1993, cuando ya estábamos en cuarto medio, un día en que con Cordero, Parraguez y el Chico Carlos habíamos hecho la cimarra, nos encontramos con el profe de Religión a la salida del pool de Tarapacá. Ya no hacía clases, se había convertido en conductor del metro, era su día libre. Nos invitó a una Coca-Cola y él pidió además un corto de pisco, aunque era todavía temprano para ponerse a tomar. Fue entonces cuando por fin nos contó la historia de los gemelos Covarrubias.

La tradición de la familia Covarrubias dictaba que el primer hijo varón debía llamarse Luis Antonio, pero cuando Covarrubias padre supo que venían gemelos prefirió repartir su nombre entre los hermanos. Durante sus primeros años de vida, Luis y Antonio Covarrubias disfrutaron —o sufrieron— del trato en exceso igualitario que los padres suelen dar a los gemelos: el mismo corte de pelo, la misma ropa, el mismo curso en el mismo colegio.

Cuando los niños tenían diez años, Covarrubias padre instaló en la habitación un tabique divisorio y convirtió el antiguo camarote, a serrucho limpio, en dos camas idénticas. La idea era dar a los gemelos cierta privacidad, pero el cambio no fue tan importante, porque siguieron hablando a través del tabique todas las noches, antes de quedarse dormidos. Habitaban ahora en hemisferios diferentes, pero era un planeta muy chico.

A los doce años entraron al Instituto Nacional, y esa sí que fue una separación. Como los alumnos de séptimo básico eran distribuidos aleatoriamente, por primera vez los gemelos estuvieron en cursos distintos. Se veían medio perdidos en ese colegio tan masivo e impersonal, pero eran fuertes, estaban dispuestos a sobrellevar sus nuevas vidas. A pesar de la avalancha incontrolable de miradas y bromas estúpidas de sus compañeros («parece que estoy viendo doble»), se juntaban siempre en los recreos a comer la colación.

A final de séptimo debían elegir entre Artes Plásticas y Música, y los dos eligieron Artes Plásticas, esperando que el azar los reuniera, pero no hubo suerte. A final de octavo, cuando debían optar entre Francés e Inglés, pensaron en elegir Francés, que como era una alternativa minoritaria prácticamente aseguraba que volvieran a estar juntos, pero tras un sermón de Covarrubias padre sobre la importancia de saber inglés en el competitivo y salvaje mundo de hoy tuvieron que resignarse. No les fue mejor ni en primero ni en segundo medio, cuando la división era por notas, pese a que ambos tenían buenas calificaciones.

Al pasar a tercero eligieron el área Humanista y por fin quedaron en el mismo curso, el Tercero F. Volver a ser compañeros, después de cuatro años, era raro y chistoso. El parecido físico seguía siendo asombroso, aunque el acné se había ensañado en la cara de Luis, y Antonio quería distinguirse por su pelo largo o por lo que entonces podía entenderse como pelo largo: la capa de gel que ordenaba sus mechones le daba una apariencia menos convencional que la de su hermano, quien mantenía el corte clásico, a lo milico, con el pelo a dos dedos de la camisa, como estipulaba el reglamento. Antonio

usaba también pantalones más anchos y, desafiando las normas, solía ir al colegio con zapatillas negras en lugar de zapatos. Durante los primeros meses, los gemelos se sentaban juntos, se protegían, se ayudaban mutuamente, aunque cuando peleaban parecían odiarse, lo que, como se sabe, es lo más natural del mundo: hay momentos en que nos odiamos a nosotros mismos, y si tenemos enfrente a alguien que, en casi todos los aspectos, es igual a nosotros, se hace inevitable orientar el odio en esa dirección. Pero a mediados de año, sin una explicación clara, las peleas se volvieron más arduas, a la vez que Antonio perdió todo interés en los estudios. Luis, en cambio, siguió un rumbo ordenado, mantuvo intachable su hoja de vida y su informe de notas fue muy bueno, fue el primero del curso ese año. Contra todo pronóstico, su hermano fue el último, por lo que los gemelos tuvieron que separarse de nuevo. El orientador del colegio —que era solo uno para cuatro mil y tantos estudiantes, pero le interesaba el caso de los gemelos, así que él mismo llamó a los padres a una reunión— impuso la teoría, no necesariamente cierta, de que Antonio había buscado repetir de curso por el deseo inconsciente (el orientador les explicó, de forma rápida y certera, qué cosa era el inconsciente) de no estar en el mismo curso que su hermano.

Luis terminó su cuarto medio como un trámite, con calificaciones altas, y consiguió puntajes sobresalientes en todas las pruebas de ingreso a la universidad, en particular en Historia de Chile y Ciencias Sociales, en las que estuvo cerca de alcanzar los puntajes máximos a nivel nacional. Ingresó, con una beca de excelencia académica, a estudiar Derecho en la Universidad de Chile.

Los gemelos nunca estuvieron tan separados como durante los primeros meses universitarios de Luis. A Antonio le daba envidia ver a su hermano, ya sin el uniforme escolar, partir a la facultad, mientras que él seguía varado en el colegio. Algunas mañanas sus horarios coincidían, pero gracias a un acuerdo tácito y elegante —quizás alguna versión de la famosa telepatía— nunca se subían a la misma micro.

Siguieron evitándose, saludándose apenas, aunque sabían que la distancia no podía durar mucho tiempo más. Una noche, cuando Luis ya estaba en su segundo semestre de Derecho, Antonio volvió a hablarle a través del tabique. Que cómo era la universidad, le preguntó. ¿En qué sentido? Con las minas, precisó Antonio. Bueno, hay minas muy, muy ricas, respondió Luis, intentando no sonar jactancioso. Sí

sé, pero cómo lo hacen. ¿Cómo hacemos qué?, preguntó Luis, que en el fondo sabía lo que su hermano le estaba preguntando. Que cómo lo hacen para tirarse peos delante de las minas. Hay que aguantárselos nomás, respondió Luis. Esa noche la pasaron, como antaño, como cuando eran niños, hablando y riendo mientras competían con sus peos y sus chanchos, y a partir de entonces volvieron a ser inseparables: mantenían la ilusión de independencia, sobre todo de lunes a viernes, pero los fines de semana salían siempre juntos, bebían a la par y desarrollaban algunas suplantaciones divertidas, aprovechando que, gracias al pelo largo y a la recuperación del cutis de Luis, el parecido físico era de nuevo casi absoluto.

El rendimiento de Antonio había mejorado notoriamente, si bien ya no era un alumno ejemplar. Hacia el final de cuarto medio, sin embargo, le vino la angustia. Aunque se sentía bien preparado para la Prueba de Aptitud, no estaba seguro de obtener los altísimos puntajes que necesitaba para estudiar, como su hermano, Derecho en la Universidad de Chile. La idea fue de Antonio, naturalmente, pero Luis aceptó al tiro, sin chantajes ni condiciones, y sin una gota de miedo, pues en ningún momento consideró posible que los descubrieran. En diciembre de ese año, Luis Covarrubias se presentó con el carnet de identidad de su hermano Antonio a dar la prueba por segunda vez, y se esforzó lo suficiente como para obtener puntajes aun mejores que el año anterior: sacó, de hecho, puntaje nacional en la prueba de Ciencias Sociales.

—

Pero nosotros no tenemos hermanos gemelos, dijo Cordero aquella tarde, cuando Segovia terminó su relato. No sé si llovía o lloviznaba, pero recuerdo que el profe usaba un impermeable azul. Se levantó a comprar cigarros y al volver a nuestra mesa se quedó de pie, quizás para restablecer un orden perdido: el profesor de pie, los alumnos sentados. Les va a ir bien de todos modos, ustedes no saben lo privilegiados que son, nos dijo. ¿Por estar en el Nacional?, le pregunté. Se quedó callado un rato lo suficientemente largo como para que ya no fuera necesario responderme, mientras fumaba y respiraba con ansiedad, tal vez ya medio curado, pero contestó: el Nacional está podrido, pero el mundo está podrido.

Los prepararon para esto, para un mundo donde todos se cagan entre sí, dijo. Les va a ir bien en la prueba, muy bien, no se preocupen: a ustedes no los educaron, los entrenaron. Sonaba agresivo,

pero no había en su tono desprecio, al menos no un desprecio dirigido a nosotros. Seguimos en silencio, ya era tarde, casi noche. Volvió a sentarse, se veía absorto, pensativo. Yo tenía buenas notas, dijo, cuando creíamos que ya no habría más palabras: era el mejor de mi curso, de todo mi colegio, nunca copié en un examen, pero en la prueba me fue como el forro, por eso tuve que estudiar Pedagogía en Religión, ni siquiera creía tanto en Dios. Le pregunté si ahora, como conductor del metro, ganaba más plata. El doble, respondió. Le pregunté si creía en Dios y respondió que sí, que ahora creía incluso más en Dios. Nunca olvidé, nunca olvidaré este gesto: con el cigarro encendido entre el dedo índice y el medio, miró el dorso de su mano izquierda como buscando las venas y enseguida la dio vuelta, acaso para comprobar que las líneas de la vida, de la cabeza y del corazón seguían ahí. Nos despedimos como si fuéramos o hubiéramos sido amigos. Él entró al cine y nosotros enfilamos por Bulnes hacia el Parque Almagro a fumarnos unos pitos.

Nunca más supe de Segovia. A veces, en el metro, cuando me subo al primer vagón, miro hacia la cabina del chofer y pienso que el profe está ahí, apretando botones y bostezando. En cuanto a los gemelos Covarrubias, entiendo que no volvieron a separarse. Se convirtieron en abogados idénticos. Dicen que es difícil saber cuál es el más brillante y cuál el más corrupto. Comparten un bufete en Vitacura y cobran lo mismo, cobran lo que un servicio así de bueno vale: carísimo.

Ejercicios

1. De acuerdo con el texto, la experiencia de los gemelos Covarrubias en el nuevo colegio:
 - A) Marcó el alejamiento definitivo de los valores que sus padres les habían inculcado.
 - B) Fue traumática, porque los obligó a tomar decisiones prematuras y los fue separando irremediabilmente.
 - C) De a poco los convirtió en sujetos valiosos para la sociedad chilena.

- D) Transformó a dos gemelos buenos y hermanables en unos inescrupulosos hijos de puta.
- E) Supuso el comienzo de un período duro, del que salieron fortalecidos y listos para competir en este mundo despiadado y materialista.
2. El título de este relato es bastante fome. A su juicio, un mejor título sería:
- A) Cómo entrenar a tu gemelo.
- B) Al maestro, con cariño.
- C) Las formas solidarias de la copia.
- D) Contra los abogados.
- E) Contra los abogados gemelos.
3. Sobre las pruebas de selección múltiple o de alternativas, el autor afirma que:
- I. Eran habituales en ese colegio, con el objetivo de preparar a los alumnos para las pruebas de ingreso a la universidad.
- II. Era más fácil copiar en esas pruebas, desde todo punto de vista.
- III. No había que desarrollar un pensamiento propio.
- IV. Los profesores las preferían porque de ese modo no tenían que pasar el fin de semana corrigiendo como malos de la cabeza.
- V. La alternativa correcta casi siempre era la D.
- A) I y II
- B) I, III y V
- C) II y V
- D) I, II y III
- E) I, II y IV
4. El hecho de que repartiera su nombre entre sus hijos gemelos demuestra que Luis Antonio Covarrubias era:
- A) Innovador.
- B) Ingenioso.
- C) Ecuánime.

- D) Masón.
- E) Huevón.

5. Del texto se puede inferir que los profesores de ese colegio:

- A) Eran mediocres y crueles, porque adherían sin reservas a un modelo educacional podrido.
- B) Eran crueles y severos: les gustaba torturar a los estudiantes llenándolos de tareas.
- C) Estaban muertos de tristeza porque les pagaban como las huevas.
- D) Eran crueles y severos, porque estaban tristes. Todos estaban tristes en ese tiempo.
- E) Mi compañero de banco marcó la C, voy a marcar esa yo también.

6. Del texto se desprende que:

- A) Los estudiantes copiaban en las pruebas porque vivían en una dictadura y eso lo justificaba todo.
- B) Copiar en las pruebas no estaba mal si se hacía con prudencia.
- C) Copiar en las pruebas es parte del proceso de formación de cualquier ser humano.
- D) Los estudiantes con peores resultados en las pruebas de ingreso a la universidad suelen convertirse en profesores de Religión.
- E) Los profesores de Religión son divertidos, pero no necesariamente creen en Dios.

7. La finalidad de este relato es:

- A) Insinuar una posible salida laboral para estudiantes chilenos de alto rendimiento académico y escasos recursos (son pocos, pero existen), que podrían dedicarse a suplantar a estudiantes flojos y ricos.
- B) Denunciar problemas de seguridad en la implementación de las pruebas de ingreso a la universidad, y de paso promover algún emprendimiento relativo a lectores biométricos u otro sistema que permita corroborar la identidad de los postulantes.

- C) Promocionar un bufete de abogados, a pesar de lo costosos que deben ser sus servicios. Y pasarlo bien.
- D) Legitimar la experiencia de una generación que podría describirse, sin más explicaciones, como una manga de tramposos. Y pasarlo bien.
- E) Remover heridas del pasado.

8. ¿Cuál de las siguientes frases del profesor Segovia es, a su juicio, verdadera?

- A) A ustedes no los educaron, los entrenaron.
- B) A ustedes no los educaron, los entrenaron.
- C) A ustedes no los educaron, los entrenaron.
- D) A ustedes no los educaron, los entrenaron.
- E) A ustedes no los educaron, los entrenaron.

Gracias

Me late que son novios y no quieren decirlo —no somos novios, responden al unísono, y es verdad: desde hace poco más de un mes duermen juntos, comen, leen, trabajan juntos, y por eso alguien exagerado, alguien que los mirara y repasara cuidadosamente las palabras que se dirigen, el modo en que sus cuerpos se acercan y confunden, alguien impertinente, alguien que todavía creyera en esas cosas, diría que se quieren de verdad, o que al menos comparten una pasión peligrosa y solidaria que ha llegado a acercarlos solidaria y peligrosamente. Y sin embargo no son novios, si hay algo que ambos tienen claro es justamente eso —ella es argentina y él chileno y es mejor, es muchísimo mejor, en adelante, llamarlos así, la argentina y el chileno.

Pensaron en ir caminando, hablaron sobre lo agradable que es recorrer grandes distancias caminando, e incluso dividieron a las personas entre las que nunca caminan grandes distancias y las que sí lo hacen, y que por eso son, de alguna manera, mejores. Pensaban ir caminando pero en un impulso detuvieron un taxi, y sabían desde hacía meses, desde antes de llegar al DF, cuando recibieron un instructivo lleno de advertencias, que nunca debían tomar un taxi en la calle, pero esta vez lo hicieron, y a poco andar ella pensó que el conductor se desviaba del camino y se lo dijo al chileno en voz baja y él la tranquilizó en voz alta, pero sus palabras ni siquiera alcanzaron a hacer efecto porque de inmediato el taxi se detuvo y se subieron dos hombres y el chileno actuó valiente, temeraria, confusa, pueril, tontamente: le pegó a uno de los rateros un combo en la nariz y siguió forcejeando largos segundos mientras ella le gritaba *pará, pará, pará*. El chileno paró, los rateros se ensañaron y le pegaron duro, le rompieron algo tal vez, pero eso pasó hace mucho tiempo, hace ya

diez minutos: ya les quitaron el dinero y las tarjetas de crédito, ellos ya recitaron la clave del cajero y queda un tiempo más bien corto que se les hace eterno en que viajan apretando los ojos —cierren los ojos pinches cabrones, les dicen los dos hombres, y ahora son tres porque el auto se detiene, el taxista baja y toma el volante un tercer ratero que venía detrás, en una camioneta, y el nuevo conductor le pega al chileno y manosea a la argentina, y ellos, que reciben los golpes y los agarrones con resignación, agradecerían saber que el secuestro terminará dentro de un rato, que dentro de un rato caminarán sigilosamente, laboriosamente, abrazados por alguna calle de La Condesa, porque les preguntaron adónde iban y respondieron que a La Condesa y los rateros dijeron los dejamos en La Condesa entonces, no somos tan malos, no queremos desviarlos demasiado del camino, y un segundo antes de que les permitieran bajarse, increíblemente, les pasaron cien pesos para que volvieran en taxi, pero por supuesto no volvieron en taxi, se subieron al metro y a veces ella lloraba y él la abrazaba y otras veces él aguantaba confusamente las lágrimas y ella le acercaba los pies como en el taxi, porque los secuestradores los obligaban a guardar distancia pero ella siempre tuvo su sandalia derecha encima del zapato izquierdo del chileno.

El metro se queda un rato largo, un lapso de seis o siete minutos detenido en una estación intermedia, como suele pasar en el metro del DF, y esa demora que es normal, que ellos conocen, sin embargo los angustia, los desespera, hasta que por fin cierran las puertas y el carro arranca y llegan a la estación y siguen caminando juntos hacia la casa donde ella vive con dos amigos, porque la argentina y el chileno no viven juntos, él vive con una escritora ecuatoriana, ella con un español y otro chileno, en verdad no son amigos, o lo son pero no es por eso que viven juntos, están todos de paso, son todos escritores y están en México para escribir gracias a una beca del gobierno mexicano, aunque lo que menos hacen es escribir, pero curiosamente cuando llegan y abren la puerta el español, un chico flaco y cordial, con los ojos quizás demasiado grandes, está escribiendo, y el chileno dos no está —no queda más remedio que llamarlo el chileno dos, esta historia es imperfecta porque en ella hay dos chilenos, debería haber solo uno, y mucho mejor sería que no hubiera ninguno, pero hay dos, aunque el chileno dos no está, el chileno uno y el chileno dos tampoco son amigos, en verdad son más bien enemigos, o lo eran en Chile, porque ahora coincidieron

en México y ambos son, a su manera, conscientes de que seguir peleando sería absurdo e innecesario, pues por lo demás las peleas fueron tácitas y nada les impedía ensayar una especie de reconciliación, aunque también ambos saben que no serán nunca amigos y ese pensamiento en cierta forma los alivia y los hermana, del mismo modo que los hermana el alcohol, porque de todo el grupo sin duda ellos dos son los más bebedores, pero el chileno dos no está cuando ellos llegan del secuestro, está solamente el español, en la mesa del living, absorto, escribiendo junto a una botella de Coca-Cola, se diría que abrazando una botella de Coca-Cola, y cuando le cuentan lo que ha sucedido abandona su trabajo y se muestra conmovido y los acoge, los hace hablar, matiza el ambiente con alguna broma oportuna y liviana, los ayuda a buscar el número de teléfono al que deben llamar para bloquear sus tarjetas —se quedaron con tres mil pesos, dos tarjetas de crédito, dos celulares, dos chaquetas de cuero, una cadena de plata y hasta con una cámara de fotos, porque el chileno regresó a buscar la cámara de fotos —quería fotografiar a la argentina, porque la argentina es bellísima, lo que también es un cliché, pero qué se le va a hacer, de hecho es bellísima, y claro que ha pensado que si él no hubiera vuelto a buscar la cámara no habrían tomado ese taxi, del mismo modo que otras tantas posibles premuras o dilaciones podrían haberlos salvado del secuestro.

La argentina y el chileno le relatan al español lo que ha sucedido y al relatarlo lo reviven y por segunda o tercera vez lo comparten. El chileno se pregunta si lo que acaba de pasar va a unirlos o a separarlos y la argentina se pregunta exactamente lo mismo, pero ninguno de los dos lo dice. El chileno dos llega en ese momento, regresa de una fiesta, se sienta a comer un trozo de pollo y empieza a hablar de inmediato, sin darse cuenta de que algo ha sucedido, pero luego repara en que el chileno uno tiene la cara muy hinchada y que intenta aliviarse con una bolsa de hielo, tal vez al comienzo le pareció natural que el chileno uno tuviera una bolsa de hielo en la cara, tal vez en su singular universo de poeta es normal que la gente pase la noche con una bolsa de hielo en la cara, pero no, no es normal pasar la noche con una bolsa de hielo en la cara, entonces pregunta qué ha pasado y al enterarse dice qué cosa más terrible, a mí estuvo a punto de pasarme lo mismo esta tarde, y se larga a hablar sobre el posible asalto del que casi fue víctima, del que se salvó porque de un momento a otro decidió bajarse del taxi. Mientras conversan

bajan un mezcal a sorbos rápidos, y el español y la argentina se devoran un porro.

Ahora llega alguien más, tal vez un amigo del español, y ellos vuelven al relato, sobre todo a la última parte, a la última media hora en el taxi, que para ellos es una especie de segunda parte, porque el secuestro duró alrededor de una hora y durante la primera mitad temieron por sus vidas y durante la segunda ya no temían por sus vidas, estaban aterrorizados pero vagamente intuían que, durara lo que durara, los rateros no iban a matarlos, porque el diálogo ya no era violento, o sí lo era pero de una manera sosegada y retorcida —ya habíamos asaltado a argentinos pero nunca a un chileno, dice el que viaja de copiloto, y su comentario suena a verdadera curiosidad, y empieza a preguntarle al chileno sobre la situación del país y el chileno responde correctamente, como si estuvieran en un restaurante y fueran el mesero y el cliente o algo así, y el tipo suena tan articulado, tan acostumbrado a decir ese diálogo, que el chileno piensa que si llega a contar esa historia nadie va a creerle, y esa impresión se acentúa en los minutos siguientes cuando el que viaja con ellos en el asiento de atrás, el que lleva la pistola, dice me late que son novios y no quieren decirlo y ellos responden al unísono que no, que no son novios, y por qué pregunta el ratero —por qué no son novios si él no está tan feo, dice, es feo pero no tanto, y estarías mejor si te cortaras ese pelo, es de los setenta, ya nadie usa el pelo así, le dice, y también esos lentes tan grandes, te voy a hacer un favor —le quita los anteojos y los arroja por la ventana, y el chileno piensa por un segundo en una vieja película de Woody Allen que acaba de ver en la que al protagonista le destruyen muchas veces los anteojos, el chileno sonríe ligeramente, tal vez sonríe hacia adentro, sonríe como se sonríe cuando sentimos pánico pero sonríe.

No puedo cortarte el pelo, porque no traemos tijeras, recuérdame eso para mañana, unas tijeras para cortarles el pelo a los chilenos que nos toque asaltar, porque de ahora en adelante vamos a asaltar a puros chilenos, hemos sido injustos, hemos asaltado a muchos argentinos y solamente a este chileno de la chingada, de ahora en adelante nos haremos especialistas en chilenos de pelo largo, tengo un cuchillo pero no se puede cortar el pelo con un cuchillo, los cuchillos son para cortarles los huevos a los pinches chilenos, tu novio tiene huevos pero los que tienen huevos a veces los pierden, nomás dile que ya no tenga huevos, porque por tener huevos estuve

a punto de querer cogerte, argentina, y si no te cojo no es porque no me gustes, que estás bien buena, de todas las argentinas que he conocido eres la que está más buena, pero ahora ando trabajando y cuando cojo no trabajo porque si mi trabajo fuera coger sería un puto y aunque no me ves la cara tú sabes que no soy un puto, y me gustaría que me vieras la cara pa que te dieras cuenta que soy un ratero hermoso que además sabe cortar el pelo aunque no trae tijeras y con el cuchillo no puedo cortártelo, chileno, te puedo cortar la verga pero la necesitas para cogerte a la argentina, y con esta pistola tampoco puedo cortarte el pelo o quizás sí, pero perdería las balas y las necesito por si te vuelven los huevos y ahí sí que me cogería a la argentina, después de matarte a ti, chileno, me cogería a tu novia, porque no pensaba matarte pero te mataría y no pensaba cogérmela pero me la cogería, porque está realmente buena, porque está para el mejor teibol del DF, yo te elegiría, argentinita, cuando vaya de putas pediré a la que más se parezca a ti, argentinaza.

El conductor le pregunta a la argentina si es de Boca y aunque parecía más conveniente decir que sí, ella, que es de Vélez, prefiere decir la verdad. Con el chileno no hay problema, es de Colo-Colo, que es el único equipo chileno que los rateros conocen. Les preguntan después por Maradona y la argentina responde algo y el conductor dice un disparate, dice que Chicharito Hernández es mejor que Messi, y enseguida les preguntan a qué equipo le van en México y la argentina dice que no entiende mucho de fútbol —es mentira, porque entiende bastante, entiende bastante más que ese pobre ratero que cree que Chicharito es mejor que Messi, y el chileno en vez de refugiarse en una mentira parecida se pone nervioso y piensa intensamente, durante un segundo largo, si los rateros son de los Pumas o del América o del Cruz Azul o tal vez de las Chivas de Guadalajara, pues ha oído que también en el DF muchos le van a las Chivas, pero decide al final decir la verdad y responde que le va al Monterrey porque ahí juega el Chupete Suazo, y al conductor no le gusta el Monterrey pero le encanta el Chupete Suazo y entonces dice, dirigiéndose a sus compañeros, no los matemos, en homenaje al Chupete Suazo vamos a perdonarles la vida.

Quién es el Chupete Suazo, pregunta el chileno dos, que seguramente lo sabe pero se siente obligado a demostrar que no le interesa el fútbol. Debería responder el chileno uno, pero el español sabe bastante de fútbol y dice que es un centrodelantero chileno que parece gordo y lento pero no lo es, que juega en los Rayados y que tuvo un paso exitoso cedido al Zaragoza, pero regresó a México

porque los españoles no tenían los euros que costaba su fichaje. El chileno dos responde que a él le pasa lo mismo, que en verdad es flaco pero la gente piensa que está gordo.

El chileno uno y la argentina siguen muy cerca, pero de forma prudente, pues aunque todos saben o intuyen que están juntos de todas maneras fingen y desarrollan una estrategia para que no los descubran, y no es exactamente por pudor sino por desesperanza, o quizás porque ya pasó el tiempo en que las cosas eran tan simples como estar juntos o no, o quizás todo sigue siendo así de simple pero no han querido enterarse, y es bastante absurdo que no vivan juntos porque duermen juntos, porque leen y trabajan juntos, porque comen y duermen juntos —casi siempre es él quien se queda a dormir con ella, pero también a veces la argentina se queda en el departamento que el chileno comparte con la chica ecuatoriana. Lo que el chileno y la argentina desean es estar solos, pero la noche se alarga en el rastreo de detalles que no recordaban y que al recordarlos les proporcionan una nueva y renovada complicidad. Finalmente él dice que va al baño y se mete a la habitación de la argentina, quien se queda un rato más en el living y al cabo se retira.

Ella toma una ducha larga y lo obliga también a tomar una, para sacarse de encima el secuestro, dice, pensando en los manoseos de que fue objeto, manoseos en todo caso mínimos, ella lo agradece, de hecho eso les dijo a los rateros cuando se bajó del auto: gracias. Eso ha dicho ella muchas veces esta noche: gracias, gracias a todos. Al español que los acogió, al chileno que los ignoró pero que en alguna medida también los acogió. Y a los rateros, de nuevo, no está de más volver a decirlo: gracias, porque no nos mataron y la vida puede continuar.

También le da las gracias al chileno uno, mientras se acarician sabiendo que esta noche no harán el amor, que van a pasarse las horas muy juntos, peligrosamente juntos, solidarios, conversando. Antes de dormir ella le dice a él gracias y él responde a destiempo pero con convicción: gracias. Y duermen mal, pero duermen. Y siguen hablando al día siguiente, como si tuvieran toda la vida por delante, dispuestos al trabajo del amor, y si alguien los viera de fuera, alguien impertinente, alguien que creyera en esta clase de historias, que las coleccionara, que intentara contarlas bien, alguien que los viera y creyera todavía en el amor, pensaría que van a seguir juntos muchísimo tiempo.

Introducción a la tristeza futbolística

I

Era, para nosotros, la única forma de tristeza masculina perceptible. Vivíamos en un mundo de mierda, pero lo único que parecía afectar a los hombres era un resultado adverso en el partido del domingo. Del mismo modo que las dos o tres horas posteriores a un triunfo eran propicias para pedirles permiso o dinero, cuando nuestros padres sucumbían a la tristeza futbolística todos sabíamos que era mejor dejarlos lidiar a solas con la derrota. Amurrados y convalecientes, esas noches los hombres se volvían aun más lejanos, porque hacían cosas inusuales, como mirar por la ventana con severa impotencia hacia la calle vacía o tararear «Me olvidé de vivir» mientras lustraban sus zapatos frenética, interminablemente. Pero no tiene gracia juzgarlos ahora. Es demasiado fácil. Por lo demás, ese romanticismo ha pervivido en nosotros. Es un hecho que seguimos experimentando la tristeza futbolística; ha cambiado de forma, pero sigue viva, tal vez más viva que nunca.

II

Hubo un tiempo ya remoto en que no me interesaba tanto el fútbol, aunque igual me gustaba ir al estadio. Lucía con orgullo mi banderita y mi jockey de Colo-Colo, y lo pasaba bien mirando el enérgico precalentamiento de los suplentes, o los tímidos pasitos de baile de los árbitros, o la gallarda cabellera al viento de Severino Vasconcelos. O las maromas heroicas de los vendedores de café, que circulaban con destreza entre la muchedumbre con sus enormes termos colgados del

cuello. Lo que sucediera con la pelota, sin embargo, me daba más o menos lo mismo. Se me hacía difícil comprender la semejanza entre las intensas y desordenadas pichangas que jugábamos en el pasaje y el monótono deporte que presenciábamos en el estadio, sobre todo por la ausencia casi absoluta de goles. Tengo la impresión de haber asistido por entonces a muchísimos empates a cero.

Para ver los partidos en relativa paz, nuestros padres no tenían más remedio que empalagarnos con helados, cocacolas y maní confitado. Llevarnos al estadio era un error, una pésima idea, pero también una apuesta, una inversión a corto o a mediano plazo, porque nuestros padres sabían que en algún momento nos distraeríamos de nuestras distracciones, finalmente abducidos por la entrañable lentitud futbolística.

En mi caso esto sucedió pronto: a los siete años ya era yo, en plenitud, un fanático empedernido. Un fanático de Colo-Colo, como mi padre. Hubiera sido genial que me gustara el equipo enemigo u otro equipo cualquiera. No se me ocurre ahora una forma más económica de matar al padre, mucho más efectiva que la manoseada rebeldía grunge o el lacerante gritoneo político que vinieron después. Conocía algunas historias de niños disidentes: de forma misteriosa, aduciendo motivos poco serios, banales, como lo bonita que era la camiseta de Universidad Católica, conseguían torcer la trama, y a esos padres estafados y perplejos no les quedaba más remedio que convivir a diario con el enemigo.

No está claro que hayamos, en propiedad, elegido un equipo de fútbol. Para muchos de nosotros ese aspecto de la herencia paterna fue el único que nunca cuestionamos. Y aunque estuviéramos peleados a muerte con nuestros padres, la posibilidad de sublimar los problemas y ver un partido juntos nos proporcionaba cierta dosis razonable de esperanza familiar, una tregua momentánea que al menos nos permitía sostener la ilusión de pertenencia.

III

Mi relación con el fútbol no es literaria, pero mi vínculo con la literatura sí tiene, en cierto modo, un origen futbolístico. Mis mayores influencias como escritor no fueron la gigantesca novela de Marcel Proust ni los imperecederos poemas de César Vallejo o de Emily Dickinson o de Enrique Lihn, sino las transmisiones radiales de

Vladimiro Mimica, el locutor de Radio Minería. Ninguna lectura fue para mí tan decisiva como la elegante prosa hablada del famoso cantagoles. Incluso grababa los partidos y me echaba en la cama a escucharlos para disfrutarlos en un sentido meramente musical. Gracias a su amable mediación, hasta los partidos más tediosos o anodinos parecían memorables batallas épicas.

La voz de Vladimiro era sinónimo de alegría futbolística, pero también, más de una vez, volví a escuchar sus relatos de dolorosas derrotas inmerso en el pensamiento mágico de que la grabación no repetiría la realidad sino que crearía una nueva, no demasiado distinta ni esplendorosa, un mundo quizás igual de atroz pero en el que al menos mi equipo ahora sí ganaría. Se ve que ya padecía entonces de tristeza futbolística crónica.

Mientras que en casa y desde luego en el colegio estaban prohibidos los garabatos, en el estadio gozaba de licencia para expresarme a chuchada limpia. Hubo un tiempo en que pasaba todo el partido insultando a los oponentes y a la terna arbitral. Pero los garabatos pierden gracia cuando están oficialmente permitidos. Como solíamos ir a las sesiones dobles del Estadio Santa Laura, prefería dedicarme a relatar a voz en cuello el partido preliminar. Durante la semana, sentado en el último banco, estudiaba el álbum de figuritas del fútbol chileno procurando memorizar las alineaciones de todos los equipos y por lo general no cometía errores, de manera que, salvo algún reclamo aislado, a nadie parecía molestarle mi performance. Mi trabajo en esa emisora inexistente terminaba, sin embargo, cuando Colo-Colo salía a la cancha para jugar el partido de fondo. Entonces me transformaba en un hincha más, preocupado e irascible, que veía el partido con los dientes apretados, en estado de tensión absoluta.

IV

Los especialistas coinciden en que el grado de tristeza futbolística es inversamente proporcional a las expectativas. Tal vez esto suena obvio. Bueno, es obvio, además que no parece un postulado privativo del fútbol, pero igual está bueno ponerle color.

En el caso de quienes somos hinchas de los llamados equipos grandes, las expectativas son siempre demasiado altas: exigimos que nuestro equipo gane, guste y golee todas las semanas, de manera

que incluso una victoria estrecha tras un mal partido puede provocarnos alguna dosis de tristeza futbolística. Ese triunfalismo es desagradable: somos como esos padres que en vez de felicitar y mimar a sus hijos por haber obtenido una buena nota les dicen que únicamente han cumplido con su deber. La situación de hinchas, de fanáticos, se vuelve asfixiante, y por eso disfrutamos tanto los partidos en que ni siquiera llegamos a identificarnos ligeramente con alguno de los dos equipos en disputa. Nos sentimos casi budistas frente a la tele, por fin capaces de descansar de nosotros mismos y apreciar realmente el juego.

Sospecho que todos los hinchas de equipos grandes en algún momento de la vida fantaseamos con la posibilidad de cambiarnos de equipo. Era una tentación razonable, redentora, ahorrarnos esa pesada obligación de ganarlo todo, para saborear, en cambio, los triunfos parciales, discutibles, de un equipo chico: mantenernos en primera división, robarles unos puntitos a los grandes, perder con dignidad después de dejarlo todo en la cancha, o perder inapelable y humillantemente pero tras propinarle una ensalada de sanguinarias chuletas a las mucho mejor pagadas estrellas del equipo contrincante. Hay quienes dieron ese paso voluntarioso, que para la amplia mayoría de nosotros, sin embargo, quedó nada más que como un disparate vergonzante, casi siempre inconfesable. A partir, sobre todo, de cierta edad, en mi caso muy temprana, cambiarse de equipo es simplemente imposible.

V

No era necesario cambiarse a un equipo chico, en realidad: la Selección chilena era nuestro equipo chico. Antes de que Marcelo Bielsa y la «generación dorada» nos malacostumbraran a soñar con un futuro esplendoroso de campeones mundiales, la Selección había sido casi siempre ese equipo destinado al fracaso que de vez en cuando, sin embargo, nos permitía coquetear, desde una distancia decorosa, con la gloria. «El equipo chileno juega bien / Pero la mala suerte lo persigue», escribió por ahí Nicanor Parra, y esa era casi siempre nuestra sensación. De cualquier manera, cuando jugaba Chile, nuestro país quebrado y dividido parecía momentáneamente reconciliado. Suspendíamos, de hecho, nuestras diferencias; disfrutábamos del fútbol de forma colectiva, aunque más que

disfrutar la cosa consistía en aquilatar un sufrimiento común que para mi generación incluyó el trauma del Cóndor Rojas y su lamentable montaje en la cancha del Maracaná, rápidamente descubierto y sancionado por la FIFA con un castigo de por vida a Roberto Rojas y la marginación de Chile de las clasificatorias al Mundial siguiente. El concepto de tristeza futbolística queda corto para resumir lo que sentimos esos años.

Las penurias del equipo chico nacional fueron compensadas por el triunfo de Colo-Colo en la Copa Libertadores de 1991. Pero cuando pensábamos en el equipo chico volvía la depresión. A mediados de los noventa, matizamos el ostracismo gracias a los triunfos de Iván Zamorano en España. Había ahí una perversión, de pronto el fútbol dejaba de ser, para nosotros, un deporte colectivo: Chile entero se paralizaba para ver los partidos del Real Madrid y si Zamorano metía algún gol echábamos la casa por la ventana. Y cuando era sustituido —para nosotros siempre injustamente—, la suerte del Real Madrid nos importaba una soberana raja, aunque seguíamos pegados a la tele para deseales mala suerte a los delanteros que intentaban ase-rucharle el piso.

VI

Interrumpo este ensayo para transparentar un episodio vergonzoso, que me invalida como hincha y acaso como persona: durante casi dos años fingí que no me gustaba el fútbol.

Mi única excusa, legítima pero pobre, es la juventud. Tampoco el amor funciona como atenuante —todo empezó en pleno cortejo, la cosa iba bien, Anastasia y yo llevábamos horas en un paseo sin rumbo, que en realidad era un mero rodeo dilatorio, ambos sabíamos que la jornada terminaría en los ansiados primeros besos y manoseos, en la semioscuridad de alguna plaza tranquila, ya sin niños metiches ni esos jubilados que recurrían al truco barato de alimentar a las palomas para dar rienda suelta a su desvergonzado voyerismo.

—A ti no te gusta el fútbol, ¿cierto?

Eso me preguntó Anastasia. Había una especie de ruego implícito en su voz, o eso creí advertir.

—Por supuesto que no.

Mentí por instinto, pero también por costumbre. Anastasia, en cambio, no mentía nunca. Era demasiado, tal vez innecesariamente

honesto, eso lo supe con certeza después, pero empecé a saberlo esa misma noche, cuando me habló de su novio anterior, un tipo sensacional, eran almas gemelas, los dos conocían de memoria todas las canciones de The Cure, incluso las que no les gustaban, porque en realidad todas les gustaban. Y se sabían también de memoria extensos pasajes de *Sobre héroes y tumbas*, la novela de Ernesto Sábato, hasta habían ido juntos a Buenos Aires a experimentar, a recrear, a recuperar, a *vivir* esa novela. Pero Anastasia nunca había podido acostumbrarse al interés, en su opinión desmedido, de ese novio suyo por el fútbol. Al principio esta pasión exagerada le había parecido un defecto menor, reversible, pero a poco andar había quedado claro que su novio era un caso perdido: semana por medio la dejaba plantada para ir al estadio, y a diario insistía en usar esas metáforas futbolísticas que a ella le resultaban tan irritantes («no hay mejor defensa que un buen ataque», «lo dejamos todo en la cancha», «estamos en los descuentos» eran algunas de las más frecuentes). La pasión futbolística de su novio no fue el motivo oficial ni principal para terminar esa relación, pero sí había influido.

—Uf, a mí, personalmente, el fútbol siempre me ha parecido algo muy estúpido —le dije, con persuasivo cinismo—. ¡Si son nueve imbéciles corriendo detrás de una pelota!

—¿No eran once? ¿Once por lado, o sea, veintidós?

—La verdad, no tengo idea —seguí, inspirado—, soy muy inculto en fútbol, nunca he visto una función de fútbol.

—Un partido.

—Eso, un partido.

Me miró como si yo acabara de decir una cosa genial. Y enseguida lanzó una larga y extraordinaria perorata en contra del fútbol. Sus palabras me dolían, en parte porque, empantanado en el personaje que acababa yo de crear, no podía contradecirla. Me llegaba a doler el cuello de tanto asentir. Traté de abstraerme mirando su pelo recién teñido de un color intermedio entre el rojo y el naranja, o sus dientes casi irrealmente blancos y pequeños, por lo demás muy curiosos, porque estaban como distribuidos en grupos de a dos, con hendiduras bien visibles entre grupo y grupo, como si se los hubiera quitado y vuelto a poner de puro aburrida.

Anastasia hablaba de machismo, de nacionalismo, de barbarie, y sus argumentos me parecían asertivos (en ese tiempo yo pensaba, como tantos PhD y senadores de la república siguen creyendo, que la palabra *asertivo* significaba lo mismo que *acertado* o *certero*).

Su posición resumía lo que casi todos mis profesores y compañeros de la facultad pensaban acerca del fútbol, en especial desde que la violencia en los estadios se había convertido en materia de debate nacional. Yo mismo, después de haber sido escupido por un barrista del equipo rival y cogoteado por otro del equipo propio, había dejado de ir al estadio.

Tal vez por entonces también latía en mí un impulso antifutbolístico ligado a mi arribismo y al deseo de pertenecer a esa comunidad de intelectuales escépticos, críticos y chamullentos que despreciaban el fútbol. Me pasaba un poco lo que me había pasado con la música durante toda la adolescencia: como no eran tiempos propicios para el ahora tan valorado eclecticismo, había sido hippie y luego trasher, new wave, punk y luego de nuevo hippie, con los correspondientes cambios de atuendos, amigos y hasta de costumbres.

VII

Pronto conseguimos, con Anastasia, perdernos en el bosque comentando *La doble vida de Verónica* y la trilogía de los tres colores de Krzysztof Kieślowski, y construimos, con la velocidad urgente del amor intenso, una banda sonora que también consideraba canciones de The Cure — algunas, no todas— y un horizonte abundante de coincidencias literarias que solamente excluía, por razones obvias, *Sobre héroes y tumbas* (creo que llegué a convencerla de que *Abaddón el exterminador* era mejor que *Sobre héroes y tumbas*, aunque nunca estuve seguro de que lo fuera, en realidad hasta el día de hoy no sabría decir si me gusta algún libro de Ernesto Sábato, salvo *El túnel*, que probablemente es el menos bueno pero que a la altura de los doce años me fascinó, y por lo tanto posee el estatuto incuestionable de clásico privado).

No quiero caricaturizar mi relación con Anastasia. Bueno, no tanto, porque a veces caricaturizar es inevitable y hasta aconsejable, pues nos permite perdonar a esas otras personas que fuimos. Aunque a decir verdad quienes deberíamos ser perdonados somos los grandotes insensibles de ahora, capaces de minimizar lo que —esto lo sabemos, pero fingimos ignorarlo— fue enorme y serio y genial. Hablamos del pasado y nos reímos de nosotros mismos como si nunca en el futuro fuéramos a reírnos de quienes somos ahora. Perdón, tampoco quiero latear: iba a decir que con Anastasia muy

rápida­mente construimos una relación de compañerismo absoluto y de vertiginosa confianza, que sin embargo nunca me llevó a sincerar mi romance paralelo con el fútbol.

VIII

Cuando por fin la Selección chilena volvió al concierto internacional para disputar las clasificatorias al Mundial de Francia de 1998 (que en ese tiempo, tal vez para inducir en nosotros un razonable pesimismo, llamábamos *eliminatorias*), Anastasia y yo prácticamente vivíamos juntos, así que tuve que inventar una excusa tras otra para ver los partidos fondeado en algún bar o hundido en el sillón helado de la casa de mis padres. Pero a veces simplemente no conseguía escaparme y me costaba batallar contra la amargura de pasear por el Parque Intercomunal semivacío o de ver alguna inagotable película de Fellini a la hora exacta en que todo Chile apoyaba a la Roja.

Mi peor recuerdo, en este sentido, puedo situarlo, con precisión, la tarde del 16 de noviembre de 1997: setenta mil fervorosas almas repletaban el Estadio Nacional ilusionadas con la probable clasificación de Chile al Mundial de Francia mientras Anastasia y yo, a unas pocas cuadras, protegidos por la semioscuridad de las persianas cerradas, tratábamos de coger.

—¿Qué pasará allá afuera? —pregunté, in media res, mientras el país entero estallaba de alegría celebrando el uno a cero.

—Parece que hay un partido —me dijo Anastasia—. De Chile, de la Selección, de la Roja.

—Debe haber sido un gol de Julián Zamorano —dije yo.

—Iván Zamorano —me corrigió Anastasia.

—Ese, sí, Iván Zamorano.

Mi ardid era doble, pues yo sabía perfectamente que Zamorano estaba lesionado. Mientras los jugadores chilenos dejaban la vida en la cancha, nosotros escuchábamos *Ok Computer* en mi equipo *auto-reverse*. A veces, cuando vuelvo a escuchar ese disco, me sorprende intentando inútilmente recordar o más bien adivinar qué canción de Radiohead sonaba en mi pieza cuando el Chamuca Barrera se lanzó en ese carrerón milagroso que culminó con una definición exquisita, o cuando, unos pocos minutos más tarde, el Matador Salas, con su habitual efectividad, comenzó a pavimentar el camino a la victoria, o cuando, hacia el final del partido, el

cabezazo ganador del Candonga Carreño terminó de asegurar nuestra presencia en un Mundial después de dieciséis años.

IX

Un novedoso concepto futbolístico recientemente introducido por mi hijo es el de *autofoul*, que acuñó espontáneamente una tarde en que, al tratar de pegarle a la pelota, se cayó solo. Justo eso fue mi relación entera con Anastasia: el lamentable y prolongado resultado de un absurdo *autofoul*.

Termino de contar esa historia rapidito. Una mañana, mientras estaba en la ducha, Anastasia revisó mi ropa y encontró mi camiseta de Colo-Colo. Debí más bien enojarme y preguntarle por qué trajo mis cosas, pero me sentí delatado. Le expliqué que mi padre me la había regalado para un cumpleaños y que, a pesar de mi difícil relación con él, esa camiseta tenía un valor sentimental. Ella recordó una camiseta de la Católica que le había regalado su ex novio y lo echamos a la broma. Debí entender ese incidente como una advertencia o como un presagio de lo que vendría.

—Tú sabes bien por qué —me dijo Anastasia, unas pocas semanas después, cuando terminó conmigo.

He notado que actualmente en lugar de decir *terminó conmigo* los jóvenes dicen *me terminó*, y me encanta esta nueva fórmula, porque eso sentí entonces: que ella me terminaba, me liquidaba, me aniquilaba. Que me sacaba las pilas, que me desenchufaba y me cortaba el cable y me guardaba en una caja en el entretecho para siempre. Luego supe, gracias a la indiscreción de unos amigos en común, que mis continuas ausencias y excusas la habían hecho concluir que yo tenía una amante o varias amantes. Yo nunca le había sido infiel, pero me costaba argumentar, porque de hecho llevaba una doble vida. Lo pasé muy mal, sobre todo cuando me enteré, de nuevo gracias a esos amigos copuchentos, que apenas dos semanas después tenía un nuevo novio. Insistí durante meses para que nos juntáramos, quería al menos aclarar las cosas. Me costó conseguir que aceptara verme.

—Mi novio está arriba, en mi pieza —me dijo la mañana en que volvimos a vernos, supongo que para humillarme.

—Yo solamente quiero que sepas la verdad —le dije, y quizás alcancé a imaginar un redoble de tambores antes de soltar las frases siguientes, que deben haber sonado perfectamente idiotas—. Lo que

pasa es que me gusta el fútbol. Me gusta mucho el fútbol. Siempre me ha gustado. A veces incluso sueño que meto goles en estadios repletos de gente. Goles extraordinarios. Acrobáticos. Memorables. Esa es toda la verdad.

Ella me miró estupefacta, con el desprecio congelado en la cara. Yo seguí hablando de cuánto me gustaba el fútbol y le aseguré que todas esas veces en que ella había creído que la engañaba estaba yo viendo algún partido, con mis amigos o con mi padre.

—¿Con tu padre? ¿No era que no hablabas con él hace años?

—Eso te dije, para distraerte. Es cierto que no hablamos mucho. Vemos los partidos, los comentamos y ya.

—Es la excusa más inconsistente que podrías haber inventado. ¿No se supone que quieres ser escritor?

—Es que...

En ese momento, el novio apareció en el living para marcar el final de la visita. Volví a verlo muchas veces, casi todas las semanas me lo encontraba en el puestito de tomates podridos y lechugas rancias donde ambos comprábamos marihuana. Lo saludaba, claro, yo siempre saludo, y él también a mí, alzaba las cejas con alegre desgano. Después supe que era hinchas de la U, pero cada día se vestía con la camiseta de un equipo de fútbol diferente: Real Madrid, AC Milan, Manchester United, Inter de Porto Alegre, San Lorenzo de Almagro. Era uno de esos hinchas globales que emergieron por entonces y que hoy es habitual encontrarse en vinotecas, cicletadas, festivales de música y tiendas de vinilos. Tengo que reconocer que con todas las camisetas se veía bien.

Aprendí la lección, o quizás mi estupidez fue cambiando de forma con los años. Luego tuve la suerte de que el fútbol dejara de ser, para mí, una instancia exclusivamente asociada a lo masculino. No lo merecía, pero el destino me premió con dos amigas futboleras y alboadictas, gracias a las cuales comprendí que la pasión futbolística no era, en lo absoluto, privativa de los hombres. Con ellas volví a ir al estadio, primero en los extraordinarios años del Colo-Colo tetracampeón de Claudio Borghi y luego en la gloriosa temporada del Chile agrandado de Bielsa y sus muchachos.

Después empecé a irme de Chile, y aunque el fútbol nunca pasó a segundo plano se convirtió en una experiencia casi puramente televisiva y solitaria. Adopté, incluso, la costumbre de ver los partidos haciendo bicicleta estática, como jugando una especie de Wii análogo. A veces todavía lo hago: si el Pibe Solari tiene que acelerar hasta

ganar la línea de fondo, yo pedaleo más rápido, y si es el momento de que el Colo Gil o Vicente Pizarro administren tranquilamente el juego, desacelero.

X

De todos los programas televisivos disponibles, el único que no se rige por los imperativos de información ni de entretenimiento es el fútbol. Los relatores y comentaristas pueden pasarse los noventa minutos hablando de lo malo que está el partido y ni se les cruza por la mente la posibilidad de perder audiencia, porque de hecho esa posibilidad no existe. Los televidentes del fútbol somos público fiel, cautivo, y seguiremos ahí, hipnotizados, o en el peor de los casos arrullados por la ausencia de acción. Y ni siquiera los ronquidos propios ni la sospecha de que durante los minutos que hemos dormitado el partido ha seguido igual de fome nos llevan a cambiar de canal o a apagar la tele.

Hay cierta belleza en estas escenas de aburrimiento honesto, sobrio. Pero las transmisiones televisivas son siempre un poco redundantes. Mientras los locutores radiales son poetas que avanzan con admirable velocidad de metáfora en metáfora, o diestros narradores clásicos, con estilos reconocibles y hasta estudiables, capaces de *hacer conocido lo desconocido* mediante apenas un par de pinceladas, los relatores televisivos de fútbol están condenados a repetir lo que estamos viendo, lo que ya sabemos. Es un oficio difícil, aunque quizás es aun más difícil el oficio de los comentaristas, con quienes rara vez estamos de acuerdo. Salvo cuando se trata de futbolistas retirados que en el pasado quisimos o respetamos, los comentaristas reciben siempre nuestro invariable y tal vez desmedido e injusto desprecio.

Eso me pasaba, en especial, con el periodista deportivo Felipe Bianchi: estaba siempre en desacuerdo con sus comentarios, incluso cuando estaba de acuerdo inventaba yo algún matiz para disentir. Luego, por una serie de azares, tuve el placer de conocerlo, y mucho: me pareció un tipo agradable, cálido, compasivo, generoso, a veces inesperadamente tímido. Más temprano que tarde nos hicimos amigos, de manera que cuando me lo encontraba en la tele comentando un partido o instalando debates en el noticiero, intentaba recitarme a mí mismo esa retahíla de virtudes, pero no había caso: volvía

a caerme como patada en la guata. Y eso que eran los años de Bielsa y de Sampaoli, cuando la Selección casi siempre ganaba.

Cuento todo esto para llegar al momento en que, por una nueva suma de azares, vivíamos los dos lejos de Chile y nos juntábamos a ver los partidos de la Selección en la Copa América Centenario. Qué mejor que ver el fútbol con un amigo querido, los dos muy nerviosos. Tomábamos algo, picábamos unos quesos, poníamos la tele, todo bien, pero de vez en cuando Felipe soltaba algún comentario por supuesto pertinente e inteligente y yo no podía evitar contradecirlo y a veces simplemente lo hacía callar. A riesgo de ser descortés, me costaba muchísimo desaprovechar la oportunidad de hacer callar al comentarista de la tele, aunque ya no fuera el comentarista de la tele sino un amigo piadoso que llegaba con cervezas belgas y formidables cigarros raros. A pesar de su fama de fiero y su bien ganada reputación de polemista, Felipe, curiosamente, aceptaba mi displicencia o mi mala educación, tal vez porque reconocía en mí el mismo propósito que lo había llevado a él a convertirse en comentarista deportivo: callar al comentarista deportivo.

XI

Mi llegada a México coincidió más o menos con la del Mati Fernández al Necaxa, lo que tomé como una elocuente señal amistosa de Nuestro Señor Jesucristo. Durante el año y medio que el Mati jugó ahí seguí su digna campaña con la fidelidad de siempre, y cuando se fue intenté de verdad que me siguiera gustando el Necaxa, pero pronto tuve que aceptar que veía los partidos sin tanto interés o con el interés promedio con que veo cualquier partido de cualquier liga de cualquier país del mundo.

La liga mexicana es superior a la chilena en casi todos los aspectos, pero a partir de cierta edad —en mi caso los cuarenta y dos años exactos— es imposible apasionarse por un fútbol distinto del propio. El fútbol es más idiosincrático de lo que creemos. Si pasan un partido de los Pumas con las Chivas de Guadalajara, yo lo veo y lo disfruto en apacible clave zen, pero si a la misma hora juegan, por ejemplo, Ñublense con Antofagasta, no dudo en sintonizar la liga chilena. Quizás la mera certeza de que lo que veo en la pantalla del computador está sucediendo en Chile me reconforta. O en el fondo sigo queriendo aprenderme de memoria las alineaciones de

todos los equipos del fútbol chileno. Tal vez más adelante, ante el eventual interés en el fútbol de mi hijo, consiga vibrar con el fútbol mexicano. Pero no sé si quiero que a él le guste el fútbol.

XII

Durante los primeros dos años de vida de mi hijo me perdí muchísimos partidos de mi equipo, casi todos. La parte de mí que quería prender la tele y echarse en la mecedora a ver el fútbol con mi guagua perdía siempre por goleada ante la parte de mí que le cantaba canciones de cuna o lo paseaba en carriola por el Parque España. Hace poco más de un año, sin embargo, la pésima campaña que tuvo a Colo-Colo contra las cuerdas me llevó a negociar con holgada anticipación los turnos parentales con tal de poder presenciar en tiempo real cómo mi equipo conservaba la dignidad o se iba a la mierda: Colo-Colo podía dejar de ser un equipo grande y sus hinchas sufríamos como nunca antes en la gloriosa historia de la institución.

Después de uno de esos partidos horribles, mi hijo me miró como se mira a alguien que se ve distraído o ausente.

—Estoy triste porque el Colo perdió y capaz que se vaya a segunda —le expliqué.

La frase, para él más o menos incomprensible, se le quedó grabada y agarró la costumbre de decirme a cada rato, en el mismo tono exageradamente dulce en que yo lo consuelo a él, que no me preocupe, que todo saldrá bien, que muy pronto Colo-Colo volverá a ganar, con goles de John Lennon y de Frida Kahlo y de Batman y de Robin Hood. (No he querido aclararle esta confusión; tal vez el mundo sería menos injusto si en lugar del inútil de Robin el compañero de Batman fuera Robin Hood).

Así como mi vocación literaria se relaciona con el fútbol, la vacilante educación futbolística de mi hijo tuvo, en cierto modo, un origen literario. Una mañana se me ocurrió hacerle escuchar «Poetas Vivos versus Poetas Muertos», el genial partido inventado por el poeta Mauricio Redolés en su disco *Bailables de Cueto Road*, que termina con una goleada de Poetas Muertos por ocho a dos, con una memorable actuación del debutante Jorge Teillier. Gracias a Redolés pude recuperar mi afición locutora narrándole a mi hijo partidos igual de irreales: Animales del Mar versus Animales Terrestres, Dinosaurios versus No Dinosaurios, Los Beatles versus Los Bunkers, Dedos de las

Manos versus Árboles & Flores, Humitas versus Tamales, Meses del Año versus Volcanes de Chile, etcétera.

Hasta entonces mi hijo consideraba la pelota como un juguete más, de curiosa forma esférica pero juguete al fin y al cabo, de hecho insistía en guardarla en el canasto de los peluches, pero esos relatos allanaron el camino. Comenzaron así en el patio unas pichangas rarísimas, pues para mi hijo el verdadero juego consistía en decir y hacerme decir palabras como *travesaño*, *amague*, *gambeta* o *rabona*, y conjugar verbos nuevos como *burlar*, *birlar* o *eludir*, y recurrir a fórmulas como *tuya mía para ti para mí* (una de las muletillas clásicas de mi querido Vladimiro Mimica) o *pelota en la red pelota en la red mató mató mató* (gentileza de la infatigable garganta de Ernesto Díaz Correa) o *no diga gol, diga golazo* (un remate panhispánico que en nuestra versión se vuelve eterno porque de *golazo* derivamos a *golazazo* y *golazazazo*, y así).

La única vez que vimos un partido —uno especialmente malo, la final de la Eurocopa entre Italia e Inglaterra— mi hijo partió muy entusiasmado, saltaba en la cama y celebraba con ráfagas de su recién adquirida exuberancia verbal todos los movimientos de los jugadores, pero a los pocos minutos se quedó quieto y me dijo al oído, en el tono hermoso de un secreto, como hace cuando quiere enfatizar que habla en serio:

—Papá, la verdad es que no entiendo mucho de fútbol. ¿Qué está pasando?

Era un partido aburrido, nada más, le expliqué. Pero no quise decirle que la amplia mayoría de los partidos son así de aburridos.

XIII

—¿Por qué le pusiste Anastasia? —me pregunta mi esposa.

Tardo un par de segundos en entender que cree que Anastasia no existió, que la estoy inventando.

—Porque así se llamaba.

—¿En serio? ¿Como la princesa rusa?

—Sí —le digo.

—Yo pensé que era una metáfora.

—De qué.

—De mí.

Dice que le gusta mi cuento. Le digo que es un ensayo. Dice que le gusta mi ensayo en un tono que evidencia que cree que es un

cuento y que no le gusta tanto. Le pregunto qué es lo que no le gusta. Me dice que le gusta todo, salvo lo del fútbol. Me dice que le gustan mucho algunos chistes y que otros no los entiende, pero entiende que son chistes. Me recomienda que invente que me he vuelto un fanático del fútbol femenino. Le digo que no tendría que inventarlo porque de hecho seguí la campaña entera de la Selección chilena femenina en el Mundial de Francia 2019.

—Nómbreme cinco jugadoras.

—Christiane Endler, Carla Guerrero, Javiera Toro, Francisca Lara, María José Rojas. Ahí tienes cinco. Y seis, Yessenia López. Y siete, Rosario Balmaceda...

Cree que invento esos nombres. Le hablo de la angustiada eliminación, del penal en el travesaño de Francisca Lara que pudo ser el tres a cero que hubiera significado el paso a octavos de final.

Nos subimos al auto. Mi esposa conduce, pensativa; yo voy atrás, con el niño. Últimamente, con mucha frecuencia, mi hijo se enoja cuando se siente fuera de la conversación («¡no platiquen!», nos implora), pero ahora nos escucha con atención, como si intentara comprender, desde un punto de vista filosófico, nuestro debate. Quizás no nos escucha. En realidad mira los árboles, quizás eso es lo que intenta comprender o descifrar o absorber: el colorido enigma de unas jacarandas que con la ventolera mueven las ramas como saludando o como pidiendo clemencia. O la atmósfera de esa esquina de generosos malabaristas e inconversables limpiadores de vidrios donde aguardamos con paciencia mientras dura una larguísima luz roja.

—Habla de fútbol femenino, pero sobre todo habla de la violencia, de los intereses económicos de los grandes grupos, de la competitividad absurda de los vatos, de los machos. Puedes meter todo eso desarrollando más las objeciones de Estefanía.

—Anastasia —puntualizo.

—Pero Estefanía es un nombre más bonito.

—Pero se llamaba Anastasia.

—Bueno, haz que Anastasia sea más consistente. No me creo mucho a ese personaje. Hazla más seria.

—Pero si era así. Y me quedó seria, yo encuentro.

—Hazla más seria.

—Es que mi cuento no es tan serio.

—Tu ensayo.

Mi ensayo no es serio. O sí, pienso luego: es muy serio. La tristeza es un asunto muy serio. Salvo un futbolero tío hípster que suele circular por la ciudad con su camiseta del Barcelona, todos en la

familia de mi esposa se declaran fans de los Pumas de la UNAM. Pero me parece que mi hijo capta que son hinchas de cartón. Para ellos el fútbol no es importante ni mucho menos interesante. En cuanto a mi esposa, una mañana, en el patio de su primaria, recibió tres pelotazos consecutivos en plena cara. Asocia el fútbol, desde entonces, únicamente con la posibilidad de recibir pelotazos y por lo mismo se mantiene cautelosamente al margen de nuestras pichangas.

—¿Y ya terminaste tu ensayo? —me pregunta esa misma noche, mientras intenta tocar una canción de Belle & Sebastian en la guitarrita roja de nuestro hijo.

—Falta el final, pero no voy a escribirlo todavía.

—¿Por qué?

—Voy a escribirlo en un par de semanas, cuando sepamos si vamos o no al Mundial de Qatar.

—Ojalá que no vayan, ese lugar es una pinche masacre, es uno de los países más injustos del mundo. ¿México va?

—México siempre va —le digo—. La tiene fácil, la clasificatoria de la Concacaf es...

—¡Pero si Chile nos ganó siete a cero!

—Sí, pero hace como cinco años. Ahora todo ha cambiado —le digo, compungido.

XIV

Escribo estas últimas líneas en el teléfono mientras mi hijo toma su clase de fútbol. Fue idea de su madre, dice que no quiere que el niño vaya por el mundo con miedo perpetuo a las pelotas voladoras. En la clase de hoy hay cinco niñas y tres niños, contando a mi hijo. Por primera vez les permiten jugar sin mascarillas, así que por fin veo sus caras, sus sonrisas plenas, aunque de pronto lucen enternecedoramente concentrados en las instrucciones de una profesora dulce y energética, vestida con la camiseta oficial de los Pumas. Como la clase sigue un sistema de asimilación gradual, por ahora parece cualquier cosa menos una clase de fútbol: juegan a la ronda y al pillar, saltan adentro y afuera de unos hula-hulas, corren sin orden ni concierto ondeando unas cintas. Hay un par de arcos, pero los usan solo para jugar a guarecerse de una lluvia imaginaria (cuando la lluvia es real, por supuesto, la clase se suspende). La cancha está

repleta de pelotas livianas y multicolores, que los niños patean felices, directo a cualquier parte.

Mientras los veo correr y saltar, desentendidos de toda idea de competencia, pienso en el tiempo en que yo asistía a la Escuela de Fútbol de Cobresal, sucursal Maipú, donde me destaqué como uno de los suplentes con menores chances de titularidad. Supongo que los profesores intentaban no destrozar tan tempranamente nuestros sueños, pero no había caso de que me dieran más de dos o tres minutos, y siempre al final de cada partido. Por eso hasta el día de hoy me identifico con los jugadores que ingresan en los descuentos para puro hacer tiempo. Volvía a casa desolado, rumiando en silencio la derrota no del equipo sino solamente mía, y siempre inventaba que me iba bien, que pronto conseguiría ser titular.

Pero esa era otra forma de tristeza futbolística, por supuesto, que da para otro ensayo u otro cuento. En cuanto a la tristeza futbolística de nuestros padres, tan distinta aunque a veces tan similar a la tristeza futbolística de quienes ahora somos padres y por lo tanto asistimos a la recreación constante de nuestra infancia; en cuanto a esa tristeza, digo, tras releer estas páginas, descubro y admito que he sido tremendamente injusto. Lo que nuestros padres sentían al ver ganar al equipo de sus amores no era exactamente alegría, sino una especie de tristeza apenas atenuada. Quiero decir: nuestros padres estaban tristes, claro que sí, todos los minutos de todas las horas de todos los días estaban tristes, y la victoria era apenas una tregua, un paliativo, una cortesía, un engaño; un indicio exiguo que les permitía transitoriamente creer que no todo era tan terrible. Por lo demás, la tristeza futbolística los humanizaba, demostraba que eran falibles e infantiles, como nosotros entonces, como nosotros ahora. Me parece que a eso apunta el doctor D. Zíper con este bello postulado: «Si el fútbol es el problema, la infancia es la solución».

Ah, sí: anoche la Selección chilena quedó nuevamente eliminada de un Mundial. Todo el mundo lo supo, todo el mundo lo sabe. No voy a hablar de eso ahora. No quiero hablar de eso ahora. No quiero hablar de fútbol nunca más.

Jennifer Zambra

Si hubiera nacido mujer, me habrían llamado Jennifer Zambra. Estaba decidido. Fue casi lo primero que le conté a tu madre, coqueteando en un *diner* de Prospect Heights. En realidad partimos hablando de árboles y migrañas. Y lamentamos la muerte de Oliver Sacks como si se tratara de un familiar o de un amigo en común.

Como capitanes en el centro de la cancha, o como embajadores tímidos de países exóticos, intercambiamos libros de Emmanuel Bove y de Tamara Kamenszain. Durante los primeros minutos no era fácil combatir los nervios, así que leímos apasionadamente los menús, parecía que buscábamos erratas. Y luego pelamos confusos amoríos ajenos que quizás eran propios.

Hasta que por fin nos miramos a los ojos sin demasiadas precauciones. Fue un ruidoso minuto entero de antiguo silencio heterosexual. Arreciaron las confesiones súbitas y la placentera enumeración de filias y fobias. Y esas frases ambiguas que suenan a promesas.

No sé cómo se me ocurrió preguntarle a tu madre su nombre masculino alternativo. Había algún contexto, pero no lo recuerdo. Fue una mala jugada, ahora que lo pienso, tal vez la peor. Por suerte a tu madre la pregunta no le pareció tan rara. Recuerdo que se arregló innecesariamente el pelo, como para dibujarse la sonrisa a la pasada.

—Tú primero —me dijo sabiamente.

Así que me vi de pronto hablando de Jennifer Zambra. En algún momento de la infancia avivé el resentimiento pensando en ese nombre extranjero, inspirado por quién sabe cuál actriz. Mis padres lo eligieron para mí sin calcular que me habría condenado a toda clase de burlas.

Pero me fui encariñando con la escena de mis padres en un departamento de la Villa Portales, de pronto seducidos por el soberbio tintineo de ese nombre fantástico. Acaso mi hermana, entonces de dos años, alcanzó a pronunciar el nombre de su posible sucesora.

Los apellidos son prosa, los nombres poesía. Hay quienes se pasan la vida leyendo la novela irremediable del apellido. Pero en el nombre laten caprichos, intenciones, prejuicios, contingencias, emociones. Y suele ser la única obra que la madre y el padre escriben juntos.

De manera que para su eventual hijo varón mis padres escribieron un poema convencional, que no brillaría ni desluciría en ninguna antología, y para su posible hija mujer otro más atrevido, rupturista y polémico. Un nombre que jugaba con los límites.

Ya en la adolescencia solía pensar en la difícil o solitaria o escandalosa vida de Jennifer Zambra. Y hasta soñaba con ella. La veía jugando frontón en el patio de un liceo vacío. O aburrida como ostra en la Misa de Gallo. O trenzando triunfalmente su espectacular cabellera azabache después de arrancar de todo el mundo.

Pasaba horas decidiendo con cuáles de mis amigos Jennifer Zambra se acostaría y a cuáles preferiría como amigos nomás. Y hasta traté de enamorarme doblemente —en la no y en la sí ficción— de un compañero de curso. Y tal vez lo logré.

Pero también era habitual que me olvidara de ella. O que fingiera que la olvidaba. O que derechamente la negara. Y hasta hubo ocasiones en que me burlé de Jennifer Zambra. Delante de todos y de todas. Me reí de su nombre, de su manera de vestirse, de maquillarse. Recité a voz en cuello fragmentos vergonzosos de su diario de vida únicamente para ponerla en ridículo. Y eso que su diario de vida lo escribía yo.

Qué tontería. Cuesta hacer conversar a las personas que llevamos dentro. Pero se puede. Castigamos la ficción, castigamos los chistes, castigamos los sueños, castigamos la música, castigamos a los personajes con quienes hemos convivido desde siempre. Y al final comprendemos que no somos películas de misterio, somos misterio.

De todo esto conversé con tu madre esa tarde en el *diner*. Debería haber sentido antes el minucioso pánico de estar hablando demasiado. Por suerte el mesero nos interrumpió, aparentemente quería

saber si estábamos bien. Luego tu madre fue al baño y miró su teléfono y nos interrumpió también el mundo con alguna noticia urgente que no recuerdo pero que alteró ligeramente el guión.

—Te toca —le dije pensando que había olvidado mi pregunta.

—Si sé —me respondió.

Fue entonces cuando tu madre pronunció tu nombre, el nombre que ahora es solo tuyo, pero que habría sido el de ella si hubiera sido XY.

—Mis padres estaban tan convencidos de que saldría hombre que ni siquiera pensaron en una lista corta de nombres de mujer —dijo tu madre, como parodiando la pose de una heroína romántica—. Conmigo tuvieron que improvisar, tuvieron que inventarme un nombre a la rápida.

Mientras tu madre le entraba a sus tostadas con canela, yo me concentré en ese nombre que ahora es solo tuyo: en su resonancia, en su belleza. Me gusta tanto pensar que ya nos rondabas en esa cita casi a ciegas. Estoy seguro de que andabas por ahí, agazapado. Postulando a la vida desde el primerísimo flirteo. Dichoso de llenar el formulario.

—Así podría llamarse un hijo tuyo —le dije a tu madre después de una pausa no sé si muy larga o brevísima—. Y así podría llamarse un hijo mío.

Esa segunda frase estuvo de más, quizás también la primera. Porque hay códigos, pues. Tu madre me miró como rogándome que dejara de hablar. Y no fue fácil, dije algunas frases más, pero al final conseguí quedarme callado.

—Podemos caminar al metro —dijo ella enseguida.

No era una pregunta ni una invitación, sino un pensamiento en voz alta. Esperamos la cuenta, la pagamos, en fin, todas esas acciones sucedieron, pero no recuerdo más que la sensación amarga de haber arruinado una tarde espléndida.

—Eres bien intenso —me dijo ya casi al llegar al metro.

No parecía una buena evaluación: dos estrellas de cinco, a lo sumo tres. No supe qué responderle. Siempre tuve este problema crónico del entusiasmo. Eso debí responderle. Pero ella sonreía y me tomó del brazo unos segundos, como apoyándose en mí.

—Me gustaría ser amiga de Jennifer Zambra —me dijo antes de despedirse—. Me late que vamos a ser muy amigas. Más que amigas.

Nos abrazamos, ella bajó al metro muerta de la risa, yo me quedé un rato largo mirando a la multitud. Acababa de oscurecer, el calor amainaba, era una noche perfecta para caminar durante horas. La historia sigue, claro, y se pone cada vez mejor. Después te la cuento bien.

Cogoterros de ojos azules

1

Una vez defendí a mi padre. Físicamente. Una mañana de verano. Un ladrón estaba a punto de patearlo en el suelo.

—Fue en 1990, ¿cierto?

—¿Estás escribiendo sobre mí? ¿De nuevo? ¡Hasta cuándo! —me dice mi padre.

Desde hace algunos meses mi padre llama a mi hijo todas las mañanas de sábado y de domingo. Se ha convertido, inesperadamente, en un abuelo presente, a la distancia: él en Chile, nosotros en México, separados por demasiados kilómetros y casi dos años de pandemia.

Silvestre espera esas llamadas. Siempre despierta entre las seis y las seis y media, y va corriendo a mi pieza, que en realidad es su pieza, porque en algún momento de la noche se pasa a nuestra cama, que para él es la cama de su madre y de él, y yo me voy a la suya, que también es, por lo tanto, un poquito mía.

—¿Ya llamó mi abuelo, papá?

Bostezo con el teléfono en la mano, miro los mensajes, casi siempre hay uno de mi padre que dice «estoy listo». Yo pertenezco a la categoría de los padres que todos los días quisieran dormir una horita más. Mi padre pertenece y siempre perteneció a la categoría de los padres madrugadores. Y encima está en el futuro, por los husos horarios: tres horas en el futuro. Quizás está bien que los padres vivan tres horas en el futuro.

Descorro las cortinas, procuro que entre la luz del día, pero no acaba de amanecer. Mi hijo hace una pila con sus libros y se encarama en ellos para alcanzar el interruptor de la luz mientras parlotea entusiasmado con su abuelo. Aventuran planes inmediatos, perentorios;

va a ser una llamada larga e intensa, siempre es así, hablan al menos una hora.

De lunes a viernes intentamos que Silvestre se vista solo, o favorecemos la ficción de que se viste solo, pero los fines de semana, como si estuviéramos a segundos de salir al aire, lo visto rápido yo mismo, bajamos de inmediato a la sala y equilibrio el teléfono contra la pared, buscando una toma amplia, como de cámara de seguridad. Preparo café e intento echar a andar de un paraguazo el desayuno mientras ellos hablan, pero a veces el teléfono se cae o mi hijo se sale del encuadre.

—Alejandro, por favor, no veo al niño —reclama mi padre al instante, como un cliente que encuentra un pelo en la sopa.

En realidad, en su tono late la autoridad de siempre, pero con un matiz amable: imagino que sabe que estoy ocupado rebanando una papaya o pendiente de las quesadillas. Me acerco a perfeccionar la comunicación, procedo con rápida pericia, como un *roadie* en mitad de un concierto. A veces aprovecho la pausa para decirle algo, para contarle algo.

—No estoy escribiendo sobre usted, papá —le miento.

—¿Por qué no escribes sobre el niño, mejor? Es mucho más entretenido que yo —me dice con toda razón.

—Es que estaba pensando en esa vez, cuando nos asaltaron. Fue en 1990, ¿cierto?

—Sí.

No tuteo a mi padre, nunca lo he hecho. Mi hermana, sí. Durante muchos años no fui consciente de esa diferencia. Pero hay una explicación. En la familia de mi padre todos se tuteaban, mi hermana heredó esa costumbre, pero yo era más apegado a la familia materna, en la que predominaba el *ustedeo*. A veces tratar a mi padre o a mi madre de usted me parece más cálido. Pero no es cierto. Es menos cálido, marca una distancia. Una distancia que existe. Una distancia que cada tanto desaparece y reaparece imprevistamente.

—¿Vas a escribir sobre ese asalto? ¿Una novela entera?

—No, no da para una novela entera.

—Que sea una novela entera, alárgala un poco. ¿Es mi biografía?

—No.

—Yo también voy a escribir tu biografía, vas a ver. Ahí voy a contar toda la verdad.

—¿Y cómo se va a llamar ese libro?

—*Formas de perder a un hijo*.

Esa historia de 1990 es sencilla, quizás su única particularidad es que nunca he podido contarla. O sea, la he contado mil veces, pero solo a los amigos, en medio de esas reuniones largas que ahora extraño tanto, cuando todos lanzábamos anécdotas viejas, desordenadamente. Es una historia de sobremesa que tal vez requiere el característico tono risueño, bienhumorado, en que se relatan las anécdotas sin importancia.

Yo tenía quince años y mi padre...

Saco la calculadora. A ver: mi padre nació en 1948, así que esa mañana de 1990 tenía $1990 - 1948 =$ cuarenta y dos años; no, cuarenta y uno, porque fue en febrero y él nació en agosto.

Mi padre, a los cuarenta y uno, habría considerado humillante recurrir a la calculadora para realizar una operación aritmética tan sencilla. Todavía hoy, a los setenta y tres, acertaría la cifra sin vacilaciones, en menos de un segundo. No daría la impresión de haber realizado un cálculo.

Entonces yo tenía quince años —no, catorce, porque fue en febrero, y yo nací en septiembre. Entonces, a los catorce años, ese verano de 1990, yo también habría hecho el cálculo mentalmente.

El tipo iba a patear a mi padre en el suelo, pero yo me interpose y lo defendí. Le pegué una patada en los cocos al cogotero de los ojos azules. Esa es la historia, en esencia. Quiero contarla de a poco, como quien revisa cuadro a cuadro una jugada polémica. Como quien decide si la pelota da o no en la mano del defensor. Como quien busca un error de continuidad. Las veces que intenté este relato lo hice en tercera persona. Casi siempre pruebo en primera y en tercera. Y también en segunda, como mi novela favorita, *Un hombre que duerme*, de Georges Perec. Al final elijo la voz que me suena más natural, que casi nunca es la segunda persona. Hay algo en esta historia, en cualquier caso, que me hizo intentarla solo en tercera. Quizás porque últimamente me he venido reconciliando con la tercera persona. Y es que todo lo que sucede sucede para todos. Desigualmente, pero sucede. Y a pesar de las asimetrías, de las diferencias, cada tanto siento o presiento que también a mí todo lo que me pasa me pasa en tercera persona.

Durante esas llamadas mi padre y yo hablamos poco, a veces nada, los interlocutores son ellos, mi padre y mi hijo. Si me entrometo, el niño me incluye, ilusionado, pero si advierte que mi intención es, por así decirlo, informativa —si quiero hablar con mi padre, a la pasada, algún asunto serio—, suele enojarse.

Mi padre y mi hijo proyectan viajes a Marte o a Chile, que por ahora son igualmente improbables. Mezclan el español con una lengua inventada que suena como una especie de ruso con acento alemán. Otras veces el juego consiste en improvisar algo que llaman *una reunión*. Son diálogos rápidos, confusos, divertidos, delirantes. Por momentos el chileno profundo y atropellado de mi padre pierde terreno ante el mexicano prístino de mi hijo. Pero se entienden, siempre. Silvestre junta unos cuantos peluches y mi padre también, porque a lo largo de estos años ha parchado la distancia comprando peluches para darle a su nieto cuando finalmente puedan verse. Mi padre se convierte en el coordinador de un pequeño tropel de osos que parecen perros y de perros que parecen osos. Mi hijo se comporta como el carismático líder de una escuadra de vagabundos espaciales.

—¿Quieres saludar a tu abuela?

—Sí.

Esto sucede solo a veces. Solo a veces mi madre participa de esas llamadas. Y por unos minutos, nada más. Mi madre le dice a mi hijo frases tiernas a destiempo. Él la escucha con vacilante curiosidad. Oír la voz de mi madre, ver su cara, de reojo, me emociona, aunque su protagonismo sea breve, poco más que un cameo, porque ella quiere hablar, no jugar, y la llamada consiste en jugar. De pronto se enoja, supongo que fingidamente, cuando escucha que mi hijo y mi padre inventan los platos del Restorán Sucio: Puré de vómito, Sopa de caca, Limonada de pichí, Pastel de mocos, entre otras muchas opciones que Silvestre celebra apasionadamente.

—Horacio, por favor, para —le dice mi madre.

A veces mi hijo se desentiende de la llamada. Se pone a dibujar, por ejemplo, mientras su abuelo le habla. No abandona el juego, dibujar es parte del juego, y tal vez ignorar a su abuelo también. Incluso cuando mi padre se cansa de insistir, mi hijo sabe que la llamada no ha terminado. Me gusta esa forma absurda y hermosa de compañía, ese silencio poblado de acciones. Durante las últimas semanas, desde que me decidí a escribir este relato, esos son los momentos que

he aprovechado para preguntarle a mi padre algunos detalles de esta historia y hasta le he leído algunos fragmentos. Mi padre me escucha con una mezcla de impaciencia e interés verdadero.

4

A mis catorce años, mi padre seguía siendo más alto que yo. Entiendo que se alcanza la estatura definitiva alrededor de los veinte años. En cualquier caso yo era un flaco encorvado y quebradizo, que de seguro no parecía capaz de defender a un padre corpulento, maceteado, deportista. Las manos de mi padre eran y son las de alguien que ha trabajado con las manos. A los siete, a los nueve, a los doce años, mi padre vendía verduras y frutas en la feria de Renca. Sus manos también sirvieron para cortar centros y atajar penales. El cuerpo entero de mi padre ha sido, en general, útil. Y lo habría sido mucho más de no mediar la prematura debilidad de sus ojos.

Quiso hacer el servicio militar, quiso convertirse en carabinero, estuvo a punto de ser el tercer arquero de las divisiones juveniles de Colo-Colo, pero nada de eso resultó, en parte por culpa de sus ojos enfermos. En todas las fotos de su juventud sale con unos lentes poto de botella que le dan a su cara la apariencia de una máscara. Yo heredé una miopía abordable, razonable, incluso operable, aunque nunca consideré seriamente la cirugía (la sola idea de que me intervengan los ojos me aterra). A los catorce años ya me habían recetado anteojos, pero nunca me los ponía, todavía faltaba un tiempo para que llegara a la edad en que salir a la calle sin anteojos se volvió un disparate. Una edad que alcancé hace rato. Aun así, con la miopía y el astigmatismo y la ingrata novedad de la presbicia, mi vista es considerablemente mejor que la vista de mi padre a los cuarenta y un años.

Cuando se dice de alguien que trabaja con las manos nadie piensa en los escritores. Con razón. Los escritores tenemos manos de pianistas mediocres. Mi padre no es escritor, nunca lo fue, nunca quiso serlo. Nunca le interesó la poesía. Aunque recuerdo una tarde en que escribió un poema.

—No puede ser tan difícil, Chile es país de poetas —dijo.

No recuerdo la cadena de frases que condujeron a esa brillante declaración. Enseguida agarró una servilleta y la pluma que usaba exclusivamente para firmar los cheques, y escribió sin vacilaciones un poema que nos leyó al instante. Lo aplaudimos. Éramos su público cautivo. Un público generoso, indulgente.

De manera que esa mañana de 1990 fuimos solos, mi padre y yo, al centro. En el auto, un Peugeot 504. Por la tarde partiríamos de vacaciones a La Serena. Mi padre necesitaba efectivo, más del que podía girar en un cajero automático.

—¿Por qué necesitaba tanto efectivo?

—Porque los maestros iban a pintar la casa mientras estábamos de vacaciones.

—¿Y por qué fuimos al Banco Santander del centro?

—Santiago. En ese tiempo el Banco Santander todavía se llamaba Banco Santiago.

—¿Por qué fuimos al Banco Santander del centro y no a la sucursal de Maipú?

—Yo quería ir al centro, quería comprar algo en esos negocios de Bulnes. Una caña de pescar, algo así.

—¿Por qué, si trabajaba en el centro, no compró la caña o sacó la plata antes de salir de vacaciones?

—¡No me acuerdo! A lo mejor quería que fuéramos juntos al centro. Era el primer día de vacaciones, pero igual quería ir al centro contigo, me gustaba salir contigo.

Nuestro viaje, entonces, era innecesario. Mi padre estacionó donde siempre, en Agustinas con San Martín, cerca de su oficina. Fuimos directo al banco, a la sucursal de Bombero Ossa. Mientras él hacía la fila, yo me quedé en un rincón, leyendo. Me sentí mirado o inspeccionado o amenazado, levanté la vista y alcancé a detectar los ojos azules de un hombre joven. Un segundo después el hombre había desaparecido. Mi padre caminó hacia mí contando con tranquila inocencia los billetes que acababa de recibir. No sé cuánto dinero era.

—Cuatrocientos mil pesos —me dice, con seguridad.

—¿Y cuánto es eso, en plata de ahora?

—No tengo idea. ¡Cálculalo en internet!

Lo calculo en internet, me demoro mucho: mil trescientos dólares, más o menos. En billetes de cinco mil pesos, eso lo recuerdo yo.

—¿Por qué en billetes de cinco lucas si en 1990 ya circulaban los de diez?

—¿Sí? Bueno, no sé, quizás no eran tan frecuentes. Quizás eran billetes demasiado grandes, difíciles de cambiar. Los pintores necesitaban comprar materiales.

No me pareció que el hombre de ojos azules fuera peligroso. No creía en la existencia de cogoteros de ojos azules. Pero igual le advertí a mi padre de un movimiento raro. Y me molestó que fuera tan desaprensivo, que contara los billetes así nomás. Me pasó la mitad de la plata, por si acaso. Me sonrió primero, como aprobando mi cautela, mi buen juicio. A veces, cuando los padres felicitan a sus hijos, más bien se felicitan a sí mismos.

Recuerdo el peso de los billetes en el bolsillo derecho del pantalón. Cuando salíamos del banco le pregunté a mi padre si él creía que hubiera cogoteros de ojos azules. Era una broma, que él no entendió. Algo me dijo, pero no lo recuerdo. Él tampoco lo recuerda.

6

Estábamos en el piso subterráneo del banco, subimos por la escalera automática. Las escaleras automáticas me ponían nervioso. No había sido siempre así, cuando niño me gustaban, las buscaba, las prefería, pero luego me vino el miedo. Estaba demasiado pendiente del momento en que debía levantar un pie y reactivar los pasos lentos antes de acelerar ligeramente. Como era de esperar, trastabillé al salir de la escalera y ese movimiento torpe me obligó a mirar atrás y entonces vi que el hombre de ojos azules nos seguía de cerca, junto a otro hombre que no tenía los ojos azules sino oscuros, como yo y como mi padre, aunque se parecían, pensé después; el cogotero de ojos azules y el cogotero de ojos oscuros se parecían mucho, como si fueran hermanos.

Doblamos a la derecha con la intención de ir al Haití, el café con piernas. En un raptó de optimismo, pensé que el peligro acabaría ahí y que, como tantas otras veces, mi padre pediría un espresso y yo un frappé de almendras y que corresponderíamos a las sonrisas obligatorias de esas jóvenes escotadas, de piernas eternas, que tanto me avergonzaba y me gustaba mirar. Pero los cogoteros nos arrinconaron cinco o diez pasos antes de que pudiéramos entrar al Haití. Mi padre decidió hacer algo muy inteligente que a la vez resultaba chocante y ridículo: un escándalo.

—¡Ladrones! —gritó, apuntando a los cogoteros.

—¡Ustedes son los ladrones, pungas de mierda! —gritó el de ojos oscuros, señalándonos.

Sonaba creíble, yo mismo lo pensé instantáneamente. Por una milésima de segundo pensé que el acusador sonaba convincente,

porque los ladrones eran más blancos que nosotros. O quizás lo que sentí fue el severo escrutinio de las cien o doscientas o quinientas personas que circulaban por el Paseo Ahumada y se fijaban en nosotros, alertadas por los gritos.

Lo más brutal del prejuicio es que si yo hubiera estado entre el gentío quizás también habría pensado que los ladrones éramos nosotros. Por el color de nuestra piel y porque yo andaba mal vestido. Los ladrones lucían jeans de colores extraños, que por entonces eran novedosos, y camisas sport. Yo siempre andaba mal vestido. Una vez al año me daban dinero para comprar ropa y me lo gastaba casi todo en libros, dejaba nada más que unos pesos para atiborrar-me de ropa usada, que solía quedarme chica o grande pero no me importaba. Mi padre, por el contrario, invertía en sus atuendos, pero era y es un hombre eminentemente práctico, así que aprovechaba las vacaciones para mandar sus trajes a la tintorería y su ropa de fin de semana estaba ya toda empacada para el viaje a La Serena. En realidad no recuerdo cómo andaba vestido mi padre, tiendo a creer que con buzo y zapatillas, o más bien lo pienso así, lo invento así.

—No recuerdo cómo andaba vestido. Cómo me voy a acordar de eso —me dice ahora.

Sí se acuerda de esta frase:

—¡Me robaste los Ray-Ban, negro culiao!

Eso le dijo el cogotero de ojos azules a mi padre antes de arrancarle de un zarpazo los lentes de sol verdes, modelo Top Gun. Le quedó la marca entre las cejas. Un araño.

—¡Yo no soy el ladrón, es un error! —El grito de mi papá me pareció desgarrador y cándido.

Habría sido más fácil y más sensato que arrancáramos, como si efectivamente fuéramos nosotros los cogoteritos, pero nos entramos en una pelea. No estaba claro quiénes eran los perseguidores y quiénes los perseguidos. En la esquina de Ahumada y Moneda nos tumbaron a combos, me levanté rápido, vi que mi padre seguía en el suelo y gritaba que por favor lo dejaran buscar su lente de contacto, porque el combo le había volado el lente de su ojo derecho...

—El izquierdo.

—Claro.

... porque el combo le había volado el lente de su ojo izquierdo, y entonces fue cuando el cogotero de ojos azules iba a patear a mi padre en el suelo pero yo conseguí pegarle de vuelta un combo raro, como en el cuello, y enseguida una patada en los cocos, y el cogotero azul se retorció de dolor y no sé dónde estaba su presunto

hermano —me concentré en mi padre, que seguía a gatas intentando encontrar el lente perdido, pero no pudo agarrarlo porque justo en ese momento un paco lo esposó.

Era un paco de civil, de pelo largo, vestido con una aparatosa chaqueta de cuero. De repente todo había cambiado. Los ladrones habían desaparecido y además del paco de civil había dos carabineros con uniforme oficial que arrestaron a mi padre.

—¡Pacos conchasdesumadre, pacos culiaos, se llevan a mi papá, pacos asesinos!

Algo así les grité.

—Yo sabía que todo se iba a aclarar, no tenía miedo, pero te escuchaba garabatear a los pacos y pensaba que te iban a llevar preso a ti y me angustiaba —me dijo mi padre después.

Se llevaron a mi padre esposado, yo iba detrás gritándoles a los pacos, de repente aparecieron cuatro o cinco testigos voluntarios y espontáneos.

—El joven tiene razón, el caballero no era el ladrón, yo vi todo —dijo una mujer de unos cincuenta años, vendedora ambulante, con el trapo repleto de mercadería.

Era ella la que debía evitar a los policías, pero en ese momento no le importó exponerse y me acompañó hasta la galería donde los pacos interrogaron a mi padre. Y repitió su frase varias veces, con rabia, como si en ello se jugara la vida. Y también me tomó del hombro, me calmó, me dijo que todo se arreglaría.

En un gesto patético y desesperado, mi padre sacó la chequera y les mostró a los pacos sus tarjetas de crédito.

—Cómo creen que voy a andar robando —les dijo.

Los pacos no replicaron nada, se encogieron de hombros y resolvieron todo como un malentendido. Le dijeron, eso sí, que podía hacer una denuncia. Mi padre no quiso.

Vi a la vendedora ambulante perderse entre la gente. Muchas veces después caminé por el centro buscándola, estaba seguro de que podría reconocerla y agradecerle, quizás, comprándole cualquier cosa que vendiera, pero nunca la encontré.

—Nunca quise ser carabinero —me aclara mi padre—. Ni cagando. Yo quería entrar a la Aviación. Pero era imposible, por mi vista.

—Corrijo eso, entonces.

—Y no me acordaba de ese poema que escribí. Pero te olvidaste de hablar de cuando yo recitaba.

Es verdad. A veces, en las fiestas familiares, mi padre recitaba o más bien declamaba un poema, siempre el mismo, espantoso.

—No es espantoso. A ti no te gusta, pero no es un poema espantoso. Es cosa de gustos.

Es un poema espantoso, que se llama «El conscripto». En realidad es un tango o una milonga, que mi padre recitaba como un poema. Y nos emocionaba ese poema. Quizás tardé unos años en considerarlo un poema espantoso.

—¿Por qué no quiso hacer la denuncia? —Al cambiar de tema siento que mi pregunta desentona, me suena periodística, policial.

—Porque daba lo mismo, nunca los iban a pillar.

El breve interrogatorio había tenido lugar a diez pasos de la óptica donde mi padre encargaba sus lentes de contacto y yo había elegido esos anteojos que nunca usaba. Dentro de todo, esa coincidencia era un buen augurio, según él. Entramos a la tienda, nos atendió un anciano que saludó a mi padre con el abrazo reservado para los clientes frecuentes.

—No era un anciano, era un hombre mayor. Don Mauricio —puntualiza mi padre—. Pero ya debe estar muerto.

Yo quería contarle a don Mauricio y a todo el mundo lo que había pasado, pero mi padre me apretó la mano cuando iba a comenzar mi relato y dijo nada más que había perdido el lente de su ojo izquierdo y necesitaba una reposición urgente. Don Mauricio prometió tenerla en veinticuatro horas.

Volvimos al Paseo Ahumada, que por unos segundos me pareció un lugar nuevo. Mi padre caminaba rápido, con el ojo indefenso guiñado, pero se apoyaba en mí. No tenía sentido ir al estacionamiento, no podía manejar.

—Devolvámonos en micro —me dijo.

—Tomemos un taxi, mejor.

—Estás loco, un taxi hasta Maipú, dónde la viste.

—Yo invito —le dije.

Me miró sin entender, diez segundos. Recién entonces recordó que yo llevaba la mitad del dinero en el bolsillo. También él conservaba su mitad, no nos habían robado la plata. Solamente esos lentes de sol.

Yo mismo detuve el taxi, nos sentamos atrás, abrazados. Entonces recordé otro viaje muy largo en taxi, unos años antes, también abrazados. Mi padre había chocado de frente con un camión.

La culpa era del conductor del camión, que iba borracho y contra el tránsito. Hubo un lesionado grave, uno de los mejores amigos de mi padre, que iba en el asiento del copiloto, sin cinturón de seguridad. Un amigo que desde entonces dejó de ser su amigo.

—No es cierto, después seguimos viéndonos —me reclama mi padre, airado.

—Pero ya no fueron amigos, tan amigos.

—Esas cosas pasan.

A pesar de que no era su culpa, como había un lesionado grave mi padre tuvo que pasar una noche en la cárcel. Mi madre, mi hermana y yo lo fuimos a buscar y volvimos los cuatro en el asiento trasero de un taxi, apelotonados en un abrazo permanente. Empezó a hablarnos; sus frases no las recuerdo, pero quería tranquilizarnos, consolarnos, y sin embargo de pronto se largó a llorar, todos nos largamos a llorar. Lloramos el resto del camino.

El Peugeot 404 fue declarado pérdida total y la marca cruzada del cinturón de seguridad persistió en el pecho de mi padre muchísimo tiempo. Luego compró el Peugeot 504 que esa mañana dejamos en el estacionamiento de Agustinas. Durante ese segundo largo trayecto en taxi no lloramos. Creo que al contrario: celebramos las escenas recientes como si hubiéramos, de algún modo, ganado algo. Me dio las gracias y durante los meses siguientes le contó la historia a medio mundo, exagerándola un poco, como si yo me hubiera comportado como una especie de Jackie Chan o Bruce Lee.

8

La primera vez que intenté este relato decidí terminarlo con una escena de 1994 o de 1995, cuando ya estaba en la universidad y en medio de una manifestación escapábamos con mis amigos de los pacos.

—¡Pacos conchasdesumadre, pacos culiaos, pacos asesinos!

Recordaba, al gritar, a los pacos llevándose a mi padre. Mi sentimiento era ambiguo, paródico, combativo, emocionante, todo eso al mismo tiempo. Yo gritando contra los pacos y recordando a mi padre, que aparecía como la víctima pero también como el victimario, porque él podría haber sido carabinero, claro que sí, en algún momento había querido serlo.

—Pero si te digo que nunca quise ser paco.

—Pero eso pensaba yo. Cuando gritaba contra los pacos, pensaba que ellos eran como usted.

—También son como tú.

—Puede ser. Podríamos haber sido policías, podríamos haber sido ladrones.

—No, yo nunca le he robado nada a nadie. Y nunca quise ser paco, corrígelo. Dijiste que lo ibas a corregir.

No sé si le hubiera gustado a mi padre verme ahí, gritándoles a los pacos.

—No, no me habría gustado, aunque suponía que andabas en esas.

Ese sentimiento ambiguo nunca desapareció. En cada manifestación, cuando llegaba el momento de gritar contra los pacos, yo recordaba a mi padre y sentía una emoción turbulenta, que volví a experimentar la última vez que estuve en Chile, en 2019, pocos días después del estallido de octubre. Viajé de improviso, solo, a ver a mis padres y a mi familia ampliada de queridos amigos. Y con algunos de ellos fui a las manifestaciones. Y al momento de saltar, al momento de gritar *el que no salta es paco*, volví a sentir todo eso. Aunque esta vez además de pensar en mi padre pensaba en mi hijo, o sentía que yo era mi padre y aventuraba un mundo futuro en que mi hijo me protegería y me defendería y me juzgaría.

Veo fotos más o menos de esos días. Hay una en que Silvestre sonríe con mis anteojos puestos. Estaba obsesionado con mis anteojos. Jugaba a quitármelos y corría con ellos a su por entonces lentísima velocidad máxima. Me acuerdo de haber pensado que lo reconocería en la multitud. Quiero decir: miraba la cara nimbada, borrosa, de mi hijo, y me preguntaba si lo reconocería entre la multitud. Y me respondía a mí mismo, quizás para tranquilizarme, que sí.

9

—¿Ya terminaste de preparar el desayuno? —me interrumpe mi padre.

—Está listo —digo.

Nos sentamos a la mesa. También mi padre, que desayunó hace horas, aprovecha para mordisquear la mitad de una marraqueta y tomar más café.

—Ya me pagarás los derechos de autor de todo lo que has escrito sobre mí —me dice—. Silvestre, tu papá está escribiendo un libro sobre mí.

—Yo también escribí un libro sobre mi papá —dice mi hijo.

—¿Y cómo se llama? —pregunta mi padre.

—*Los problemas de Alejandro*.

Mi hijo posterga su quesadilla con chapulines para contarle a mi padre acerca de ese libro. Es la ocurrencia del momento, la ha repetido muchas veces los últimos días, cada vez más consciente de las carcajadas que genera.

Hace unas semanas pasé varios días con fiebre debido a una infección rara y persistente, que no era covid, aunque cada media hora yo pensaba que sí. Una mañana, cuando empezaba a sentirme un poco mejor, Silvestre insistió en quedarse a mi lado, jugando justamente a los exámenes de covid, que hasta el día de hoy es uno de sus juegos recurrentes. Se mete el índice derecho en la nariz y luego lo mira a contraluz, teatralmente, y sentencia «positivo» o «muy positivo» o «negativo» o «muy negativo». Esa mañana, sin motivo aparente, se largó a llorar. Tal vez sintió que lo ignoraba. Le pregunté qué le pasaba, se recostó en mi pecho, pero no me dijo nada. Sentí que era su manera de rogarme que me mejorara de una vez.

Después Jazmina consiguió llevárselo a la sala y fue entonces cuando él habló por primera vez de su proyecto de libro *Los problemas de Alejandro*.

—¿Y de qué se trata tu libro? —le preguntó, muerta de la risa.

—De eso, de los problemas de Alejandro. Alejandro tiene fiebre. Alejandro tiró un vaso de agua en el computador. A Alejandro le dan miedo las ardillas. A Alejandro se le perdieron los anteojos. A Alejandro no le gusta el arroz con leche. Alejandro no encuentra los anteojos porque está sin anteojos. A Alejandro le duele mucho la cabeza.

Ahora le cuenta a mi padre la misma historia y agrega algunos capítulos. Mi padre no puede más, casi se ahoga de la risa. Luego me pregunta si es verdad lo del computador. Le digo que sí, le cuento que tuve que comprar otro. Me pregunta cómo andamos de dinero. Antes, cuando me preguntaba eso, le respondía en un tono medio estoico que muy mal, pensando que me giraría de inmediato un poco de plata a cuenta de la herencia. Pero eso nunca sucedió. Así que ahora le respondo, sea o no sea cierto, que está todo bajo control.

—Pero cómo te fue a pasar algo así —dice mi padre, como para sí mismo.

Volcar un vaso de agua sobre el computador, pienso, debe ser para él la cosa más estúpida que a alguien puede pasarle. Pero no me lo dice.

Jazmina se suma a las risas y al desayuno. Luego ella y el niño se van al huerto. Hace unos meses, cuando se convenció de que la

pandemia sería eterna, Jazmina empezó un pequeño huerto donde ahora dispone de acelgas, chícharos, cebollas y albahaca. Me quedo cinco minutos conversando con mi padre sobre fútbol. Me dice que tiene que colgar.

—Ya casi lo terminé —le digo.

—¿Qué cosa?

—Lo que estaba escribiendo sobre el asalto. Esos pedacitos que le leí.

Quiero que lea la versión final. Se lo pido con timidez. Pienso que está harto de mis preguntas, pero también siento que no, que quiere participar, que le gusta que recuerde esa historia, esta historia.

—¿Quieres que lo lea ahora mismo? ¿Piensas que no tengo nada que hacer, que no tengo trabajo? Estoy tapado de pega.

—Sí. Me gustaría que lo leyera ahora mismo.

—Bueno —me dice, inesperadamente.

Le mando el archivo, lo abre, pienso que va a leerlo de inmediato, frente a mí; que voy a mirar su cara leyendo durante veinte o treinta minutos. Y hasta me parece que eso sería lo natural. Pero cuelga, porque eso es lo natural.

Espero su lectura, su llamada, estoy irracionalmente nervioso. Ya no fumo, pero siento ganas de fumar uno o dos o todos los cigarrillos que demore mi papá en leer mi relato. Pero ese sería un nuevo capítulo del libro de mi hijo: Alejandro volvió a fumar.

—Ya lo leí —me dice mi padre, por fin, media hora después.

—¿Le gustó?

—Sí —me responde, sin dudarlo—. Me gustó mucho, hijo. Está divertido.

Premio
Iberoamericano
de Narrativa
Manuel Rojas

Sobre el premio

El Premio Iberoamericano de Narrativa Manuel Rojas es concedido por el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, a través del Consejo Nacional del Libro y la Lectura (CNLL), a un autor iberoamericano de destacada trayectoria, cuya obra sea considerada un aporte notable al diálogo cultural y artístico de Iberoamérica.

Fue creado el año 2012 junto a la Fundación Manuel Rojas, como homenaje al autor chileno.

El premio es otorgado por un jurado internacional, integrado por cinco escritores, dos chilenos y tres extranjeros, de reconocido prestigio por su aporte a la creación o a la crítica literaria en el ámbito de la narrativa. A partir de 2023, el premio también se enfoca en reconocer a voces emergentes de las letras iberoamericanas, buscando destacar entre los diferentes reconocimientos a nivel mundial. Asimismo, el premio considera la publicación de una obra con tal de difundir el trabajo del ganador o la ganadora entre la ciudadanía, así como actividades con el ganador o la ganadora una vez que reciba su premio en Santiago de Chile.

El galardón es de carácter anual y consiste en una medalla, un diploma firmado por el Ministro de las Culturas, las Artes y el Patrimonio y 45 millones de pesos chilenos, lo que lo sitúa como uno de los más relevantes de la región iberoamericana.

Hasta la fecha este reconocimiento ha distinguido a los escritores Rubem Fonseca (Brasil), Ricardo Piglia (Argentina), Horacio Castellanos Moya (El Salvador), Margo Glantz (México), César Aira (Argentina), Hebe Uhart (Argentina), Juan Villoro (México), María Moreno (Argentina), Mempo Gardinelli (Argentina) y Alejandro Zambra (Chile).

Acta del jurado 2023

Hoy, 27 de septiembre de 2023, en Santiago de Chile, desde las 15 horas hasta las 15.45 horas sesionó el jurado del Premio Iberoamericano de Narrativa Manuel Rojas 2023, compuesto por Mempo Giardinelli, Daniela Catrileo, Patricio Jara, Liliana Colanzi y Margarita García Robayo, quienes, de común acuerdo, resuelven lo siguiente:

Otorgar el Premio Iberoamericano de Narrativa Manuel Rojas 2023 al escritor chileno Alejandro Zambra por las siguientes razones y fundamentos:

La obra de Alejandro Zambra está anclada en la clase media chilena y gracias a su fuerza narrativa también irradia a la de todo el continente. Es la gente normal, la gente común, cuyas historias iluminan el paisaje. La literatura de Zambra es fundamental para entender al Chile de los últimos cuarenta años. Su búsqueda estética apunta a la conciencia y a la profundidad. Con su estilo narrativo aparentemente simple ha construido, libro a libro, una sensibilidad distintiva, una voz autoral propia alejada del artificio que permite que sus textos tengan una carga emotiva intensa y una fluidez cercana a la poesía. En los libros de Zambra, de la generación que creció durante los años de la dictadura, la memoria personal está profundamente enraizada en lo político. Es también una literatura que se alimenta de la literatura, con personajes poetas que van armando una filiación, una familia con lazos que no son los de la sangre. En su escritura se evidencia una reflexión y un interés por lo lingüístico. Plantea interrogantes en torno a diversas palabras, indaga en la búsqueda de significados, los matices que se desprenden de ellas y las posibilidades de la traducción. Esta característica también se refleja en su elección narrativa; su literatura está impregnada de una lengua arraigada en estos territorios, una escritura que explora de manera lúdica con el lenguaje popular.

Estuvo presente como ministro de fe la ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, Carolina Arredondo Marzán.

Palabras de la ministra

Alejandro Zambra es uno de los escritores fundamentales de la escena literaria chilena y latinoamericana contemporánea. Su obra ha logrado abordar con agudeza, sensibilidad y simpleza fenómenos culturales propios de nuestras sociedades, desentrañando y retratando la experiencia vital de las clases medias, sus relaciones familiares e íntimas, y sus sentidos de pertenencia e identidad compartidos.

Estas fueron algunas de las razones por las que el jurado escogió de forma unánime a Alejandro Zambra como Premio Iberoamericano de Narrativa Manuel Rojas 2023, convirtiéndose así en el primer chileno en obtener este reconocimiento.

El jurado internacional determinó que su obra «está anclada en la clase media chilena y gracias a su fuerza narrativa también irradia a la de todo el continente. Es la gente normal, la gente común, cuyas historias iluminan el paisaje. La literatura de Zambra es fundamental para entender al Chile de los últimos cuarenta años». Una búsqueda estética, según el acta de deliberación, que ha apuntado a la conciencia y a la profundidad, con una voz autoral propia alejada del artificio, que permite que sus textos tengan una carga emotiva intensa y una fluidez cercana a la poesía.

El escritor nacional, de esta forma, se une a otros y otras autores que ganaron el Premio Iberoamericano de Narrativa Manuel Rojas, quienes, al igual que él, han realizado un aporte valioso al diálogo cultural y artístico de la región. Me refiero a escritores como Rubem Fonseca (Brasil), Ricardo Piglia (Argentina), Margo Glantz (México), Hebe Uhart (Argentina), Juan Villoro (México) y María Moreno (Argentina), entre otros y otras grandes creadores de la literatura iberoamericana.

La presente antología forma parte de uno de los premios de este galardón. El objetivo de esta publicación es acercar y dar a conocer a la ciudadanía parte de la obra de las y los artistas reconocidos, algunos de los cuales nunca han sido editados en el país. Así, su creación puede ser conocida y apreciada por todos los chilenos y chilenas, por ejemplo en espacios como nuestras bibliotecas

públicas, las que tienen cobertura en el noventa y siete por ciento del territorio nacional.

Como Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, nos enorgullece no solo que este premio lo reciba por primera vez un autor nacional, confirmando una vez más la enorme tradición literaria de nuestro país, sino también que ponga a disposición de la ciudadanía la obra de un escritor que habla y retrata nuestras historias, relaciones e identidades.

CAROLINA ARREDONDO MARZÁN

Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

Signos de admiración

«Zambra no tiene personalidad para leer su poema delante de todas las mamás». A veces, cuando me toca hablar en público, como ahora, y estoy un poco nervioso, como ahora, sobrevuela mi cabeza esa frase demoledora de la señorita Lorena, mi profesora de primero a tercero básico. La literatura es una enfermedad por desgracia infrecuente pero por fortuna contagiosa; alguien, alguna vez, nos la transmitió, y en mi caso ese alguien no fue la señorita Lorena, sino mi abuela materna, a quien nunca vi con un libro en las manos, pero era la persona más literaria que he conocido. Luego vinieron, por supuesto, los compañeros de ruta, entre quienes me alegra contar a varios profesores, como Elizabeth Azócar, Ricardo Ferrada o Soledad Bianchi. Nombro a estas personas porque ahora debería más bien hablar de ellas, no de la señorita Lorena. Y sin embargo leí por primera vez a Manuel Rojas, el autor que hoy nos reúne, en la casa de esa profesora, de pie frente a los libros que ella acumulaba junto a la tele. «Manuel Rojas es el mejor escritor chileno de todos los tiempos, pero no escribía para niños», me dijo, quitándome el libro de las manos. No se me ocurre mejor presentación para un escritor que prohibir su lectura y proclamar su grandeza en una sola frase memorable. Por lo demás, aunque he preferido creer que aprendí a leer y a escribir con mi hermana y con mis primos, es probable, en realidad más que probable, que haya sido ella mi alfabetizadora principal. También es probable que otra profesora, una menos severa, una más querible, una menos triste, me hubiera enseñado lo mismo, así como es altísimamente probable que más temprano que tarde igual me hubiera yo encontrado con Manuel Rojas, que con justicia es, al fin y al cabo, uno de nuestros escritores más difundidos y queridos. Pero supongo que algo significa que las cosas hayan sido así y no así.

Habíamos pasado la mañana escribiendo poemas a nuestras madres, ilusionados por la promesa de que los siete mejores serían leídos por sus autores en una ceremonia sorpresa que incluía un agasajo con bebidas, queques y ramitas. Como por entonces, a los ocho años, justamente gracias a la bendita influencia de mi abuela materna, yo ya había escrito algún poema, me sentía menos inseguro

que de costumbre, aunque no era lo mismo escribir en casa, voluntariamente sumido en el generoso tiempo del juego, que intentar un poema exprés en la gélida sala de clases del colegio Don Orión, con la profesora custodiando las idas al baño mientras fumaba con puntual elegancia sus Hilton 100.

No quiero ser injusto con la señorita Lorena, y por eso he decidido proteger su identidad: en realidad se llamaba señorita Carmen. Tiendo a pensar que no era habitual que sonriera, pero hablo de unos años en que no había demasiados motivos para sonreír. Y éramos muchos, demasiados niños, demasiados poetas; había que tener agallas para alentar la existencia de cuarenta y cinco nuevos poetas chilenos y encima echarlos a competir. Yo quería escribir un poema lindo, espectacular, porque amaba a mi madre y quería emocionarla, y tal vez también porque amaba a la señorita Carmen —no, no la amaba, por supuesto que no la amaba: como bien sabía Manuel Alejandro, y luego supimos nosotros gracias a la voz privilegiada de José José, en castellano hay un verdadero abismo entre los verbos *amar* y *querer*. A la señorita Carmen yo no la amaba, pero la quería, o, para decirlo con mayor exactitud, la respetaba y le temía, a la vez que procuraba, a mi manera quizás torpe, algo así como conquistar su esquivo corazón. A la mañana siguiente, cuando nos comunicó su veredicto, recibí una retorcida prueba de reciprocidad, pues mi poema sí estaba entre los siete seleccionados, aunque luego de una pausa dramática agregé esa frase que suelo recordar cuando me toca hablar en público, cosa que por suerte no sucede con frecuencia, ya que mi trabajo en cierto modo consiste en lo contrario de hablar en público. Enseguida, quizás alertada por mi silencioso llanto instantáneo, la profesora anunció que, como premio de consuelo, ella misma transcribiría mi poema en la pizarra para que todas las mamás del curso pudieran leerlo. Insistí en que quería leerlo yo, pero no hubo caso.

La mañana de ese 10 de mayo todo sucedió como estaba previsto: nuestras madres llegaron hacia el final de la jornada y fingieron de lo más bien que la celebración las pillaba por sorpresa, y la profesora explicó que el poema escrito en la pizarra y adornado con flores aleatorias y chamullentos corazones había sido escrito por mí, y yo me aseguré de que mi madre lo leyera, y creo que alguna otra madre también le echó una miradita curiosa, gesto que quisiera ahora agradecer públicamente. Luego mi mamá le ofreció a la señorita Carmen acercarla a su casa. Yo siempre volvía en el bus escolar atiborrado de niños y de autoadhesivos religiosos que conducía un

chofer bonachón irónicamente llamado Darwin, don Darwin. Pero cuando mi mamá me recogía solíamos llevar a la señorita Carmen, que vivía cerca de nosotros, en Segunda Transversal. Perfectamente amurrado en el asiento trasero, oí distraído un diálogo que parecía intrascendente hasta que la profesora se mandó esta otra frase inolvidable: «Mire, Rosa, su hijo es muy inteligente, pero es idiota». Yo sé que es una declaración contradictoria. Si tuviera que traducirla del chileno al castellano, y del año 1984 al año 2024, diría algo así como que, a juicio de mi profesora, yo padecía eso que actualmente se llama *intolerancia a la frustración*.

Llegamos a su casa y como parece que era costumbre nos invitó a pasar. Me gustaba verla ahí, sin su delantal rosado, empequeñecida por sus pantuflas, relajada; era como un privilegio, como participar de un secreto. Acabo de preguntarle a mi mamá si eran amigas y me asegura que no, pero sí se acuerda de esas visitas. Tal vez cocinaban juntas o fumaban juntas mientras yo jugaba en el patio con un gato que no era de ella sino de algún vecino. No sé si fue esa tarde o una tarde anterior o posterior cuando me puse a intrusear sus libros, que no eran muchos, pero quizás me lo parecían: diez, veinte. Ahí estaban las obras escogidas o completas de Manuel Rojas, era en todo caso un libro gordo donde figuraban muchos de sus cuentos, entre ellos «El colocolo», que fue el primero que leí. Me decepcionó un poco descubrir que no era, como yo creía, un cuento sobre mi equipo favorito; seguro que a muchos colocolinos nos pasó que leímos por primera vez a Manuel Rojas inducidos por ese mismo error. Iba a empezar a leer otro cuento, no recuerdo cuál, cuando emergió la profesora para soltar el parlamento en que elogiaba y prohibía a Manuel Rojas y arrebatarme el libro de las manos; sinceramente pienso que esa escena funcionaría perfecto en futuras campañas de fomento a la lectura.

Quizás cuando, un par de años después, ya milagrosamente liberado de las azulinas garras de la señorita Carmen, encontré en el mercado de Maipú los cuentos de Manuel Rojas, la idea de que era un escritor para adultos aún gobernaba mi imaginación. Era un libro usado y barato aunque no tanto como para que me alcanzara con los recortes del vuelto. Pero el librero me conocía y aceptó mi modesta contraoferta. No me pareció que fuera un libro para adultos, al menos no en el sentido que yo esperaba. Recuerdo, en especial, como tantos lectores de Manuel Rojas, la sensación física de hambre al leer «El vaso de leche». Ahí estaba, también, «Un espíritu inquieto», que fue durante un tiempo mi cuento favorito de cualquier autor, lo leíamos y hasta lo jugábamos con mi prima Rosita Mabel,

quiero decir: uno de nosotros era Pablo González, que salía a la calle confiado y feliz de estrenar su sobretodo azul, y el otro era Alfredo Valenzuela, el amigo muerto del protagonista. El juego consistía en escenificar una y otra vez ese encuentro, en especial el momento en que el pobre Pablo González se daba cuenta de que él también estaba muerto, y luego venía la parte en que participaban, desde el otro lado, en una sesión de espiritismo. Aunque «Un espíritu inquieto» no es una historia para niños, creo que a Manuel Rojas le hubiera gustado saber que jugábamos a recrear su cuento. Porque lo nuestro no era una obra de teatro, era un juego.

Seguí leyendo a Manuel Rojas, por supuesto. Seguí, seguimos, seguiremos, no hemos terminado, para nada, de leerlo. Y hay muchos motivos, pero se me ocurre que el principal es el siguiente: después de leer a Manuel Rojas dan ganas de escribir. Hay escritores geniales que nos intimidan o apabullan. Y hay escritores geniales que abren juego, que dejan cancha. «Estar al lado de tu padre era como estar al lado de una guitarra», dice Manuel Rojas que le decía su madre acerca de ese hombre que él apenas conoció, y esa frase hermosa conseguía activar en el escritor una cierta imaginación sobre el origen de su vocación literaria. Pero lejos de resbalar en especulaciones, Manuel Rojas prefería asociar su escritura a personas, a lugares, a los numerosos oficios que desempeñó, a su vocación anarquista, a viajes sin rumbo claro ni dinero. Me gusta mucho la forma sobria como explica su trabajo: su intensa y desenfadada autocrítica, su generosidad a la hora de leer a los demás, ya fueran escritores afines o muy distintos o distantes de él. Leyendo sus reflexiones literarias sobreviene la impresión de que escribir es, al mismo tiempo, el mejor trabajo del mundo y un trabajo como cualquier otro.

Manuel Rojas se entendía a sí mismo como un obrero de la escritura, lo que a algunos puede sonarle anacrónico, pero la literatura entera suena anacrónica y quizás en ello reside parte de su poderío. La literatura es una red social muy antigua que sobre todo hoy parece particularmente lenta. Y para qué hablar de los problemas de conectividad. Los mensajes circulan en objetos no siempre livianos que se trasladan en pesadas cajas y hay que ir a buscarlos a unos casi siempre pequeñísimos reductos generalmente vacíos donde también el tiempo sucede de otra manera. Y más encima los escritores somos lentísimos. Somos lentísimos y escribimos mal. Nuestro mayor secreto es ese: escribimos mal. Escribir es escribir mal, hasta la más indiscutible obra literaria alguna vez fue un insufrible puñado de notas que nadie habría aceptado leer. Escribimos mal, pero de tanto abrir el mismo

archivo terminamos convenciéndonos de que no escribimos tan mal. Por suerte contamos con ese método infalible llamado ensayo y error.

«Necesitabas una profesora así, los niños necesitan eso», me dice uno de los amigos con el que acabo de compartir este borrador y el otro piensa que no y se arma una discusión enredada pero importante acerca de la forma como educamos a nuestros hijos y sobre la gravitación eterna, a veces entrañable y otras veces pesadillesca, de esos primeros profesores de los años cruciales en que se originan todas las desigualdades, una conversación donde surgen palabras como *temple*, *fragilidad*, *autonomía* y *protección*, y se habla de generaciones de cristal y de acero, de anotaciones negativas, de interrogaciones, de cueros de chanco, de inspectorías, y de la curiosa belleza de la expresión *me tiene mala*, y hasta consigo imaginar que precisamente un diálogo como ese podría conducirnos a las otras numerosas conversaciones que los chilenos tenemos pendientes, aunque me desalienta comprobar que al final de esa discusión, por momentos gritoneada pero siempre chistosa, esos dos amigos que se adoran se van a dormir enojados el uno con el otro. Yo me quedo en el patio de la casa donde ellos viven, y donde yo alojo, pensando en otro Zambra, uno que ahora tiene casi siete años y es muchísimo más hermoso que yo y al que nadie se le ocurriría llamar por el apellido, y al considerar la posibilidad horrenda de que alguien lo estigmatice de alguna manera estúpida se me acaba el suministro de humor.

Pero lo recupero recordando esta breve historia: hace un par de meses, en el Bosque de Chapultepec, promediando un larguísimo cumpleaños infantil, noté que una mujer, la abuela de una compañera nueva de mi hijo, miraba a mi chamaco con singular atención, especialmente cuando él decía alguna broma pero también cuando se me acercaba para informarme de un gol o de un casi gol o de un gol anulado, porque a los niños les encanta anular goles. «Los gestos», me dijo la mujer, hacia el final del cumpleaños: «Los gestos, la cara, la forma de hablar, Silvestre me recuerda tanto a una niña que fue mi alumna hace mucho tiempo, se llamaba Jazmina». Yo le respondí, atragantado de asombro, que esa antigua alumna suya era la madre de mi hijo y le escribí a Jazmina, que se había quedado en casa para aprovechar el sábado escribiendo, y le mandé una foto. «Es Edith, mi maestra de cuarto grado, era muy buena maestra, era genial», me dijo, emocionada, entre signos de exclamación, que en México se llaman signos de admiración. «Nadie creería esa historia», me dijo Jazmina luego, por la noche, «ni en una película ni en una novela: cuéntala tú, a ver qué pasa».

Yo también tuve suerte en cuarto grado, en cuarto básico, muchísima suerte: casi de inmediato, apenas unos días después del terremoto de 1985, conocí a Juan Luis Morales Rojas —con quien aún hablo por mail—, que apareció como de la nada a cambiarnos la vida y que entre otras proezas se impuso a sí mismo la misión de enseñarnos qué cosa era la democracia, pues quería que estuviéramos preparados para el futuro; no sé si él era una persona especialmente optimista, pero calculaba que en algún momento impreciso del futuro más o menos cercano Chile recuperaría la democracia.

A Juan Luis Morales Rojas y a varios otros profesores les debo gratitud eterna. Y también a la señorita Carmen, seguro que sí. Aunque lo parece, aunque en cierto modo quiere parecerlo, esta no es la historia de superación personal de un conferenciante que deambula por el escenario con envidiable soltura hablándole a su micrófono de Madonna. Tampoco es un ladeado homenaje ni mucho menos un ajuste de cuentas. Quizás las historias que más me interesan son esas que no podemos parafrasear ni resumir sin traicionarlas o sentirnos traicionados. Estoy seguro de que le debo algo a la señorita Carmen, aunque no sé bien qué: por lo pronto, mi letra sería distinta sin sus retos; no sé si más o menos fea o bonita o legible, pero distinta. La última vez que la vi, yo tenía diecisiete años y trabajaba repartiendo unas revistas en bicicleta por los pasajes de Maipú. Al ver su nombre y su dirección impresos en la planilla sentí una mezcla de pudor y alegría. Toqué el timbre, tardó en salir, estuve a punto de lanzar la revista al antejardín. No me reconoció, pero yo me identifiqué y me sorprendió la inesperada dulzura con que repitió mi apellido. «Me acuerdo de ti, estás cambiado», me dijo. Ella había jubilado y encanecido, pero no me pareció que hubiera cambiado. Nos miramos unos segundos en silencio, como disfrutando el reconocimiento. Me gustaría decir que me invitó a pasar y que me convidó un vaso de agua o de Bilz (o de Pap) y que al entrar al living de su casa y ver los libros alineados junto a la tele reconocí ese ejemplar de Manuel Rojas y entonces supe de qué hablarle. Justo el año anterior a ese verano, en tercero medio, yo había leído *Hijo de ladrón*. Si me hubiera hecho pasar quizás le habría hablado de la impresión profunda que me provocaron las desventuras de Aniceto Hevia. No me hizo pasar y por lo tanto no hablamos de esa novela ni de Manuel Rojas ni de la mañana de 1984, ese antiguo año del futuro, en que me negó el debut en las divisiones inferiores de la poesía chilena. Después de esa mirada larga de reconocimiento mutuo la profesora me preguntó, con su voz cantarina algo enronquecida por

los años de tabaco: «cuánto es». «La propina es voluntaria», le dije, como rezaba el guión de los repartidores. Abrió su chauchera roja repleta y eligió dos monedas minúsculas que depositó en mi mano con una sonrisa. Dos pesos, eso me dio: dos pesos. En ese momento me pareció humillante, por eso no le di las gracias. Pero le agradezco ahora, claro que sí.

ALEJANDRO ZAMBRA

21 de noviembre de 2024

Contenidos

GARABATOS (RELATOS ESCOGIDOS)

Garabatos **13**

Camilo **33**

Larga distancia **49**

Vida de familia **61**

Los gemelos Covarrubias **77**

Gracias **87**

Introducción a la tristeza futbolística **93**

Jennifer Zambra **111**

Cogoterros de ojos azules **115**

PREMIO IBEROAMERICANO DE NARRATIVA MANUEL ROJAS

Sobre el premio **130**

Acta del jurado 2023 **131**

Palabras de la ministra **132**

Signos de admiración [Discurso de recepción del premio] **134**



GARABATOS

ALEJANDRO ZAMBRA

Primera edición: marzo de 2025

ISBN (papel): 978-956-352-469-7

ISBN (PDF): 978-956-352-470-3

**Ministra de las Culturas, las Artes
y el Patrimonio**

Carolina Arredondo Marzán

**Subsecretaria de las Culturas
y las Artes**

Jimena Jara Quilodrán

Jefa del Departamento de Fomento

Claudia Gutiérrez Carrosa

**Secretaria Ejecutiva del Consejo
Nacional del Libro y la Lectura**

Aracelly Rojas Vallet

**Premios Literarios
Consejo Nacional del Libro
y la Lectura**

Carolina Munita Naím
Isabel Suárez Escobar

**Dirección de Arte
Ministerio de las Culturas,
las Artes y el Patrimonio**

Elena Bravo Castillo
Patricia Salas Riveros

Diseño y Diagramación
Estudio Vicencio

Edición
Andrés Braithwaite

© Ministerio de las Culturas,
las Artes y el Patrimonio, 2025

www.cultura.gob.cl
www.premiosliterarios.cultura.gob.cl

Prohibida su venta

Este libro se terminó de
imprimir en marzo de 2025
en Santiago de Chile.

El texto fue compuesto con
las tipografías Nikola, de los
tipógrafos chilenos Sergio Leiva
y Rodrigo López, y Abstract One,
de Luciano Vergara. Su interior
está impreso con Pantone 333 U
y 433 U en papel Bond ahuesado
de 90 gramos. Las tapas están
impresas en papel Arena Rough
de 300 gramos, con aplicación de
folia holográfica.

Se imprimieron 1.500
ejemplares en los talleres
de Ograma Impresores.

Los apellidos son prosa, los nombres poesía. Hay quienes se pasan la vida leyendo la novela irremediable del apellido. Pero en el nombre laten caprichos, intenciones, prejuicios, contingencias, emociones. Y suele ser la única obra que la madre y el padre escriben juntos.

